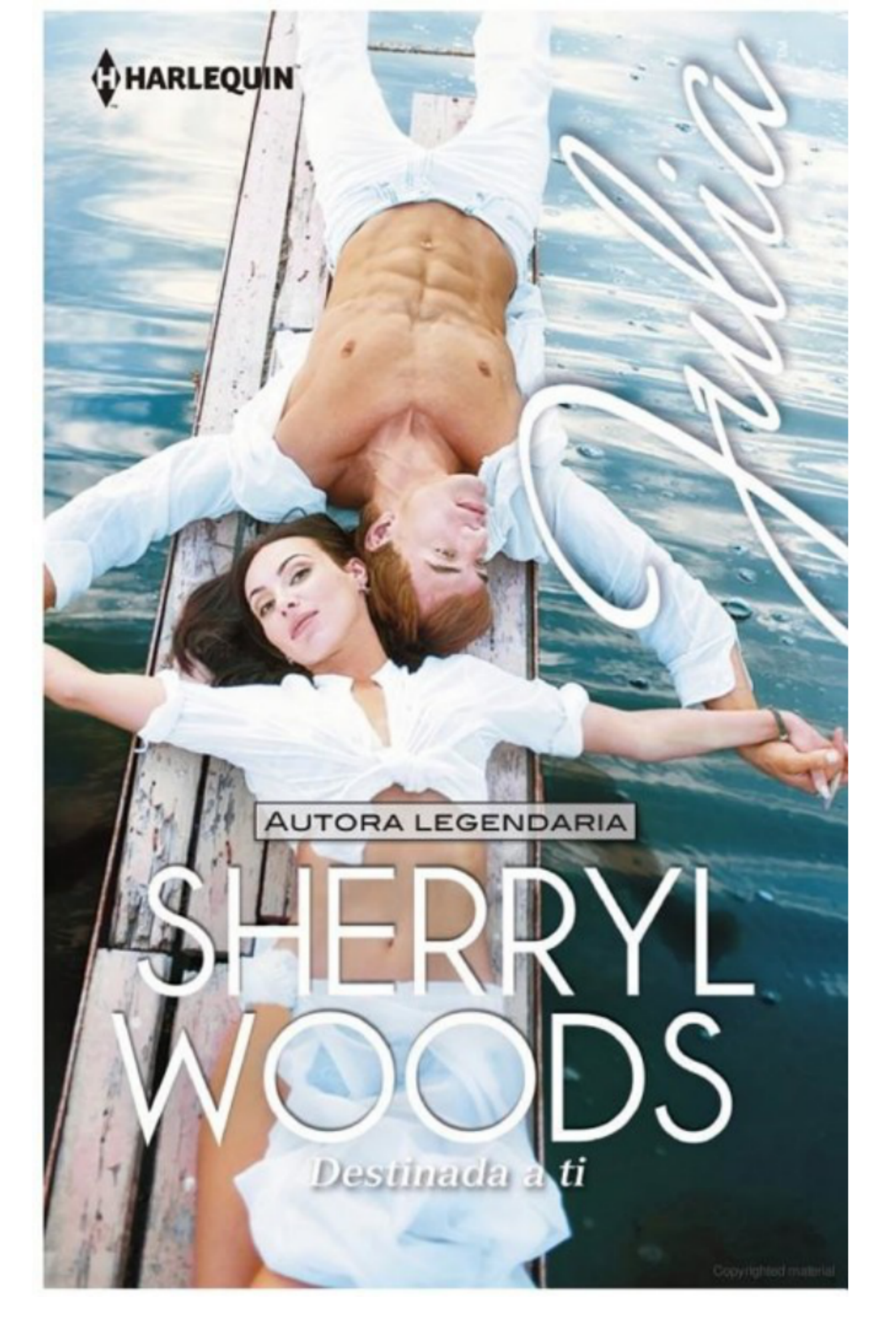

HARLEQUIN
Julia
AUTORA LEGENDARIA
SHERRYL WOODS
Destinada a ti
Copyrighted material



Sherryl Woods

Destinada a ti



¿Le quedaba algo que dar?

Cuando algún niño necesitaba un hogar, Ann Davies se lo ofrecía con los brazos abiertos. Nunca había dudado en entregarse a los demás. Hasta que Hank Riley, un famoso contratista, se lo pidió todo: su cuerpo, su corazón y su vida.

Y una parte de ella quería dárselo todo. Ansiaba que la desearan y que la cuidaran, que le dieran lo que nunca había tenido. Pero otra parte estaba muerta de miedo por lo que Hank implicaba: perder el control, despreciar la lógica, vivir el momento, rendirse. Porque, si daba ese paso, ¿qué le quedaría cuando él se fuera?

Capítulo 1

A última hora de la tarde del domingo, Hank detuvo su camioneta en el arcén y apagó el motor. Sin embargo, no se detuvo porque quisiera admirar la espectacular puesta de sol, sino porque se había quedado horrorizado con el edificio que se alzaba al este; quizá, la casa peor diseñada que había visto en su vida.

Como ingeniero y amante de la arquitectura que era, aquel engendro ofendía su sentido de la estética, de las proporciones y hasta del color.

La vivienda, que probablemente había sido una bonita casa campestre, se extendía por una estrecha lengua de tierra que se internaba en el Atlántico. Pero la habían ampliado sin orden ni concierto, ajustándola a los obstáculos naturales que habían encontrado en el camino.

Una de las alas giraba a la izquierda para evitar la abrupta curva de la playa y otra, se desviaba un poco para sortear un árbol. En cuanto a los tejados, ni siquiera se encontraban al mismo nivel. Y el color no podía ser más singular: una mezcla de tonos salmón, azul grisáceo y amarillo que, lejos de resultar relajantes, ofendían a la vista.

Hank sacudió la cabeza y pensó que era digna de su dueña, Ann Davies.

La había conocido durante la boda de su mejor amigo, y le había causado una impresión dudosa. Ann era una mujer alta y huesuda cuyo corto cabello negro parecía víctima de un cortacésped. Además, su concepto del maquillaje se reducía a un toque de carmín en unos labios generosos que no dejaban de moverse, porque hablaba sin parar. Y, por si eso fuera poco, tenía opiniones rotundas sobre todos los temas imaginables.

Opiniones que raramente coincidían con las suyas.

Entonces, ¿qué estaba haciendo allí? ¿Cómo era posible que Todd y Liz lo hubieran convencido? La idea de pasar varios meses en la casa de una mujer como Ann Davies era sencillamente disparatada. Pero debía de estar tan loco como sus amigos, porque había aceptado su sugerencia.

Por desgracia, no tenía muchas opciones. Lo habían contratado para que supervisara la construcción de un centro comercial en Marathon, una localidad cercana. Pero enero era un mes difícil en los Cayos de Florida. Los hoteles, hostales y pisos de alquiler estaban abarrotados de turistas, y los pocos sitios que seguían disponibles solo admitían estancias cortas.

A pesar de ello, los visitó todos. Y descubrió que la mayoría eran habitaciones pequeñas con una ducha igualmente minúscula donde un hombre tan alto como él habría sufrido un ataque de claustrofobia.

Por supuesto, quedaba la alternativa de alojarse en Miami y viajar todos los días a Marathon. Pero Hank conocía sus limitaciones. El tráfico era infernal en aquella época del año, y no soportaba la perspectiva de condenarse a un atasco diario entre un montón de turistas que conducían fatal porque prestaban más atención al paisaje que a la carretera.

Cuando ya empezaba a estar desesperado, Liz le informó de que Ann estaba dispuesta a ofrecerle una habitación en su casa y a prepararle incluso las comidas sin más condición de que hiciera su parte de la compra.

Hank se quedó tan sorprendido que la miró con desconfianza y preguntó:

–¿Por qué me ofrece una habitación? No se puede decir que yo le cayera precisamente bien cuando nos presentaron.

–Bueno, ya sabes cómo es –contestó su amiga con una de sus encantadoras sonrisas.

Sin embargo, Hank no lo sabía. Ni sabía cómo era ni lo quería saber. Y, no obstante, había hecho el equipaje, lo había metido en el maletero y se había puesto en camino hacia la casa de Ann Davies, después de comprar comida y bebida en el supermercado local.

Respiró hondo, arrancó y, un par de minutos después, aparcó junto al edificio. Estaba sacando las maletas y las bolsas de provisiones cuando sintió un golpe a la altura de la rodilla y las bolsas salieron volando. Hank se lanzó a rescatar las cervezas como si la vida le fuera en ello, porque tenía la impresión de que iba a necesitar más de un trago para soportar a aquella mujer.

Al darse la vuelta, vio que una niña rubia, de alrededor de tres años, lo miraba con solemnidad. Tenía un pulgar metido en la boca y una manta raída en la mano libre.

Hank estuvo a punto de gemir. Se había olvidado de los niños. O, más bien, había hecho lo posible por olvidar el asunto. Los niños le ponían nervioso. Hacían montones de preguntas, pedían cosas todo el tiempo y eran una fuente constante de disgustos para sus padres. Pero aquella niña le cayó bien. Parecía tan inocente como tranquila.

–Hola… –dijo con cautela.

La niña no dijo nada.

–¿Dónde está tu mamá?

De repente, los ojos azules de la pequeña se llenaron de lágrimas. Y, luego, para horror de Hank, se sacó el pulgar de la boca y salió corriendo mientras daba gritos desaforados que habrían despertado a un muerto.

Ya estaba a punto de subirse otra vez a la camioneta y marcharse de allí cuando Ann Davies apareció con un cuchillo de cocina, furiosa.

A Hank se le encogió el corazón. No estaba acostumbrado a enfrentarse con mujeres armadas. Pero, al mirarla con más detenimiento, su susto inicial se transformó en sorpresa. Cualquiera habría dicho que no era la misma mujer que le habían presentado. Su cara le pareció enormemente más interesante y su figura, incomparablemente más sexy. De hecho, le gustó mucho. Incluso con un cuchillo en la mano.

–Ah, eres tú…

Ann bajó el cuchillo y se puso a recoger la comida que se había desperdigado por el suelo. Hank no se dio cuenta, pero estaba tan nerviosa como él. Y no solo por los gritos de la niña, sino porque lo encontraba más atractivo de lo que le habría gustado.

–Siento lo de Melissa –continuó–. Porque supongo que habrá sido ella…

–Si te refieres a una niña de unos tres años que tiene tendencia a meterse el pulgar en la boca, sí –dijo Hank con humor–. No sé qué he hecho, pero se ha asustado. He preguntado por su madre y ha huido entre gritos.

–Ahora lo entiendo.

Él frunció el ceño.

–¿Qué es lo que entiendes?

–Que se haya puesto así… Ha entrado en la casa como si hubiera visto al mismísimo diablo –contestó.

–¿Y por eso has salido con un cuchillo?

Ann miró el cuchillo como si lo viera por primera vez.

–Oh, lo siento…

–No lo sientas. Todas las precauciones son pocas – comentó–. Aunque supongo que te parezco inofensivo, porque no me has atacado con él.

Ann pensó que le parecía tan inofensivo como un hoyo lleno de víboras. ¿Cómo era posible que hubiera olvidado el efecto que le causaba? Especialmente, cuando el día de la boda se había dedicado a llevarle la contraria todo el tiempo.

–Creo que te debo una explicación sobre Melissa –dijo, cambiando de conversación–. Su madre la abandonó hace un año, sin decir una palabra. Por fortuna, una vecina la encontró al día siguiente y avisó a las autoridades… Cuando lo supe, no lo podía creer. ¿A quién se le ocurre dejar sola a una niña? Pobre Melissa… Todavía se despierta en mitad de la noche y se pone a llorar.

–Lo siento. No sabía nada. Pensaba que era hija tuya.

–Pues no lo es. Solo cuido de ella y de unos cuantos niños más, aunque algunos me tratan como si fuera su madre –le explicó–. Pero, ya que te vas a

quedar una temporada, será mejor que te hable de ellos, para que los conozcas un poco y sepas tratarlos. Los mayores se acostumbran rápidamente a la gente. En cambio, los pequeños son más sensibles.

Hank la miró con sorpresa.

–¿Cuántos chicos tienes en la casa?

–Cinco… Bueno, seis cuando Travis no se queda en la residencia de estudiantes –contestó–. Hoy están todos. Y, de vez en cuando, se presenta alguno de los que vivieron aquí… Pero solo a saludar.

Ann se dio cuenta de que Hank, un hombre tan alto y fuerte que no debía de tener miedo a nada, dio un paso atrás como si quisiera huir. Y lo comprendió de sobra. Al fin y al cabo, ella quería huir desde que lo había visto en el exterior de la casa, con aquellos vaqueros desteñidos y aquella camiseta ajustada que enfatizaban su cuerpo.

–Bueno, dudo que los vea con frecuencia –dijo él con incomodidad–. Estaré trabajando casi todo el día.

–De todas formas, es mejor que los conozcas. Entra en la casa y te la enseñaré.

Ann lo llevó por la cocina porque era lo que estaba más cerca. Pero también era un desastre de platos, vasos y cubiertos sin limpiar, como todos los domingos.

–Disculpa el desorden. Los chicos no faltan nunca a la cena de los sábados, y siempre dejan la limpieza para el día siguiente –le explicó–. Pero no durará mucho. Dentro de veinte minutos, la cocina estará absolutamente inmaculada.

Hank la miró con incertidumbre.

–¿Estás segura de que no seré una molestia? Sé que hablaste con Liz y me ofreciste tu casa, pero creo que ya tienes bastantes problemas.

–¿Te lavarás tu ropa?

–Sí, claro.

–¿Y te harás tu cama?

–Sí, por supuesto.

–¿Sabes hacer café?

–Sí, pero…

–Entonces, no hay problema.

Ann no supo por qué había pronunciado esas palabras.

A decir verdad, había preferido que se buscara otro alojamiento. Cuando Liz le pidió que le echara una mano, su primera reacción fue negativa. De ojos azules, hombros anchos, piel pecosa y cabello rubio, casi pelirrojo, Hank parecía la personificación de todo lo que Ann detestaba en los hombres. Era demasiado atractivo. Un peligro ambulante.

Además, tenían opiniones tan diametralmente opuestas que su primera conversación terminó en debate subido de tono. Ann ni siquiera recordaba de qué habían discutido. Solo sabía que había sido por algo intrascendente, relacionado con los entremeses.

Al pensarlo, se acordó de Liz. Su amiga estaba presente cuando discutió con Hank, y se había dedicado a mirarlos con interés. En su momento, no le dio importancia; pero luego, cuando le pidió que lo alojara en su domicilio, se dio cuenta de que tramaba algo. Y acertó.

–Piensa en Hank como si fuera un proyecto –le había dicho Liz–. Tendrás varias semanas para trabajártelo.

–Liz, tengo seis niños en casa y una profesión agotadora – replicó ella–. No necesito un hombre. Necesito una niñera.

–Necesitas un hombre.

–Oh, no, a mí no me vengas con esas… Que tú estés felizmente enamorada no significa que los demás aspiremos a la misma suerte. Yo no necesito un hombre. Y mucho menos, un hombre al que le gusta la lucha libre. –A Hank no le gusta la lucha libre.

–Bueno, quizá es el boxeo… –Eres una cobarde, ¿sabes?

–No digas tonterías. Es que no tengo tiempo ni ganas de rehabilitar a un tipo de treinta y siete años. Ya es tarde para él. –Eres psicóloga, Ann. Sabes que nunca es tarde para nadie.

–Nunca es tarde si quieren rehabilitarse. Pero dudo que Hank Riley tenga el menor deseo de cambiar.

–Tómatelo como si fuera un experimento. Quién sabe, hasta es posible que puedas escribir un ensayo sobre él.

–Olvídalo, Liz.

–No puedo. Ya le he dicho que se puede alojar en tu casa.

–¿Por qué has hecho eso?

–Porque supuse que no te opondrías. Nunca das la espalda a los desamparados.

–Hank tiene casa propia. Y, por lo que me has dicho de él, también tiene tantas pretendientas como una estrella de cine. No me necesita.

–Vamos, Ann…

–Está bien… Supongo que no pasará nada porque comparta habitación con Jason durante un par de semanas.

Extrañamente, su amiga no reaccionó con la alegría que Ann había imaginado. De hecho, la miró como si se sintiera culpable. Y Ann desconfió todavía más.

–¿Qué ocurre, Liz? ¿Qué es lo que no me estás contando?

–Te lo digo si no te enfadas. Además, aún estás a tiempo de echarte atrás…

–¿Qué ocurre? Suéltalo de una vez.

–Que no se trata de un par de semanas, sino de un par de meses. O quizás, de tres o cuatro meses.

Ann protestó sin convencimiento alguno. Sabía que había perdido la partida, así que intentó acostumbrarse a la idea de tenerlo en casa. Pensándolo bien, la presencia de Hank podía ser positiva para los chicos, aunque solo fuera porque les ofrecería un modelo masculino del que aprender.

Pero al verlo ahora, en la cocina, pensó que había cometido un error. Durante la boda, lo había encontrado tan molesto que había llegado a la conclusión de que se sentía incómoda por culpa de sus opiniones. Sin embargo, Hank no había dicho nada durante los últimos minutos que pudiera explicar la desconcertante aceleración de su pulso. De hecho, parecía abrumado por las circunstancias.

Ann sacudió la cabeza y echó un vistazo a lo que Hank había comprado. Había donuts, bolsas de patatas fritas, ganchitos y un montón de cosas así.

–Eso no puede estar en la casa. Tíralo a la basura –le ordenó.

Hank la miró con espanto.

–¿Que lo tire a la basura? ¿Por qué? Liz dijo que comprara comida y la he comprado…

–Has comprado comida basura, que es muy distinto. No puedo permitir que los chicos se atiborren de productos que son adictivos y malos para la salud.

–Pues no lo permitas. Me los comeré yo.

–No sabes lo que dices. No puedes traer esas cosas a la casa y esperar que no se las coman –afirmó.

–Entonces, las esconderé en mi habitación.

–¿Lo ves? Justo lo que yo te decía. Son adictivos. Eres adicto a la comida

basura y ni siquiera te has dado cuenta.

–Yo no soy adicto a nada. Simplemente, me gustan.

–Oh, vamos…

Él frunció el ceño y la miró con tanta intensidad que ella retrocedió.

–Te pongas como te pongas, no lo voy a tirar a la basura.

–Muy bien, como quieras. Pero que no lo vean los chicos.

Hank sonrió.

–Trato hecho.

Su actitud era tan arrogante y desenfadada a la vez que Ann sintió el deseo casi irrefrenable de abofetearlo. Y se maldijo para sus adentros. Ella no era de las que perdían los estribos. Ella era psicóloga, una profesional que creía en la importancia de la comunicación y en la necesidad de solventar los conflictos de forma civilizada.

¿Qué demonios le estaba pasando?

–¿Algo más? –preguntó Hank.

Ella respiró hondo e intentó recordar que estaba con un amigo de Liz y de Todd. Además, su presencia sería temporal. Con un poco de suerte, se cansaría enseguida y se marcharía a otra parte.

–Ahora que lo dices, sí. La cena es a las siete, y todos ayudamos en lo que podemos.

–¿Eso es todo?

–Ni mucho menos. Aquí viven menores que no están acostumbrados a que les marquen los límites, así que necesitan normas –respondió–. Pero ya las aprenderás.

–Está bien…

Ann no esperaba que Hank se mostrara tan razonable. Y, por algún motivo, eso aumentó su irritación.

–Bueno, te acompañaré a tu dormitorio.

Antes de que pudieran recoger su equipaje, oyeron gritos procedentes del otro extremo de la casa. Ella salió corriendo y él la siguió.

–¿Aquí grita todo el mundo? –preguntó Hank por el camino.

–Solo en caso de desastre.

–¿Y los desastres son frecuentes?

Hank la miró con una mezcla de pánico y curiosidad que a Ann le pareció

divertida.

–No me digas que los gritos te ponen nervioso…

–No es que me pongan nervioso. Es que gritan tan fuerte que tengo miedo de que sea malo para sus pulmones.

–Sus pulmones gozan de buena salud. Salvo en el caso de Paul, claro. Ya se ha acatarrado varias veces en lo que va de invierno.

Ann se detuvo en seco y añadió:

–Me preguntó por qué.

–¿De qué estás hablando?

–De Paul. Me pregunto por qué se acatarra con tanta frecuencia.

–Pues no lo sé, pero… ¿no crees que deberías dejar esa preocupación para otro momento? Ese grito ha sonado de lo más inquietante.

–Sí, tienes razón –Ann se puso en marcha–. Aunque supongo que será por la bañera. A veces, las cañerías se atascan y el grifo pierde agua. Imagina lo que ocurre cuando coinciden las dos cosas.

Momentos después, Ann pisó un charco y resbaló. Hank reaccionó rápidamente y la agarró de la cintura, impidiendo que perdiera el equilibrio. A ella le gustó tanto el contacto de sus manos que lamentó que la soltara.

–Quédate aquí –ordenó él–. Yo me encargaré de todo.

Ella sacudió la cabeza.

–No, ya me encargo yo…

Ann volvió a resbalar, y él dijo:

–Quédate donde estás o te romperás el cuello.

Hank se abrió camino por el agua que ya empapaba las alfombras del pasillo. Ann lo miró con enfado, pero se contuvo.

Podía seguir discutiendo o podía ser práctica y ayudar.

Tras optar por lo segundo, recogió las alfombras, las llevó al exterior y regresó con un cubo y una fregona. Ya estaba recogiendo el agua cuando Hank salió del cuarto de baño con Melissa y Tommy bajo los brazos, como si fueran un par de sacos de arroz.

Al verla, dejó a los chicos con Ann y dijo:

–Voy a la camioneta, a buscar unas herramientas.

–¿Dónde está Tracy?

–Está en el cuarto de baño. Ha puesto un dedo en el grifo para que deje de

salir agua –respondió con humor–. Puede que grite como una condenada, pero esa chica sabe mantener la calma en situaciones difíciles.

–Será por la costumbre. La bañera se desborda dos veces por semana.

Melissa y Tommy se pusieron a hablar al mismo tiempo, deseosos de contar anécdotas sobre las inundaciones de la casa. Hank los escuchó con atención, sacudió la cabeza y preguntó a Ann:

–¿Por qué no has llamado a un fontanero?

Ann no había llamado a un fontanero porque no tenía dinero suficiente. Pero no quería que Hank lo supiera, así que mintió.

–Pensé que lo podría arreglar yo sola.

–Pues no se puede decir que lo hayas arreglado muy bien – ironizó–. Si se sigue saliendo, se estropeará el entarimado del pasillo.

Ella apretó los dientes.

–Te recuerdo que solo eres un invitado. No necesito que vengas a mi casa y me digas lo que tengo que hacer.

–Ni yo necesito que tú me digas lo que tengo que comer.

Hank lo dijo con un tono tan encantador que la desarmó por completo.

–Está bien. Come lo que te dé la gana.

–Faltaría más.

–Pero arregla esa bañera, por favor.

–Eso está hecho.

Hank sonrió y se dirigió hacia la cocina.

–¿Adónde vas? ¿No has dicho que ibas a la camioneta? – preguntó ella.

–Sí, pero he pensado que me apetece una cerveza. ¿Quieres una? Podemos echar un trago mientras arreglamos la bañera.

–Vete al…

Él la interrumpió.

–Por Dios, Annie. Cuida tu lenguaje –dijo con sorna–.

Estamos delante de los niños.

Mientras Hank se alejaba, Ann se preguntó si pegarle un tiro por la espalda sería demasiado traumático para los pequeños.

Capítulo 2

Ann estaba espantada. Siempre había sido una mujer tranquila, perfectamente capaz de controlarse. No perdía la calma, no consideraba la posibilidad de matar a un invitado y, por supuesto, no amenazaba a nadie con cuchillos.

¿Qué le estaba pasando? ¿Cómo era posible que Hank Riley tuviera ese efecto en ella?

Justo entonces, alguien le tiró de la falda. Ann bajó la cabeza y vio que Tommy la estaba mirando con inquietud. El pobre chico lo había pasado muy mal. Había pasado sus primeros años de vida en Afganistán y, aunque ya llevaba dos años con ella, se ponía particularmente nervioso en las situaciones de tensión.

–¿Quién es ese hombre? ¿Es el fontanero?

–No, no es el maldito fontanero –respondió Ann, incapaz de refrenarse.

–¡Has dicho una palabra fea! –intervino Melissa, encantada.

–Oh, lo siento… –se disculpó–. Es verdad. Es una palabra fea y no debería haberla pronunciado. Venga, id a vuestras habitaciones y poneos ropa seca.

–Pero yo quiero nadar… –protestó la niña.

–Pues no podrás nadar en una semana como no estéis en vuestras habitaciones antes de que cuente tres –dijo Ann, tranquilamente.

Melissa salió corriendo y Tommy la siguió más despacio, cojeando. Todavía no estaba totalmente recuperado de la herida que había sufrido en Afganistán, al recibir un impacto de metralla en una pierna.

–¡Ann! –gritó Tracy desde el servicio–. ¡Me estoy empezando a cansar!

–Oh, no…

Ann entró en el cuarto de baño y la encontró con el dedo puesto en el grifo roto. Hank reapareció al cabo de unos momentos.

–¿No crees que deberías cortar el agua? –dijo ella, de mala manera.

–Ya la he cortado –le informó.

–Ah… En ese caso, ya puedes quitar el dedo del grifo, Tracy.

Tracy sacudió la cabeza.

–No, no puedo.

–¿Por qué?

–Porque ahora no lo puedo sacar.

Hank se sentó en el borde de la bañera, alcanzó el jabón y frotó el dedo de Tracy, para sacárselo del grifo. Cuando lo consiguió, le secó el dedo con una toalla, lo inspeccionó para asegurarse de que no se había hecho ningún corte y dijo:

–Muchas gracias, Tracy. Si no hubiera sido por ti, habría agua por toda la casa. Has hecho un gran trabajo.

Tracy sonrió de oreja a oreja, y Ann se emocionó. Era la primera vez que la veía tan contenta. Siempre había sido una chica retraída, con dificultades para relacionarse con los demás. Pero Hank se la había ganado con un poco de dulzura y unas palabras de aliento.

–¿Estás bien, cariño? –le preguntó.

–Sí –dijo Tracy, sin dejar de sonreír–. No tengo ni un rasguño.

–Excelente… Y ahora, ¿me podrías hacer un favor?

–Claro…

–Primero, asegúrate de que Melissa y Tommy están bien y, después, intenta que Paul y David limpien la cocina. Casi es hora de cenar. Estaré con vosotros dentro de un momento.

La joven asintió, miró a Hank y preguntó con inseguridad:

–¿Te vas a quedar?

–Por supuesto. Por lo menos, hasta después de la cena – contestó con humor.

Tracy se fue y Ann fregó el suelo. No se atrevía a mirar a Hank, que seguía sentado en el borde de la bañera.

–Te has portado muy bien con Tracy –dijo al cabo de unos segundos–. Gracias.

Hank alcanzó una guía de fontanero y la introdujo por el desagüe.

–De nada… Es una niña encantadora.

–¿Niña? Será mejor que no le llames eso cuando estés delante de ella –le advirtió–. Tiene dieciocho años.

Hank movió la guía en el interior del desagüe y, al sacarla, descubrió que tenía enganchado un pequeño dinosaurio de plástico. Después, dejó el muñequito a un lado y siguió hurgando en la cañería.

–Parece que la conoces muy bien –dijo, distraído.

–Bueno, conozco bien a las adolescentes, pero no estoy tan segura de conocer a Tracy.

Él la miró con extrañeza.

–¿No es hija tuya?

–Ninguno de los chicos es hijo mío –contestó Ann, un poco a la defensiva–. Pensé que Liz te lo había explicado.

–Liz no entró en detalles. Dijo que tenías varios chicos a tu cargo, pero supuse que algunos serían tuyos.

–Pues no lo son.

Tras un momento de silencio, Hank le lanzó una mirada y dijo:

–Háblame de Tracy.

–¿De Tracy? No hay mucho que contar. Digamos que tuvo problemas en casa.

Ann no estaba de humor para dar explicaciones sobre la situación familiar de la adolescente, que había sufrido malos tratos a manos de su padre. Pero Hank resultó ser más perceptivo de lo que había imaginado.

–¿Insinúas que la pegaban?

–Eso me temo. Aunque a veces me olvido de lo mal que lo pasó. Tracy tiende a esconder sus emociones tras una imagen de chica dura.

–¿Se escapó de su hogar?

–Ojalá se hubiera escapado. Tendría menos cicatrices.

–Yo no estoy tan seguro de eso –Hank la volvió a mirar–. Solo tienes que pasar por determinadas zonas de Miami para ver lo que les pasa a los chicos que se fugan y se ven obligados a ganarse la vida por su cuenta.

Ella suspiró.

–Sí, eso es cierto, pero el padre de Tracy era una verdadera bestia. Han pasado cinco años desde que se marchó de su casa y todavía desconfía de los hombres. De hecho, desconfía de todos los adultos… posiblemente, porque ningún adulto la ayudó.

–No me extraña que desconfíe.

–Ni a mí. Pero eso no me sirve de mucho cuando me trata como si yo fuera el enemigo. A veces pienso que no puedo hacer nada por ella.

–Oh, vamos… Está contigo, ¿no? Algo bueno estarás haciendo.

–Tal vez.

Ann se sintió halagada y sorprendida a la vez por el comentario de Hank.

Había estado tan preocupada con Tracy que quizá no se había dado cuenta de que se había empezado a ganar su confianza. Y le pareció curioso que aquel desconocido de mirada penetrante lo hubiera notado antes que ella.

De repente, tuvo la sensación de que el cuarto de baño había encogido. Pero al cuarto de baño no le pasaba nada. Sencillamente, se empezó a sentir demasiado femenina por culpa de Hank, que resultaba mucho más masculino y más abrumador en la intimidad de un espacio tan pequeño.

–No hace falta que te quedes –dijo, deseando que se fuera–. Yo me encargaré de limpiar el agua.

–Prefiero terminar con las cañerías.

–No te molestes. Mañana llamaré al fontanero.

–¿Para qué? Ya me tienes a mí… –Entonces, te pagaré.

–De ninguna manera.

Ann estaba tan tensa que perdió la calma.

–¡Maldita sea! No voy a permitir que vengas a mi casa y desafíes mi independencia.

Hank rompió a reír.

–¿Desafiar tu independencia? ¿Por arreglar las cañerías?

Ann no lo pudo evitar. Su risa era tan contagiosa que el enfadó se le pasó al instante.

–Bueno, es posible que me haya excedido un poco – admitió–. Es que estoy acostumbrada a hacer las cosas por mi cuenta, sin ayuda de nadie.

–Lo comprendo. Pero, si voy a vivir aquí, tendré que hacer mi parte – alegó Hank–. Los chicos tienen sus tareas y yo debo tener las mías.

–No es lo mismo. Tu estancia solo será temporal.

Ann lo dijo sin emoción alguna, pero Hank notó un fondo de amargura en sus ojos y sintió curiosidad. ¿De dónde vendría? ¿Sería consecuencia de una experiencia personal? ¿O el resultado de haber visto demasiadas cosas terribles, demasiados niños abandonados, demasiados corazones rotos? Fuera como fuera, ella se dio cuenta de que lo había notado y se escondió tras su fachada de seguridad con tanta soltura que Hank lo lamentó.

Durante un segundo, había sentido la tentación de acercarse a aquella mujer estoica y tomarla entre sus brazos. La tentación de prometerle una vida feliz, llena de amor y de afecto. La tentación de asegurarle que la vida no era tan terrible como parecía.

Sin embargo, se contuvo y siguió trabajando en el sumidero. Hasta que, al

cabo de un par de minutos de silencio incómodo, ella se marchó.

Hank se quedó a solas con el aroma a fresas que Ann había dejado en el cuarto de baño, un olor más excitante que ningún perfume. Se preguntó si sus labios también sabrían a fresas, y pensó que había cometido un error al no dejarse llevar por el deseo de besarla. Aunque solo fuera para aliviar su necesidad.

Estaba tan alterado que se desconcentró y se arañó los nudillos con el borde del desagüe.

–Maldita sea…

Miró la sangre de la herida y se levantó para sacar un antiséptico del armario. Pero casi agradeció el dolor, porque bloqueó parcialmente el inesperado e inexplicable sentimiento de pérdida que lo embriagaba.

Por lo visto, su estancia en la casa de Ann Davies iba a ser más difícil de lo que había imaginado.

Fue una noche larga. Hank no encontró ninguna excusa para librarse de la ruidosa y poco convencional cena familiar a la que se vio abocado, así que sacó fuerzas de flaqueza y lo sobrellevó tan bien como le fue posible. Pero, al final de la velada, estaba tan cansado como si hubiera estado levantando pesas.

Los chicos se pegaron codazos, se quejaron por la comida, se lanzaron objetos por encima de la mesa y hasta se pelearon porque no se ponían de acuerdo sobre a quién le tocaba limpiar. Para él, fue una tortura; para Ann, una cena como tantas otras, que presidió con una serenidad sorprendente.

Hank estaba maravillado con ella. Era una especie de árbitro que siempre sabía lo que debía hacer. Bromeaba con los chicos, suavizaba las situaciones más tensas y les toleraba algunos excesos, pero sin permitir nunca que se pasaran de la raya.

Justo entonces, David se enfadó y amenazó con lanzar una patata a Tracy. Al parecer, le había confiado un secreto que la chica pretendía desvelar.

–Basta ya –protestó Ann.

–Eres tonto, David –dijo Tracy, sin darse por aludida–. Tu secreto no le interesa a nadie. ¿Quién querría saber que…?

–¡Tracy! –gruñó el chico, a punto de perder la paciencia.

Tracy se limitó a sonreír con malicia.

–¡Mamá, dile que no lo cuente! –imploró David.

–A mí no me metáis en vuestros asuntos –dijo Ann–. Solucionadlo ahora mismo o marchaos de aquí.

David suspiró y miró a Tracy.

–¿Qué quieres a cambio de tu silencio?

–Yo no quiero nada –respondió Tracy con indignación–. ¿Se puede saber qué te pasa? Solo estaba bromeando, imbécil.

Ann la miró con cara de pocos amigos.

–Está bien… Siento haberte insultado –continuó la chica–. Y siento haberte amenazado con contar tu secreto.

–Bueno, asunto resuelto –declaró Ann con alegría–. ¿Quién quiere helado de fresa?

–¡Yo!

–¡Y yo!

Todos respondieron del mismo modo, y Hank se sintió en la necesidad de echar una mano a su anfitriona, aunque la apelación a las fresas despertó en él un apetito muy diferente.

–Deja que te ayude –dijo.

–No, gracias.

–¿Por qué no? Dijiste que todo el mundo tiene que ayudar… Ella sonrió.

–Es verdad, lo dije. Pero hay una norma que todavía no conoces.

–¿Cuál?

–Que nadie ayuda durante su primera noche en la casa.

–Sí, eso es cierto, pero ten cuidado a partir de mañana… – intervino Jason–. Mamá dirige la casa como si fuera un sargento de infantería.

–¿Ah, sí? ¿Un sargento? ¿Yo? –dijo Ann–. ¿Es que te quieres quedar sin postre?

–No te atreverás…

–Por supuesto que me atreveré.

Ann le quitó el helado que le acababa de servir y se lo pasó a David con un movimiento increíblemente rápido. Pero Jason reaccionó con la misma celeridad y le quitó a su vez el suyo.

–¡Devuélveme mi helado! –protestó Ann entre risas.

–De eso, nada.

–Devuélvemelo…

–Oh, vamos, mamá… No es bueno para ti –comentó mientras lo devoraba–. Los helados industriales tienen demasiadas calorías, por no mencionar el colesterol… Hank rompió a reír.

–No es helado industrial –declaró Ann–. A decir verdad, ni siquiera es helado… es yogur congelado.

–Qué asco… –dijo David.

–Pues te dará mucho asco, pero te lo estás comiendo… David rio.

–Si lo llego a saber, ni siquiera lo habría probado.

–Lo sé. Por eso os he mentido –dijo Ann, triunfante–. Espero que no volváis a protestar cuando os ofrezca yogur.

Al ver que Hank y Jason seguían riendo, Ann añadió:

–Os lo estáis pasando en grande, ¿eh? Veremos si os divertís tanto mañana, porque os toca preparar la comida.

–¿Podemos preparar hamburguesas? –preguntó Hank.

–De ninguna manera –respondió Ann.

–Pues te aseguro que no voy a preparar verduras…

Los chicos aplaudieron a Hank, que se giró hacia Jason y preguntó:

–¿Te apetece que mañana salgamos de pesca?

Jason dudó un momento antes de contestar.

–Sí… Supongo que sí.

–En ese casco, comeremos pescado –sentenció Ann–. Pero será mejor que estéis de vuelta a las cinco y media, y con peces suficientes para todos. De lo contrario, descongelaré el pollo que tengo en el frigorífico.

–Mujer de poca fe… –dijo Hank–. ¿Es que no confías en nosotros?

–No. Aunque me encantaría equivocarme.

Ann le lanzó una mirada tan intensa como cargada de desafío. Si hubiera sido otra mujer, Hank habría pensado que estaba coqueteando; pero Ann se comportaba como si no fuera consciente del efecto que causaba en él.

Cuando ella se levantó de la mesa y empezó a recoger los platos vacíos, él se le acercó y, sin poder refrenarse, le pasó un brazo alrededor de la cintura.

–Estás jugando con fuego, Ann.

Hank lo dijo en un susurro, para que los chicos no se enteraran. Pero lo oyeron y rompieron a reír.

Ann se puso tan pálida que él la soltó al instante, sintiéndose culpable. ¿Qué diablos estaba haciendo? Aquella mujer lo había invitado a quedarse en su casa, y él le pagaba el favor por el procedimiento de intentar seducirla.

Su carácter le había jugado otra mala pasada. Cada vez que alguien le planteaba un desafío, lo aceptaba e intentaba ganar. Y Ann Davies era todo un desafío. Pero se prometió que, esta vez, mantendría las distancias.

Desgraciadamente, el sentido común de Hank se esfumó en cuanto volvió a mirar sus ojos azules.

Ann le gustaba demasiado.

Capítulo 3

Al oír el despertador, Ann se levantó de la cama y entró en el cuarto de baño. Eran las seis, y se encontraba tan cansada como si no hubiera dormido en toda la noche.

El espejo le devolvió una imagen pálida y ojerosa, que le preocupó. ¿Qué le estaba pasando? Normalmente, le gustaba levantarse temprano. Necesitaba una hora de tranquilidad antes de que la casa se llenara de chicos exigentes y ruidosos. Pero aquella mañana habría dado cualquier cosa por volverse a dormir.

Solo quería cerrar los ojos y esperar hasta que Hank Riley saliera de su vida.

Sin embargo, Ann sabía que Hank no se iba a ir a ninguna parte, así que se lavó la cara y las manos, se arregló un poco el pelo y, tras ponerse unos pantalones cortos, una camiseta sin mangas y unas zapatillas deportivas, salió de la habitación.

Al llegar a la cocina, preparó café y se puso a hacer ejercicios de calentamiento. Su cuerpo estaba tenso como un tambor; probablemente, porque no dejaba de pensar en los ojos de Hank ni en lo que había sentido cuando le pasó el brazo alrededor de la cintura. Aquel hombre la estaba volviendo loca.

Cuando terminó de calentar, abrió la puerta de la cocina y salió al exterior. El sol empezaba a asomar en el horizonte, pero aún faltaba un rato para que la niebla matinal se despejara. Ann respiró hondo y se intentó convencer de que el ejercicio físico era la terapia perfecta para su problema. Desde su punto de vista, no había ninguna preocupación que pudiera sobrevivir a una larga y agotadora carrera.

–Te has levantado muy pronto…

Ann se estremeció al oír la voz baja y seductora de Hank, surgiendo de entre la niebla.

–Es que voy a correr –replicó con aspereza–. Si quieres desayunar, sírvete tú mismo… Acabo de preparar el café.

Ann se alejó a la carrera, esperando que Hank entendiera la indirecta y la dejara en paz. Pero no fue así. Segundos después, apareció a su lado.

–¿Puedo correr contigo?

–Si te digo que no, ¿te marcharás?

–Sinceramente, no lo sé –respondió con humor.

Ella suspiró y le lanzó una mirada de arriba a abajo. Hank llevaba una camiseta de la Universidad de Miami y unos vaqueros cortados que revelaban unas piernas tan fuertes como musculosas.

–Entonces, quédate.

–Gracias…

Ella guardó silencio.

–¿Cuántos kilómetros sueles correr?

–Alrededor de ocho.

Ann sonrió al ver que Hank fruncía el ceño. Era evidente que estaba en forma, pero supuso que no estaría acostumbrado a correr tanto y aceleró el ritmo para dejarlo en evidencia.

–¿Sales a correr todas las mañanas?

–Casi todas.

–¿Has participado alguna vez en una maratón?

–Sí, en varias. Pero hace tiempo que no participo en ninguna… estoy tan ocupada que no me puedo entrenar en serio.

–Pues cualquiera lo diría –dijo él, aparentemente asombrado con la resistencia de Ann.

–¿Y tú? ¿También corres?

–No, aunque voy al gimnasio todos los días –respondió–. Tenía intención de buscar uno por aquí, pero podría cambiar de planes y salir a correr contigo por las mañanas. Prefiero hacer ejercicio con más personas… ¿y tú?

Ann no tuvo ocasión de responder a su pregunta, porque bajó entonces la mirada y dijo, con el tono de voz de un experto en la materia:

–Tienes unas piernas preciosas.

Ella sintió un extraño calor que no tenía nada que ver con el esfuerzo físico.

–¿Por qué las escondes siempre tras esas faldas largas que llevas? –continuó Hank.

Ann frunció el ceño.

–Porque me gustan las faldas largas.

–¿Por qué? –insistió.

–¿Es que debo tener algún motivo para que me gusten las faldas largas?

–No, supongo que no –dijo–. Pero eres psicóloga, y me extraña un poco

que no te lo hayas preguntado.

Ella se encogió de hombros.

–No hay nada que preguntarse. Sencillamente, las faldas largas son cómodas.

–Y lo ocultan todo.

–Yo no intento ocultar nada –afirmó.

–Espero que no, porque con esas piernas que tienes… –No quiero hablar de mis piernas.

Él arqueó una ceja.

–Ah, así que te sientes incómoda cuando los hombres te encuentran atractiva…

–¡Yo no me siento incómoda!

Hank soltó una carcajada.

–Sí, ya lo veo.

Enfurecida por la ironía de Hank, Ann volvió a acelerar el ritmo. De hecho, corrió tan deprisa que terminó diez minutos antes que de costumbre. Pero no tuvo nada de particular: se sentía como si el diablo le pisara los talones.

Su aventura matinal había merecido la pena. Gracias a los treinta minutos de ejercicio, Hank había descubierto que Ann tenía una figura absolutamente arrebatadora. Y le gustaba tanto que no había dejado de fantasear con ella. Cada vez que cerraba los ojos, veía sus largas piernas y el sutil balanceo de sus senos.

Desgraciadamente, Hank no pudo recuperar la media hora perdida. Se saltó el desayuno para ahorrar tiempo, pero eso no impidió que llegara tarde al trabajo. Y las cosas se complicaron a última hora, cuando los obreros se empezaron a quejar de que los materiales que les habían enviado eran de calidad inferior a la exigida.

Tras comprobarlo, intentó ponerse en contacto con el proveedor de la obra, para pedirle que los sustituyera por otros. Era un problema importante, que podía tener consecuencias desastrosas. Pero, a las cuatro y media, aún no había podido hablar con él. Y había quedado con Jason para llevarlo a pescar.

Desesperado, volvió a levantar el auricular del teléfono y marcó el número de su socio, que estaba en Miami.

–Hola, Todd. ¿Podrías llamar al proveedor? Ha surgido un problema con los materiales.

–¿Qué tipo de problema?

Hank le explicó brevemente lo sucedido y Todd preguntó:

–¿Por qué me lo pides a mí? Tú lo conoces mejor que yo… –Lo sé, pero tengo un compromiso y me tengo que ir.

Todd se quedó asombrado.

–¿Un compromiso? ¿Uno más importante que solucionar un problema de trabajo?

Hank dudó. Comprendía perfectamente su sorpresa. En todos los años que llevaban juntos, jamás se había marchado del trabajo en mitad de una crisis.

–¿Qué pasa, Hank? –continuó Todd con desconfianza.

–Nada. No pasa nada.

–No me digas que te está esperando una mujer… –dijo con sorna.

Hank estaba acostumbrado a que Todd ironizara sobre su vida social, pero aquella tarde lo encontró irritante. De hecho, habría colgado el teléfono de no haber sabido que su socio lo habría llamado de inmediato, para burlarse otra vez.

–No exactamente.

–Entonces, ¿de qué se trata?

–Me están esperando para ir a pescar.

Todd rompió a reír.

–¿Se puede saber qué te parece tan gracioso? –bramó Hank.

–Tú, por supuesto. La última vez que saliste a pescar, te mareaste. Dijiste que no volverías a subir a un barco en toda tu vida.

–Y no voy a subir a ningún barco. Pescaré en un muelle.

–¿En un muelle? Ah, ahora lo comprendo… Si no recuerdo mal, a tu anfitriona le encanta la pesca. ¿Ha sido idea de Ann?

–¿Por qué dices eso?

–Porque tú no irías a pescar si no hubiese una mujer de por medio.

–Pues no, no ha sido idea de Ann. Es que estoy a cargo de la cena.

–¿De la cena?

–Sí, me ofrecí a llevar pescado. Pero, si no estoy en el muelle dentro de

diez minutos, no tendré luz ni para poner el anzuelo.

–Pues ve a una pescadería…

–No sería lo mismo –afirmó–. Además, se lo prometí a Jason.

–¿Jason?

–Uno de los chicos.

–Ah, es un asunto familiar…

–Ahórrate las bromas, Todd. ¿Vas a llamar al proveedor? ¿O no?

–Está bien, lo llamaré… –Gracias.

–¿Hank?

–¿Sí?

–Hay una pescadería en el supermercado de la autopista. No tiene pérdida.

–Vete al infierno.

Todd soltó una carcajada y Hank colgó el teléfono de golpe. Todavía estaba maldiciendo a su socio cuando aparcó la camioneta en el vado de la casa. Tracy se había sentado en los escalones del porche, desde donde miraba a Tommy y Melissa, que estaban jugando en un columpio.

–Llegas tarde –anunció la chica.

–Lo sé. ¿Dónde está Jason?

Tracy se encogió de hombros.

–Creo que se ha cansado de esperar.

–Maldita sea…

–Pero se ha llevado una caña de pescar –le informó–. Mira al otro lado de la carretera. Puede que esté en el muelle.

–¿Sabes si hay más cañas?

Tracy asintió.

–Ann deja la suya detrás de la puerta de la cocina.

–Gracias.

Hank entró en la casa y alcanzó la caña, que estaba donde Tracy le había dicho. Pero, al volver al porche, vio que la chica estaba extrañamente cabizbaja y se sintió en la obligación de interesarse por ella.

–¿Te encuentras bien?

Ella levantó la cabeza y lo miró, sorprendida por la pregunta.

–Sí, claro…

–¿Hoy no tienes colegio?

–Lo tenía, pero ya he vuelto.

Hank notó un fondo muy triste en su voz. Se sentó a su lado e intentó encontrar la forma más adecuada de interesarse por ella. A fin de cuentas, no estaba acostumbrado a interpretar el papel de confidente. Y, menos aún, con jovencitas sensibles.

Al final, optó por ser directo y dijo:

–¿Ha pasado algo?

Ella sacudió la cabeza.

–No, nada.

Obviamente, él no la creyó.

–O sea, que ha pasado algo y no me lo quieres contar.

Tracy sonrió.

–Supongo que no.

–Bueno, comprendo que no quieras hablar de ello –dijo con suavidad–. Pero recuerda que las cosas no parecen tan malas cuando las compartes con alguien… Si cambias de opinión, habla con Ann. Por lo que tengo entendido, sabe escuchar a la gente. Y, por supuesto, también me tienes a mí… –Gracias.

Hank no se levantó de inmediato. Albergaba la esperanza de que Tracy se desahogara con él, de modo que se quedó en el porche un par de minutos. Durante ese tiempo, Paul salió de la casa y se puso a lanzar pelotas a una canasta de baloncesto, mientras David lo observaba desde la puerta principal.

–Eh, David… –le dijo–. ¿Por qué no desafías a Paul? Seguro que eres tan buen jugador de baloncesto como él.

El chico se limitó a sacudir la cabeza.

–David no suele jugar –le informó Tracy–. Ann dice que no se atreve porque lo han echado de muchas casas de acogida por causar problemas… Por lo visto, siempre se estaba haciendo heridas y cosas así.

Hank la miró con horror.

–¿Y qué? Es normal que los chicos jueguen y se hagan daño…

–Ya, pero hay adultos que no quieren que los molesten por nada. Supongo que tiene miedo de que Ann se canse de él y lo eche.

–Pero eso es…

Hank no terminó la frase. Se había quedado atónito.

–¿Horrible? Sí, por supuesto que lo es –dijo Tracy–. A veces, Jason consigue que se abra un poco, pero le cuesta.

–Pobre chico…

–Ann dice que tenemos que ser pacientes con él… Que, más tarde o más temprano, se dará cuenta de que esta casa de acogida no es como las otras.

Hank se quedó mirando a David y se preguntó qué podía hacer para ayudarlo y para ayudar al mismo tiempo a Ann, cuyo compromiso con los chicos le parecía cada vez más admirable. Pero Tracy lo sacó de sus pensamientos.

–Será mejor que vayas a pescar. Ann volverá pronto, y se enfadará mucho si tiene que descongelar el pollo porque no habéis pescado nada…

Él se levantó a regañadientes y dijo, con humor:

–Bueno, en el peor de los casos, siempre podemos ir a la pescadería.

Ella soltó una risita y, durante unos instantes, su expresión de tristeza se transformó en una sonrisa encantadora que emocionó un poco a Hank. Nunca había entendido que algunos adultos sintieran la necesidad de ser padres. Pero, en ese momento, lo entendió perfectamente.

Las aguas del golfo estaban tranquilas, y el sol era una enorme bola naranja que se empezaba a hundir en el horizonte de la interminable extensión azul. Hank se alegró de haber sacado la chaqueta del vehículo, porque empezaba a hacer fresco; y, cuando se acercó a Jason, se dio cuenta de que el chico tenía la carne de gallina.

Al llegar a su lado, echó el sedal al agua y apoyó la caña en el muelle. Jason ni siquiera lo saludó.

–¿Has pescado algo?

El chico no dijo nada.

–Siento llegar tarde. He tenido un problema en el trabajo.

Jason se mantuvo en silencio, y Hank se empezó a impacientar.

–Estoy hablando contigo, ¿sabes?

–¿Y qué?

–Que espero que me contestes.

–¿Por qué?

–Por simple y pura educación.

–Cumplir las promesas también es un asunto de simple y pura educación –alegó el chico–. ¿O me equivoco?

Hank suspiró.

–No, no te equivocas… Pero ya me he disculpado. Siento haber llegado tarde.

–Está bien –dijo con escepticismo.

Hank decidió cambiar de conversación.

–Tengo entendido que me voy a alojar en tu dormitorio.

Jason se encogió de hombros.

–Es la casa de Ann. Puede hacer lo que quiera.

–Lo sé, pero también es tu dormitorio, y te quería dar las gracias por prestármelo –declaró–. Por cierto, me encantan tus pósters.

Jason hizo caso omiso y, como Hank no sabía qué decir, se quedó callado. Hasta que, al cabo de unos momentos, el chico pescó algo.

–Vaya, parece grande…

Jason sacó el pez del agua y sonrió.

–Tienes talento para la pesca –continuó Hank.

El chico quitó el anzuelo al pez.

–No es para tanto.

–¿Que no es para tanto? Yo no he pescado nada todavía… –Puede que sea por el cebo. ¿Qué has puesto?

–Pedazos de gambas.

–Pues es un buen cebo –comentó Jason.

Hank esperó unos momentos y preguntó:

–¿Pescas a menudo?

–Sí.

–¿Quién te ha enseñado?

–Nadie. Aprendí solo. Todos los chicos de Key West pescan.

–Ah, así que eres de Key West… Jason asintió y dijo:

–¿Por qué no preguntas de una vez lo que estás pensando?

–¿A qué te refieres?

–A que quieres saber cómo he terminado en casa de Ann.

Hank supo que se estaba internando en un terreno peligroso, así que optó por la cautela.

–Sí, es cierto que me gustaría saberlo. Pero solo si te apetece contármelo.

–Estuve en la cárcel –declaró el chico, sin rodeos–. Ann pagó mi fianza y me llevó a su casa.

Hank se quedó atónito.

–¿En la cárcel? ¿Qué hiciste?

–Robar un coche.

–¿Por qué?

Jason respondió con sorna:

–Porque llegaba tarde a una cita.

–Oh, vamos… ¿por qué robaste un coche? –insistió Hank.

–Porque mi padre necesitaba dinero.

Hank se estremeció.

–¿Tanto como para que su hijo tuviera que robar?

–Cuando tienes un problema grave, lo solucionas por los medios que sean necesarios –contestó el chico–. Además, no era la primera vez que robaba. Solo fue la primera que me pillaron.

Hank sacudió la cabeza.

–Robar no es la solución de ningún problema.

Jason lo miró con expresión desafiante.

–No sé si es la solución, pero a mí me enseñaron que un hijo tiene que cuidar de sus padres –declaró con amargura.

Hank no dijo nada. Podía entender que el chico se hubiera arriesgado por su familia, pero su actitud lo dejó preocupado. ¿Hasta dónde llegaba su desprecio por la ley? ¿Había sido algo excepcional, limitado al robo de aquel vehículo? ¿O estaba dispuesto a cometer un delito cada vez que las cosas se complicaran?

Hank pensó que no era asunto suyo, pero le asustó la posibilidad de que Jason fuera una mala influencia para el resto de los chicos y decidió hablar con Ann. Sin embargo, tuvo que esperar hasta después de las nueve, cuando los más jóvenes ya se habían acostado o estaban en sus dormitorios, haciendo los deberes.

Entonces, sacó una cerveza del frigorífico y se la ofreció.

–¿Quieres?

–No, gracias.

–¿Te apetece otra cosa?

–No.

–Podríamos salir a pasear. Hace una noche preciosa.

Ann lo miró con tanta desconfianza que Hank sonrió.

–No me mires de ese modo –protestó–. Te prometo que no tengo intención de arrancarte la ropa y abalanzarme sobre ti.

Mientras hablaba, Hank pensó que mentía como un bellaco. A decir verdad, ardía en deseos de arrancarle la camiseta y la falda larga que se había puesto aquella noche. La encontraba tan deseable que casi no se podía refrenar.

–No es necesario que lo prometas. Ya supongo que no te atreverías.

Ann pasó a su lado y abrió la puerta que daba al exterior, sin decir nada más. Hank la siguió y se preguntó por qué le gustaba tanto aquella mujer seca y cortante, que lo consideraba un fastidio. Sobre todo, cuando podría haber salido con una docena de mujeres mucho menos complicadas que ella.

Caminaron en silencio durante unos momentos, hasta que Ann lo rompió:

–¿Por qué me has invitado a pasear? ¿Querías hablar de algo?

–¿Por qué piensas que quiero hablar de algo? Puede que solo quiera caminar y disfrutar de tu compañía –contestó.

Ella lo miró con escepticismo.

–Sí, es posible, pero no me pareces de esa clase de hombres.

–¿Ah, no? ¿Y de qué clase te parezco?

Hank lo preguntó con verdadero interés. Al fin y al cabo, Ann era psicóloga. Cabía la posibilidad de que hubiera visto algo en él que ni él mismo sabía.

–De la clase de hombres que están acostumbrados a conseguir lo que quieren. Empezando por las mujeres.

Él soltó una carcajada.

–Sí, no lo puedo negar –dijo–. Aunque la vida está para vivirla, ¿no crees? Cuando quieres algo, debes luchar por ello.

–Bueno, eso depende… –¿De qué?

–De a quién compliques la vida para conseguirlo.

–¿Es que te estoy complicando la vida, Annie?

–De momento, no. Pero solo llevas dos días en mi casa.

Ann cruzó los brazos y se puso a la defensiva. Hank sintió el deseo de apartarlos de su cuerpo y apretarse contra ella, pero estaba seguro de que le habría dado una bofetada, de modo que cambió de conversación.

–Está bien, te diré la verdad. Te he pedido que salgamos porque quiero hablar contigo sobre Jason.

Ella frunció el ceño.

–¿Sobre Jason?

–Sí. Creo que te arriesgas mucho al tenerlo en tu casa.

Ann se detuvo en seco y lo miró con expresión desafiante.

–¿Por qué dices eso? Apenas lo conoces…

–Lo digo porque sé que ha tenido problemas con la policía. Y también sé que no se arrepiente de lo que hizo.

Ella se quedó atónita.

–¿Jason te ha dicho que no se arrepiente?

–Sí, bueno… más o menos.

Para sorpresa de Hank, los ojos de Ann se iluminaron de repente. Como si le hubiera dado una noticia maravillosa.

–Pero eso es magnífico… –dijo.

–¿Magnífico? ¿Qué tiene de magnífico? –preguntó, desconcertado–. Habla de robar coches como si fuera lo más normal del mundo.

–Porque lo era. Al menos, en su vida.

–No entiendo nada, Ann… ¿No comprendes que Jason es una mala influencia para los otros chicos?

–Jason no intenta influir a nadie –afirmó–. No habla casi nunca… Pero el hecho de que haya hablado contigo significa que empieza a confiar otra vez en los adultos. Es evidente que buscaba tu aprobación.

–¿Mi aprobación? Pues a mí me ha parecido que solo quería asustarme. Ese chico podría ser peligroso.

Ella sacudió la cabeza.

–Jason no es peligroso. Simplemente, está asustado.

Hank quiso creer a Ann. Pero había conocido a muchos chicos como Jason, y sabía que las cosas podían ser más complicadas. Algunos crecían y se convertían en personas decentes. Otros, no.

–¿Y qué pasará si te equivocas?

–No me equivoco –insistió ella con obstinación–. Jason solo necesita apoyo, cariño y un poco de estabilidad.

Hank suspiró.

–Eres demasiado confiada, Annie.

–Y tú, demasiado desconfiado.

–No es desconfianza, sino realismo. Pecas de ingenuidad.

–Prefiero pecar de ingenuidad a ser una egocéntrica como tú.

–¿Egocéntrico? ¿Por qué? –bramó–. ¿Por preocuparme por ti y por los chicos?

A Hank le indignó que Ann lo insultara de ese modo, pero su indignación no apagó el deseo que sentía por ella. Y cuando Ann abrió la boca para responder a sus palabras, él bajó la cabeza y la besó.

No se le ocurrió otra forma de acallarla. Ni otra forma de afrontar la necesidad irresistible de sentir su contacto.

Pero, extrañamente, Ann no se resistió. Tras un instante de asombro, le pasó los brazos alrededor del cuello y lo besó a su vez con una curiosidad que, enseguida, se transformó en pasión desenfrenada.

En ese momento, Hank supo que se había metido en un buen lío. Un lío mucho más grave que las antiguas andanzas de Jason.

Capítulo 4

Ann oyó la música en cuanto llegó al vado de la casa.

¿Beethoven? ¿A todo volumen?

Su sorpresa fue tan mayúscula que no lo pudo creer. Estaba acostumbrada a que la recibiera el sonido de algún tema de rock. Pero no se había equivocado. Era definitivamente Beethoven. Y el sonido de la sinfonía se combinaba con el oleaje del mar de tal forma que tuvo la impresión de estar en un concierto al aire libre.

Cansada de trabajar, y aún alterada por el efecto del beso de la noche anterior, Ann se recostó en el asiento del coche y cerró los ojos. Entonces, vio la cara de Hank en su imaginación y los abrió de nuevo. Pero la cara no desapareció.

–¿Annie?

Ann parpadeó.

–¿Te encuentras bien?

Hank se apoyó en la ventanilla y la miró con una preocupación que hizo que se sintiera extraña. Hacía años que nadie se preocupaba por ella. Siempre había sido la mujer fuerte, la que servía de apoyo a los demás, la que ejercía de roca firme en su vida privada y en su trabajo.

Sin embargo, Hank parecía creer que ella también necesitaba ayuda de vez en cuando. Y, aunque a veces lo encontraba irritante, aquella noche le gustó.

–Sí, estoy bien. Solo he cerrado los ojos para disfrutar de la música.

Él sonrió con malicia.

–Siento que esté tan alta… Los chicos no se han quejado, y no me había dado cuenta de que se oía fuera.

–No te disculpes. Me gusta mucho. Es justo lo que necesitaba.

–¿Justo lo que necesitabas? ¿Por qué dices eso? –preguntó Hank–. ¿Es que has tenido un mal día?

Ella suspiró.

–Tan malo como siempre, ni más ni menos. Supongo que hoy tenía menos paciencia.

Ann se calló el motivo, aunque lo sabía de sobra. Estaba asombrada con el efecto que Hank tenía en ella. Su cuerpo lo añoraba y su sentido común

desaparecía cada vez que estaban juntos. Pero no sabía por qué, y eso la sacaba de quicio. Siempre había sido una mujer lógica, ordenada, que no se dejaba llevar por las emociones.

–¿Has comido algo?

Ella sacudió la cabeza y dijo:

–No.

–Entonces, siéntate en el porche y te traeré algo de comer. Tracy ha preparado sopa de verduras –le informó–. Te sentará bien… La noche es bastante fresca.

Ann lo miró con desconcierto.

–¿De quién ha sido la idea?

–¿La idea de qué?

–De todo esto. De la música, de la sopa…

–Bueno, no hay mucho que decir. Cuando volví del trabajo, vi que Tracy había encontrado un libro de recetas. Dijo que tenía ganas de experimentar un poco.

–¿De experimentar?

–Sí. Me pareció un poco peligroso, pero le ha quedado bien. De hecho, Paul y David se han tomado dos platos llenos – contestó.

–No me lo puedo creer…

–Pues créelo. Todo ha salido a pedir de boca. Salvo por Tommy, que se puso a jugar con las zanahorias y las tiró… Pero las hemos recogido.

Ann lo volvió a mirar con extrañeza. Por lo visto, Hank y los chicos habían disfrutado de la velada. Y eso le gustó, aunque también le incomodó un poco. Tenía miedo de que los chicos se acostumbraran a él y se llevaran un disgusto cuando se marchara.

–¿Y qué me dices de Beethoven?

–Ah, eso… –Hank se encogió de hombros–. Cuando terminamos de cenar, me apeteció escuchar un poco de música. Espero que no te haya molestado.

–Ni mucho menos. Aunque me sorprende tu elección.

Hank sonrió.

–¿Pensabas que no me gusta la música clásica?

–Sí, algo así.

–Pues te has equivocado. No solo me gusta, sino que además sé tocar el

piano.

–¿Tú?

–Sí, yo. Di tres años de clase. Incluso soy capaz de interpretar razonablemente bien a Chopin –dijo.

–Dios mío… ¿Qué tuvo que hacer tu madre para convencerte de que aprendieras a tocar el piano?

–Mi madre no tuvo nada que ver –declaró con orgullo–. La decisión fue mía.

Ella se quedó boquiabierta.

–¿Tuya?

–En efecto. Aprendí hace poco, a mis treinta y cuatro años.

Ann sacudió la cabeza, asombrada.

–Vaya, quién lo habría imaginado…

–Sí, ¿verdad? Siempre quise aprender, pero mis padres no tenían dinero suficiente para pagarme las clases. Y, en cierta forma, me alegro. Mis antiguos amigos del equipo de fútbol se habrían reído de mí si hubieran sabido que estaba aprendiendo solfeo –declaró Hank–. Pero, a los treinta y cuatro, ya no tenía excusas.

–Pues me alegro por ti…

Hank le guiñó un ojo y dijo, con humor:

–Será mejor que tengas cuidado conmigo, Annie. Como ves, estoy lleno de sorpresas.

El pulso de Ann se aceleró. De repente, recordó todas las sensaciones que los labios de Hank habían despertado en ella. Sintió una tensión extraña en la parte baja del abdomen y una ansiedad irracional que se apoderó de su corazón.

Era evidente que llevaba demasiado tiempo sola. Había permitido que su vida se convirtiera en una sucesión de actos rutinarios que giraban exclusivamente alrededor del trabajo y de los chicos. Había dejado de arriesgarse, y ahora se sentía incapaz de hacer lo que estaba deseando: olvidar sus dudas y disfrutar de una noche de amor con Hank Riley.

Un momento después, él abrió lentamente la portezuela del vehículo y esperó a que ella saliera. Ann sacó las piernas y se puso de pie, mirándolo a los ojos. Solo estaba a un paso de Hank. A un paso de sus brazos y de los besos que tanto echaba de menos. Pero, en lugar de acercarse a él, mantuvo las distancias.

Él sonrió y asintió como si fuera consciente de su debate interno.

–Oh, Annie… Puedes retrasar lo nuestro tanto como quieras, pero es inevitable. Al final, sucederá.

Al oír su voz suave e intensa, Ann se excitó un poco más y se arrepintió por haber permitido que su sentido común se interpusiera otra vez entre ellos. Luego, pasó a su lado y entró en la casa por la puerta de la cocina.

Hank la siguió y, tras servirle el plato de sopa que le había prometido, se lo dejó en la mesa y salió de la habitación.

Ann se quedó a solas con sus pensamientos, más alterada que antes. ¿Por qué lo deseaba tanto? Intentó convencerse de que había sido por culpa del maldito Beethoven y del maldito Chopin, pero no se pudo engañar. Lo deseaba por aquel beso. Por un simple y estúpido beso sin importancia que, no obstante, había bastado para que se sintiera como una jovencita dominada por sus hormonas.

Además, ni siquiera se podía escudar en los sentimientos. Era una mujer con experiencia, y sabía que aquello no tenía nada que ver con la ternura o las cualidades de Hank. No era amor, sino simple y puro deseo físico.

Sacudió la cabeza y probó la sopa. Al menos, reconocía los síntomas de su problema. Solo tenía que hacer caso omiso y seguir con su vida como si no pasara nada. Con un poco de suerte, el deseo desaparecería y las cosas volverían a ser como antes.

Pero también cabía la posibilidad de que no desapareciera; de que se dejara dominar por él y terminara haciendo algo verdaderamente irracional. Algo como acostarse con Hank o, peor aún, como enamorarse de Hank.

–No, eso no pasará –se dijo en voz alta.

–¿A qué te refieres?

Ann se sobresaltó al oír la voz del hombre de sus desvelos.

Había regresado y la estaba observando desde el umbral, con Melissa en brazos. ¿Cómo era posible que un hombre de su tamaño fuera tan silencioso? No tenía ni idea; pero, de haber podido, le habría exigido que llevara un cascabel al cuello, para oírlo en la distancia y tener tiempo de preparar sus defensas cada vez que se acercara.

–Hola… –dijo Melissa con voz somnolienta.

La niña extendió las manos hacia Ann, que la tomó en brazos y dijo:

–¿Has tenido un buen día, preciosa?

Melissa asintió.

–Sí. Hank y yo hemos hecho un castillo de arena. ¿Quieres que te lo

enseñe?

–Ya es de noche. Ha oscurecido demasiado y no lo vería bien –comentó–. Pero dejaré que me lo enseñes mañana por la mañana.

–Hank dice que mañana habrá desaparecido.

–Oh, vaya…

–Pero no importa, porque podemos hacer otro –dijo la pequeña–. ¿Verdad, Hank?

Él se rio.

–Por supuesto que sí. Y ahora… ¿recuerdas lo que me has prometido?

Melissa asintió otra vez.

–Sí. Que me iría inmediatamente a la cama.

–Exacto –dijo Hank–. Ann te acostará enseguida.

–Ann, y tú –se empeñó la niña.

–Bueno, yo también iré…   –¡Genial!

Al cabo de unos minutos, Melissa se durmió y los dos adultos volvieron a la cocina. Hank alcanzó entonces una silla y se sentó.

–Jamás habría creído que llegaría a ver un momento como ese –dijo con humor.

–¿Un momento como ese? ¿A qué te refieres? –preguntó Ann.

–A ti. Te has quedado sin habla cuando me has visto con Melissa en el umbral. ¿En qué estabas pensando?

–En unos clientes que vienen a mi consulta –respondió, improvisando una mentira–. Es un caso difícil, que me tiene perpleja.

–¿Ah, sí?

–Sí… Es una pareja que no sabe lo que quiere.

Hank pareció interesarse por el caso.

–¿Y qué les has dicho?

Ella sacó fuerzas de flaqueza y lo miró a los ojos.

–Que si desconfían tanto el uno del otro, es posible que su relación sea un error.

–Sin embargo, las dudas son normales en una relación – alegó Hank–. Especialmente, cuando se trata de una relación nueva.

–Sí, son normales hasta cierto punto. Pero, si son más fuertes que el

amor, existen grandes posibilidades de que ese amor no sea suficiente.

–Puede que tengas razón –Hank pasó una mano por encima de la mesa y le acarició los nudillos–. Además, en el amor no hay garantías…

A Ann le incomodó tanto el contacto de sus dedos que su voz sonó temblorosa y débil.

–Nunca hay garantías. Ni con dudas ni sin ellas.

Él le levantó la mano y le dio un beso en la palma, con dulzura. Ella sintió una descarga de electricidad.

–Pero siempre merece la pena, ¿no crees? Si no recorres el camino, no sabes adónde te puede llevar.

Ann sacudió la cabeza y apartó la mano.

–A veces, es mejor no arriesgarse.

–¿Cuándo? –preguntó él.

Ella tragó saliva.

–¿Cuándo qué?

–Cuándo es mejor no arriesgarse –insistió Hank.

Ann estuvo a punto de decir que, en lo tocante a ellos, no se quería arriesgar ni entonces ni en ningún otro momento. Pero respiró hondo y dijo:

–No sé. Supongo que depende de los casos.

Él asintió.

–¿Y si ese caso es el nuestro?

Ann parpadeó.

–¿Cómo?

–Estoy hablando de ti y de mí. Hipotéticamente, por supuesto.

–Ah…

–En apariencia, no podríamos ser más distintos.

Ella asintió con debilidad.

–Pero estamos viviendo juntos y es obvio que nos gustamos –continuó Hank.

–¿Que tú y yo nos gustamos? –preguntó Ann con brusquedad, haciendo un esfuerzo por fingirse indignada.

–En efecto –afirmó él–. Deseo, atracción… llámalo como quieras. Sabes lo que quiero decir.

–Y estás hablando hipotéticamente…

–Sí, eso he dicho. ¿Crees que nos deberíamos arriesgar y ver lo que pasa?

–De ninguna manera.

–¿De ninguna?

–No.

–¿Por qué?

–Por lo que tú mismo has afirmado hace un momento. Es evidente que no estamos hechos el uno para el otro.

–En apariencia –puntualizó él.

–Pero la apariencia es todo lo que tenemos. Nos conocemos muy poco, Hank.

–¿Y no te apetece que nos conozcamos mejor? Puede que tengamos más cosas en común de lo que creemos… Por ejemplo, hoy hemos descubierto que Beethoven nos gusta a los dos. Y hasta es posible que también nos guste Wagner.

Ella volvió a sacudir la cabeza.

–No.

–¿No? ¿Te refieres a Wagner? ¿O a nosotros?

–A nosotros –respondió, cada vez más nerviosa.

Él se inclinó hacia delante, le dio un beso en la frente y susurró:

–Cobarde…

Hank se levantó de la silla y se fue sin decir nada más. Ann se quedó sola, pensando que uno de esos días tendría que hablar con él sobre su fea costumbre de marcharse en mitad de las conversaciones.

Siempre la dejaba con la palabra en la boca.

El domingo había partido de fútbol americano. Hank ardía en deseos de verlo, y tenía intención de volver a Miami para disfrutar de él en compañía de sus amigos. Sin embargo, el sábado terminó tan tarde de trabajar que no tenía ganas de subirse al coche y hacer un montón de kilómetros.

Solo tenía dos opciones: ver el partido en algún bar, que indudablemente estaría lleno de gente, o quedarse en casa y sentarse delante del televisor con unas cuantas cervezas, una bolsa de patatas fritas y un par de hamburguesas para comérselas en el descanso.

Al final, se decidió por la segunda. No imaginaba que Ann reaccionaría como si estuviera cometiendo un delito.

–¿Qué has dicho que quieres ver? –preguntó indignada cuando Hank le pidió que cambiaran de canal.

–El partido del fútbol –respondió–. Hoy es la final del campeonato, y todo el mundo lo quiere ver… –¿Todo el mundo? Solo los cretinos.

Él suspiró.

–Dios mío, Annie… Tu educación tiene demasiadas lagunas.

–Mi educación no tiene ninguna laguna. Te recuerdo que tengo una carrera y un doctorado –se defendió.

–Sí, pero no sabes nada de deportes.

–Gracias a Dios.

Ann lo dijo con tanta vehemencia que él estuvo a punto de sonreír.

–Te lo plantearé de otra forma… ¿Cómo vas a ser una buena psicóloga si no sabes nada de los gustos de la mayoría de la población? Puede que el fútbol americano te parezca irrelevante, pero hay millones y millones de personas que no opinan lo mismo –declaró Hank.

–Millones y millones de descerebrados que se sientan delante de un televisor a pegar gritos –puntualizó ella.

Él sacudió la cabeza.

–Es obvio que no entiendes el juego.

–Ni lo entiendo ni lo quiero entender.

Hank comprendió que no tenía ninguna posibilidad de convencer a Ann. Y como solo faltaban diez minutos para el partido, preguntó:

–¿Hay otro televisor en la casa?

–Jason y Paul tienen uno viejo en su habitación, pero es muy pequeño.

Hank se maldijo para sus adentros. No podía ver el partido en un televisor minúsculo.

–¿Seguro que no te puedo convencer?

–Ni en un millón de años –dijo ella.

Atrapado entre la perspectiva de marcharse rápidamente a un bar o de ver la final en un televisor de juguete, Hank decidió echar mano de su encanto e intentar que Annie cambiara de opinión. En principio, parecía un objetivo imposible. Pero confiaba en sí mismo hasta tal punto que se creyó capaz no solo de convencerla, sino de lograrlo antes de diez minutos.

–¿Qué estás viendo?

–Un documental sobre medicina tradicional en China.

Hank se acercó al sofá y se sentó a su lado.

–¿Y es bueno?

–Es fascinante.

–¿Ah, sí? Entonces, dime qué ha pasado.

Ella frunció el ceño.

–¿En el documental?

–Claro. Si es lo que vamos a ver, quiero saber lo que ha pasado.

–Por Dios, Hank… No es una película de suspense. No ha pasado nada.

–Pero has dicho que es fascinante, ¿no?

–Sí.

–Pues fascíname.

–¿No querías ver el partido?

–He cambiado de opinión. Pensándolo bien, prefiero quedarme aquí y pasar una noche tranquila contigo.

Hank le acarició la pierna con delicadeza. Ann se puso tensa de inmediato, pero ni siquiera apartó la vista del televisor.

–Márchate, Hank.

–¿Te molesto?

–Sí.

Él soltó una carcajada y ella lo miró con cara de pocos amigos.

–Márchate –repitió.

–¿Por qué? Aquí se está muy bien, y quiero saber más de las cosas que te gustan. Si ese documental es tan bueno como dices, estoy seguro de que lo disfrutaré tanto como un partido de fútbol.

Ella suspiró y le dio el mando del televisor.

–Está bien, tú ganas. Puedes ver el partido.

Hank cambió rápidamente de canal.

–¿En serio?

–En serio.

Ann se levantó del sofá, pero él la agarró de la muñeca y la sentó de

nuevo.

–¿Se puede saber qué haces?

–Nada. Solo quiero que te quedes y que veas el partido conmigo.

–No digas tonterías…

–Oh, vamos, dale una oportunidad. Yo estaba dispuesto a ver el documental de medicina china –le recordó.

–Eso no es cierto.

–Por supuesto que lo es.

Ann rio sin poder evitarlo.

–Te está creciendo la nariz, Riley.

–Bueno, admito que ha sido un riesgo calculado… Pero quédate de todas formas. El fútbol no tiene gracia cuando se ve solo.

Hank alcanzó las cervezas que había escondido detrás del sofá y le ofreció una. Para su sorpresa, Ann la aceptó y echó dos tragos tan largos como preocupantes.

–Deberías tomártelo con más calma, Annie.

–¿Por qué? Tenía entendido que la gente bebe litros de cerveza cuando ve un partido de fútbol americano –alegó–. Y ahora que lo pienso, ¿dónde están las patatas fritas? Porque seguro que las tienes escondidas en alguna parte.

Él sonrió y alcanzó las patatas, que también había escondido detrás del sofá. Ann sacó un puñado y preguntó:

–¿Eso es todo? ¿No hay salsa para mojar?

–Sí, en el frigorífico –respondió, desconcertado con su extraño comportamiento–. Espera un momento. Voy a buscarla.

Cuando Hank volvió de la cocina, se llevo otra sorpresa: Ann no había cambiado de canal. Le ofreció la salsa, ella la aceptó y, tras mojar una patata frita, se la llevó a la boca.

–¿Te encuentras bien, Annie?

–Perfectamente.

–Pero si tú odias la comida basura…

–Claro que la odio. Pero, si es lo que se come en estos casos, haré de tripas corazón. Y ahora, cállate… Están tocando el himno nacional.

Ann se mantuvo en silencio durante la primera parte del partido, bebiendo cerveza y comiendo patatas fritas con voracidad, como si la vida le fuera en ello. Pero era evidente que no se estaba divirtiendo. De hecho,

cerraba los ojos cada vez que un jugador placaba a otro o estaba a punto de hacerlo.

En determinado momento, se produjo un lance especialmente duro y ella se estremeció.

–¡Qué brutalidad! ¿Se puede saber qué diablos te pasa? ¿Cómo es posible que te guste un deporte tan violento?

–Annie, el fútbol americano es mucho más que un juego con entradas duras. No consiste en que los jugadores se peguen tan fuerte como puedan.

–¿Ah, no? Pues a mí me parece lo contrario.

–Porque cierras los ojos constantemente y no le das ninguna oportunidad –declaró Hank–. Fíjate en esa jugada, por ejemplo… Mira el pase que acaban de hacer a ese jugador. Ha saltado en el aire y se ha girado a recoger la pelota con la habilidad y la soltura de un bailarín de ballet.

–¿Qué sabes tú de ballet? –preguntó con sorna.

–Mucho más de lo que imaginas. Soy abonado de la compañía de ballet clásico de Miami.

Ann lo miró con asombro.

–¿Tú?

–Sí, yo.

–Increíble…

–¿Sabías que los bailarines se lesionan tanto como los jugadores de fútbol? Muchos acaban en el quirófano por problemas de espalda o de rodilla. Pero seguro que no cierras los ojos cuando ves una representación.

Ella sopesó un momento sus palabras.

–Nunca me lo había planteado de ese modo.

–Es obvio que no. Pero los hombres que salen en esa pantalla son igual que los bailarines. Y si ves el partido como un ejercicio de habilidad, en lugar de verlo como una demostración de fuerza bruta, tendrás una perspectiva completamente distinta del juego.

Ann volvió a mirar el televisor y también lo miró a él.

–Ballet, ¿eh?

Hank asintió.

–En efecto. Con piruetas, saltos y todo lo demás.

–Entonces, me quedaré a ver el segundo acto.

Él gimió y dijo:

–No es el segundo acto. Es la segunda parte.

Capítulo 5

Una hora después de que se fuera el último de sus pacientes, Ann ya había ordenado sus notas, guardado los archivos, vaciado la tetera y limpiado la mesa. Incluso había colocado los cojines del sofá y echado las persianas venecianas. Lo único que le faltaba era arrodillarse para quitar las pelusas de la moqueta. Y todo, con tal de no volver a casa.

Echó un vistazo a la consulta y se maldijo en voz alta, consciente de haberse metido en un buen lío. Ya no podía negar que estaba perdiendo la partida. Lo sucedido la noche anterior eliminaba cualquier duda al respecto.

Había llegado al extremo de sentarse delante del televisor, ver un partido de fútbol americano y, por si eso fuera poco, de sorprenderse animando a los jugadores mientras bebía cerveza y mojaba patatas fritas en una salsa. Más tarde, permitió que los chicos pidieran pizza para cenar. Y no contenta con concederles el capricho, también permitió que la pidieran de salchichas y pepperoni.

Pero nada era tan terrible como el disgusto de tener que admitir que se lo había pasado en grande. O, para ser más exactos, que se lo pasaba en grande con Hank.

Su vida había dado un vuelco. Ya no se imaginaba sin salir a correr con él por las mañanas. Cuando se despertaba y salía de la habitación, descubría que Hank ya había preparado el café y que la estaba esperando en el porche. Y se divertía tanto que los ocho kilómetros se le pasaban volando.

Por eso seguía en la consulta. Porque sabía que Hank estaría en la casa, tan seguro y sexy como siempre, dispuesto a someterla a otra tentación en la que, sin duda alguna, caería. De hecho, parecía no tener más propósito que el de hacerle olvidar sus antiguas y más que racionales creencias. Y estaba haciendo un gran trabajo. Era la prueba evidente de que los contrarios se atraían.

Desesperada, miró las fichas de los pacientes y consideró la posibilidad de revisarlas de nuevo para quedarse un poco más en el trabajo. Justo entonces, sonó el teléfono.

–Consulta de la doctora Davies…

–Hola, Ann, soy Tom. ¿Tienes tiempo libre esta noche? ¿Te apetece cumplir con tus deberes cívicos?

Ann sonrió al oír la voz del alcalde. Aparentemente, los dioses se habían apiadado de ella.

–Por supuesto que sí –respondió con entusiasmo.

Tom rio.

–¿Ni siquiera vas a preguntar de qué se trata?

–Confío en ti, Tom. Sé que, si no fuera algo importante, no me lo pedirías.

–Bueno es saberlo… Pero ¿por qué no eres tan complaciente cuando te pido que salgas conmigo?

–Porque, si saliera contigo, tendría que competir con toda la población femenina de los Cayos de Florida.

–No tendrías que competir con nadie. Te aseguro que renunciaría al resto de las mujeres –afirmó Tom.

–Solo dices eso porque sabes que no corres el peligro de que te tome la palabra. Si te la tomara, te daría un infarto – declaró en tono de broma–. Pero ¿qué quieres que haga exactamente?

–Esta noche hay un acto en Key West sobre prospecciones petrolíferas en la costa. ¿Puedes ir? Te llevaré en mi coche… Necesitamos que vaya gente.

–¿Solo para hacer bulto?

–Sabes perfectamente que no.

–En ese caso, cuenta conmigo. Tengo que llamar a casa para hablar con los chicos y organizar algunas cosas, pero te estaré esperando en la consulta.

–Excelente. Pasaré por allí dentro de diez minutos… Y discúlpame por haberte avisado tan tarde. Pensaba que sería un acto sin importancia, puramente informativo; pero me acaban de decir que van representantes del Estado.

–No te preocupes. Te estaré esperando.

Ann se despidió de Tom, colgó el teléfono y llamó a casa. Sabía que Hank se podía hacer cargo de todo, pero tomó la decisión de pedirle a Tracy que preparara la cena porque no quería que él se sintiera demasiado indispensable.

Al cabo de unos segundos, oyó la voz de Melissa.

–¿Quién es? –dijo la niña.

–Hola, cariño. Soy yo, Ann.

–Ah, hola…

–¿Puedes decirle a Tracy que se ponga?

–Tracy no está.

–¿Y Jason?

–Sí. Jason está.

–¿Podrías llamarlo?

–Claro…

En lugar de dejar el auricular a un lado, Melissa colgó. Y Ann se vio en la obligación de llamar de nuevo.

–¿Quién es? –dijo la niña con malicia.

Ann suspiró. No tenía tiempo para las bromas de la pequeña, de modo que se dirigió a ella con el más severo de sus tonos.

–Melissa, llama inmediatamente a Jason.

Esta vez, el auricular del teléfono cayó al suelo. Ann oyó que Melissa se alejaba entre sollozos y cruzó los dedos para que llamara a Jason. Un momento después, alguien se acercó al aparato y dijo en voz alta:

–¡Eh! ¿Quién ha dejado el teléfono descolgado?

Ann reconoció la voz de Paul y gritó su nombre, pero no sirvió de nada. Paul colgó y ella tuvo que llamar por tercera vez.

Por fortuna, el chico seguía cerca.

–Paul, soy yo, mamá…

–Ah, hola, mamá. ¿Habías llamado? Acabo de pasar por aquí y he visto que el teléfono estaba descolgado, así que…

–Lo sé, lo sé –lo interrumpió–. ¿Puedes buscar a Jason y decirle que se ponga?

–Por supuesto… ¡Jason! ¡Ann quiere hablar contigo! –gritó–. ¿Vas a volver pronto, mamá? Melissa está llorando desconsoladamente.

–No te preocupes, ya se le pasará. Pero ¿dónde se ha metido Jason?

–Está llegando –afirmó el chico–. Por cierto, ¿te parece bien que Hank nos lleve a Tommy y a mí a la obra donde trabaja?

Ann frunció el ceño porque le extrañó que Hank se hubiera prestado a llevarlos a su trabajo.

–¿Ha sido idea suya? ¿O tuya? –quiso saber.

–Mía, pero ha dicho que le parece bien.

Ella suspiró.

–No estoy segura de que me agrade esa respuesta. Pero, si dice que le parece bien… ¿Cuándo vais a ir?

–Esta noche.

–De acuerdo. Pero tened cuidado y haced exactamente lo que os diga.

–No te preocupes. Ah, Jason ya está aquí…

Paul pasó el teléfono a Jason, que se puso enseguida.

–Hola, mamá. ¿Qué quieres?

–Para empezar, dile a Paul que vigile a Tommy cuando vayan a la obra. No quiero que sufra un accidente.

–Se lo diré. Pero ¿por qué no se lo has dicho tú?

–Porque te ha pasado el teléfono antes de que se lo pudiera decir.

–¿Eso es todo? ¿O querías algo más?

Ann respiró hondo e intentó no perder la paciencia.

–Tengo que ir a Key West, a una reunión. ¿Te puedes asegurar de que los chicos cenen? Supongo que Tracy llegará pronto.

–No, me temo que no… Llamó hace un rato para decir que esta noche se iba a quedar en Key West.

Ann empezó a dudar sobre la conveniencia de asistir al acto del ayuntamiento. Jason tenía edad suficiente para cuidar de los más pequeños, pero carecía de experiencia como niñera. Si se quedaba a cargo, no conseguiría que se acostaran antes de que ella volviera a casa.

–¿Sabes cuándo piensa ir Hank a la obra?

–No, no lo sé. Pero no lo necesito –dijo con orgullo–. Soy perfectamente capaz de cuidar de los niños.

Ella decidió arriesgarse. A fin de cuentas, solo tendría que echar un vistazo a David y Melissa durante un par de horas. Y de paso, serviría para que Jason desarrollara su sentido de la responsabilidad.

–Está bien. Pero asegúrate de que se acuesten a su hora.

–Trato hecho.

Ann cortó la comunicación. Y ya se dirigía a la salida cuando se arrepintió de la decisión que había tomado, así que sacó el teléfono móvil y buscó el número de Hank.

Tras unos momentos de duda, lo marcó y esperó a que contestara. Desgraciadamente, le saltó el contestador automático. Pero, en lugar de desesperarse, Ann pensó que estaría en el coche y se sintió mejor. Cuanto antes llegara a la obra, antes volvería a la casa. Y no había necesidad de dejarle un mensaje.

Más tranquila, salió de la consulta, cerró la puerta y se marchó a Key West. Al menos, había encontrado una excusa para no pasar otra noche con el

hombre que estaba despertando sus sentidos.

Cuando Hank volvió de enseñar la obra a Paul y Tommy, descubrió que la cocina de la casa estaba hecha un desastre. Había restos de mantequilla en la encimera, síntoma inequívoco de que los chicos se habían preparado unos sándwiches, y un rastro de leche que iba desde el frigorífico hasta la mesa.

Era evidente que Ann no había llegado todavía. Y Hank se alegró de no haberla esperado, porque había considerado la posibilidad de llevarla a la obra con los chicos. Pero Paul y Tommy habían insistido en salir cuanto antes y él no tuvo más remedio que ceder.

Ya estaba limpiando la encimera cuando Jason apareció.

–Lo iba a limpiar yo –dijo a la defensiva.

–No te preocupes. Pero ¿por qué no limpias la leche del suelo? Si la pisa alguien, se podría resbalar…

–Si tienes tantas ganas de limpiar la cocina, hazlo tú.

Jason salió de la cocina y pegó un portazo que acabó con la paciencia de Hank. Rápidamente, lo siguió al porche y exclamó:

–¡Vuelve ahora mismo, Jason!

El chico se dio la vuelta, se acercó a él y lo miró a los ojos con ira. Hank pensó que era muy valiente, aunque su actitud dejara mucho que desear. No le llegaba ni a los hombros, pero se enfrentaba a él sin miedo.

–¿Y qué vas a hacer si me niego? –bramó el joven.

–No querrás que conteste a esa pregunta, ¿verdad? –replicó Hank, muy serio–. Vuelve dentro, limpia la leche y márchate a tu habitación. Y, entre tanto, reflexiona un poco sobre tus modales. Porque si faltas al respeto a Ann como me has faltado a mí, te aseguro que te voy a dar una buena lección.

–Vaya, un tipo duro… –ironizó Jason–. Haznos un favor a todos: márchate a Miami y déjanos en paz.

A pesar de sus palabras, el chico regresó a la cocina, limpió la leche del suelo y se fue a su habitación. Cuando se quedó a solas, Hank se preparó un sándwich, abrió una cerveza y se sentó a esperar a Ann, aunque sin dejar de dar vueltas a lo sucedido.

Jason era un buen problema. Pero empezaba a creer que no estaba tan necesitado de disciplina como de algo que le diera seguridad y confianza en sí mismo. Hablaría con él y le ofrecería la posibilidad de trabajar en la obra por la tarde, cuando saliera de clase. Un poco de esfuerzo y de dinero en los

bolsillos podía hacer maravillas. Luego, se lo comentaría a Ann. Y si le parecía bien, le buscaría el empleo.

Al pensar en ella, le pareció curioso que ahora ardiera en deseos de charlar con alguien. Nunca había sentido ningún placer especial por el hecho de volver a casa después del trabajo. Sin embargo, eso había cambiado. Desde que vivía con Ann, contaba los minutos que faltaban para salir de la oficina y departir con ella sobre cualquier cosa. En parte, porque siempre tenía algo interesante que decir; y, en parte, porque cada día le gustaba más.

La encontraba tan atractiva que, durante el partido de fútbol, no había hecho otra cosa que imaginar el calor de su piel y el contacto de sus labios. Y luego, cuando se dieron las buenas noches, tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para limitarse a darle un beso en la frente y no asaltar su boca con pasión.

Pero ¿dónde se había metido? Se estaba haciendo tarde y no llegaba.

Como ya conocía las rutinas de la casa, se levantó y se dirigió al salón con intención de acostar a los más pequeños. Melissa estaba viendo la televisión, mientras Tommy y Paul jugaban con sus coches de juguete. Pero era obvio que la niña estaba muerta de sueño, así que miró a los chicos y dijo con firmeza:

–Hora de acostarse…

Tommy y Paul protestaron, pero Melissa se limitó a extender las manos hacia él. Hank se acercó y la tomó en brazos con delicadeza.

–Venga, chicos. Recoged los juguetes y marchaos a la cama.

–¿Sin bañarnos?

Hank gimió. ¿Cómo era posible que lo hubiera olvidado?

Miró a Melissa con detenimiento y consideró la posibilidad de acostarla sin bañarla antes. A decir verdad, no parecía que necesitara un baño. Seguía tan limpia como cuando Ann la había ayudado a vestirse por la mañana. Pero de los chicos no se podía decir lo mismo. Estaban cubiertos de mugre, de la cabeza a los pies.

–Bañaos vosotros mientras yo acuesto a Melissa –contestó–. Y llamadme si tenéis algún problema con el grifo.

Al llegar a la habitación de la niña, le quitó la blusa y los pantalones y buscó el pijama.

–¿Dónde está Ann? –preguntó Melissa.

–Volverá pronto –le prometió–, y vendrá a darte un beso de buenas noches.

–¡Quiero ver a Ann! –protestó.

–Lo sé, preciosa. Pero no te preocupes. Estará aquí antes de que te des cuenta.

Hank le puso el pijama con dificultades, porque la pequeña se resistía y no dejaba de preguntar por Ann. Al final, logró su objetivo, la metió en la cama y se despidió.

–Dulces sueños, Melissa.

–¡Quédate!

Él apagó la luz de la habitación y dijo:

–Estaré aquí mismo, preciosa…

–¡Quédate! –insistió, con tono de pánico.

Hank se acercó a la cama y se sentó a su lado.

–Tranquila, no pasa nada. Estoy contigo.

Melissa sollozó un poco y se puso de lado, tan encogida como tensa. Hank se acordó de las largas y solitarias noches de su infancia, siempre con su madre ausente y alguna niña en el salón. Su dormitorio estaba tan oscuro que veía monstruos por todas partes. Y como no quería que Melissa tuviera miedo, se levantó y encendió la luz de la mesita de noche.

–¿Así está mejor?

La niña asintió y se relajó al instante. Hank se inclinó sobre ella, extrañamente emocionado, y le dio un beso en la mejilla.

–Duerme bien –susurró.

Melissa suspiró y se metió el pulgar en la boca. Él se quedó en el dormitorio unos minutos más, hasta que la niña se durmió. Entonces, salió al pasillo y se dirigió al cuarto de baño, cuyo suelo estaba perdido de agua. Pero los chicos se habían bañado y no habían causado ningún estropicio.

–A la cama –les ordenó.

–¿Nos vas a acostar tú?

–Está bien…

Al cabo de unos minutos, la casa estaba sumida en el silencio. Hank abrió la puerta del dormitorio de David y se asomó. El chico estaba haciendo sus deberes.

–No te acuestes muy tarde.

–Descuida.

–Me habría gustado que vinieras con nosotros a la obra… –Y a mí.

Pero tenía cosas que hacer.

Hank asintió.

–Bueno, podemos ir otro día.

–Sí, claro.

Hank cerró la puerta, entristecido por la actitud distante de David, que entendía perfectamente. No se había quedado en casa porque tuviera cosas que hacer, sino por miedo a cometer algún error durante la visita a la obra de Marathon. Nadie se enfadaba con un estudiante ejemplar. Nadie se quitaba de encima a un chaval de trece años que ni siquiera hacía ruido. Se encerraba en su habitación, haciendo los deberes, porque así no se arriesgaba al rechazo.

Mientras limpiaba el cuarto de baño, Hank se dijo que encontraría la forma de que David participara en más actividades. Luego, se dirigió a la cocina, sacó una cerveza del frigorífico y se sentó en la hamaca del porche a esperar a Ann. –¿Dónde diablos estará? –se preguntó en voz alta.

La conocía lo suficiente como para saber que no habría dejado solos a los chicos sin un motivo importante. Pero entonces cayó en la cuenta de que, en realidad, no los había dejado solos. Jason estaba en casa. De hecho, se había encargado de preparar la cena a los demás.

A pesar de ello, se preguntó qué habría pasado si alguno de los pequeños se hubiera puesto enfermo de repente o si Melissa se hubiera despertado y se hubiera puesto a llorar. Era una suerte que hubiera vuelto pronto a casa, porque estaba seguro de que Jason no habría sabido qué hacer.

Cuanto más lo pensaba, más se enfadaba. Incluso se acordó de su madre, cuyo pánico a la soledad y a las responsabilidades maternas la llevaban a abandonar la casa todas las noches, dejándolo al cuidado de alguna niñera. Al parecer, su marido se había cansado de sus infidelidades y se había separado de ella cuando ni siquiera llevaban un año juntos. Pero Hank no sabía mucho al respecto, porque se había ido antes de que él naciera.

Desgraciadamente, el carácter de su madre había terminado por determinar la actitud de Hank hacia las mujeres. Disfrutaba con ellas y apreciaba su belleza del mismo modo en que un amante de los vinos apreciaba un buen caldo, pero no se arriesgaba a mantener relaciones largas. En el fondo, pensaba que todas las mujeres eran como su madre. Creía que no estaban hechas para el compromiso.

Se levantó de la hamaca y empezó a caminar de un lado a otro, preocupado. ¿Habría sufrido un accidente?

Ya estaba pensando en llamar a la policía cuando se le ocurrió que Jason podía saber algo sobre la ausencia de Ann, así que caminó hasta su dormitorio y entró. Paul estaba en la cama, pero no había ni rastro del adolescente.

Momentos después, un coche se detuvo en el vado de la casa. Faltaban pocos minutos para la medianoche.

–Gracias por traerme –dijo Ann en el exterior, como si se estuviera despidiendo de alguien–. Ha sido una velada de lo más interesante, Tom.

Hank frunció el ceño. ¿Sería posible que hubiera quedado con un hombre? Era lo que parecía, y no pudo evitar un tono de sarcasmo cuando Ann entró en la casa.

–¿Te has divertido?

Él no había encendido la luz de la cocina; y Ann, que no lo podía ver, preguntó:

–¿Hank?

–¿Quién voy a ser si no?

–¿Va todo bien?

–Sí, maravillosamente –dijo con brusquedad–. Pero la próxima vez que necesites una niñera, será mejor que la contrates.

Ella se puso tensa.

–¿De qué diablos estás hablando? –dijo a la defensiva–. Jason se ha quedado a cargo de los niños… –¿Jason? No me digas.

–Hablé con él y me prometió que se encargaría de todo.

–Y lo hizo, pero se ha ido sin decirme que ibas a salir con un hombre.

–¿Salir con un hombre? He estado en una reunión del ayuntamiento, Hank –le explicó–. Intenté llamarte, pero me saltó el contestador automático de tu móvil. Además, supuse que Jason te diría dónde estaba.

Tras unos segundos de silencio incómodo, ella añadió:

–¿Estás enfadado porque he salido con Tom?

–Por mí, puedes salir con quien quieras –bramó–. Tu vida amorosa no es asunto mío.

–Eso es cierto. No lo es –dijo, molesta–. Pero ¿por qué estás tan alterado? Ni siquiera esperaba que cuidaras de los niños.

–Yo no estoy alterado.

–¿Ah, no? ¿Y cómo dirías que estás? –preguntó con paciencia.

Hank intentó analizar las emociones que lo embargaban. El alivio al descubrir que Ann se encontraba bien había dado paso a un acceso de celos. Pero, naturalmente, no estaba dispuesto a admitirlo.

–Estaba preocupado. Nada más.

–Pues lo siento mucho… Pensé que Jason te lo contaría. He tenido que ir a Key West, a un acto sobre prospecciones petrolíferas. Pero te prometo que, la próxima vez, te dejaré un mensaje en el contestador.

Él asintió en silencio.

–¿Te apetece una taza de té? –continuó ella.

Hank sonrió a pesar de sí mismo. Ann parecía pensar que una taza de té era una buena cura para todo.

–No, gracias. Prefiero seguir con mi cerveza.

Él se sentó en una silla y la observó mientras ella se preparaba un té. No daba la impresión de que su comportamiento la hubiera irritado. De hecho, estaba tan tranquila que su tranquilidad lo relajó del todo.

Al cabo de un par de minutos, se sentó a su lado y preguntó:

–¿Dónde está Jason?

–No lo sé. Se ha ido a alguna parte.

–¿Que se ha ido? –dijo, aparentemente despreocupada–. ¿Por qué estás tan seguro?

–Porque he ido hace un rato a su habitación y no estaba.

Ann se encogió de hombros.

–Bueno, seguro que está en el muelle. Siempre va cuando se enfada por algo –declaró–. ¿Qué ha pasado?

–Hemos tenido un pequeño enfrentamiento. Por culpa de su actitud, para variar.

–¿No crees que eres demasiado duro con él? No es más que un adolescente.

–Lo sé, y se me ha ocurrido una idea. ¿Qué te parece si le ofrezco un empleo? Podría trabajar después de clase. Ganaría un poco de dinero y, con suerte, desarrollaría su sentido de la responsabilidad.

Los ojos de Ann se iluminaron.

–¿Harías eso por Jason?

–Sí, ¿por qué no?

–Porque pensaba que no confiabas en él.

Hank no se molestó en negarlo.

–Y no confío en él. Pero es posible que solo necesite una oportunidad.

Ann se inclinó hacia delante y lo tomó de la mano.

–No sabes cuánto te lo agradezco, Hank. Es justo lo que necesita.

Hank no supo qué hacer ante su demostración repentina de afecto. Si hubiera estado con otra, habría pensado que quería coquetear con él. Pero, conociendo a Ann, sabía que era un gesto tan puramente amistoso como inocente.

Sin embargo, su reacción no tenía nada de inocente. El pulso se le había acelerado porque la deseaba.

–Ann… –empezó a decir.

Ann pareció darse cuenta de lo que pasaba, porque apartó la mano al instante y cambió el rumbo de la conversación.

–Bueno, ¿qué has estado haciendo en mi ausencia?

–Poca cosa. Como sabes, llevé a Paul y a Tommy a la obra. Y se lo han pasado en grande… A Tommy le ha gustado tanto que ahora dice que quiere ser albañil de mayor. Se ha dormido con el casco que le he regalado.

–Seguro que están encantados contigo.

–Por desgracia, no conseguí que David viniera con nosotros.

–No me sorprende. Pero gracias por intentarlo.

Hank se cansó de hablar de cosas irrelevantes y decidió afrontar el problema que había surgido entre ellos.

–Eso no es lo que estás pensando, ¿verdad?

–No.

–Pues adelante. Dilo.

Ella suspiró.

–Estabas muy enfadado cuando he llegado a casa. No era simple preocupación. ¿Qué te ha pasado, Hank?

Hank tuvo la sensación de que le estaba hablando en calidad de psicóloga, como si él fuera uno de sus pacientes. Y le molestó tanto que dijo:

–¿Has estado leyendo manuales de autoayuda?

Ann no contestó. Se limitó a mirarlo con intensidad, hasta que él se encogió de hombros y se sinceró.

–Puede que estuviera un poco celoso.

Ella sonrió.

–Tu respuesta me halaga, pero no me convence demasiado

–dijo.

–¿Es que no me crees?

–Bueno… Digamos que no me pareces un hombre precisamente inseguro. En el caso hipotético de que yo te interesara, no te sentirías mal por el hecho de que haya salido con otro hombre. Lo verías como un reto.

Hank pensó que su análisis tenía parte de verdad.

–Me asombra que seas tan perceptiva. Parece cosa de magia…

Ella volvió a sonreír.

–Soy psicóloga, Hank. Lo mío no tiene nada que ver con la magia. Pero aún no has contestado a mi pregunta. Tengo la impresión de que tu enfado no guardaba relación con los celos, sino con algo muy distinto… con el resentimiento –declaró–. ¿Me equivoco?

Hank sacudió la cabeza.

–No, no te equivocas.

–¿Y de dónde viene ese resentimiento? –preguntó con dulzura.

Él no dijo nada. De repente, sentía la absurda necesidad de llorar. Una necesidad que lo incomodó, porque no había derramado una sola lágrima en más de veinticinco años. No había llorado desde que se dio cuenta de que llorar no servía de nada.

–¿Hank?

–No sé… Supongo que me dio por pensar en ciertas cosas que creía superadas.

–Y te has vuelto a sentir traicionado.

Él la miró a los ojos.

–Es posible. Cuando era niño, me dejaban solo con demasiada frecuencia.

–Lo siento, Hank.

–No tienes por qué sentirlo. No me has abandonado a mí, sino a los chicos.

–Los chicos no estaban solos. Te tenían a ti.

–No es lo mismo.

–Pero es igual de bueno.

Hank escudriñó su cara, incapaz de creer que su réplica hubiera sido sincera. Pero solo encontró sinceridad.

En ese momento, tuvo una revelación tan repentina como desconcertante. Se sentía más cerca de Ann que de ninguna de las mujeres con las que se había acostado. Y habría dado cualquier cosa por poder abrazarla y sentir su

calor.

Quizá fuera que estaba madurando.

O, quizá, que corría directamente hacia el desastre.

Capítulo 6

Algo había cambiado entre ellos. Ann se dio cuenta a la mañana siguiente. Esperaba que, tras su conversación nocturna, Hank se mostrara más reservado. De hecho, necesitaba desesperadamente que mantuviera las distancias y rompiera el vínculo que había surgido entre ellos. Pero no lo rompió. Y se puso nerviosa al notar que el ambiente estaba tan cargado como si hubieran hecho el amor.

Sin embargo, su nerviosismo no impidió que se comiera todos los bollos que Hank había dejado encima de la mesa. Estaba harta de que se atiborrara de bollería industrial, y le pareció una buena forma de impedirlo. Pero Hank se aferró al refresco que había sacado de la nevera cuando ella se lo quiso quitar.

–De ninguna manera –dijo él–. Necesito el refresco.

–Está bien, tómatelo… ¿Te apetece un poco de fruta?

–Preferiría comer papel.

Los chicos rompieron a reír, encantados con el enfrentamiento de los dos adultos.

–En ese caso, te puedo ofrecer unos copos de avena… Hank frunció el ceño.

–¿Qué demonios es esto? ¿Una especie de castigo?

–Si yo fuera tú, aceptaría los copos de avena –intervino David–. Cuando se pone saludable, no hay nada que hacer. Pero, si le sigues la corriente, es posible que el fin de semana esté más tolerante y prepare unas crepes.

–Serás traidor… –dijo Ann con una sonrisa–. Por cierto, ¿alguien sabe dónde está Jason? ¿Aún no se ha levantado?

Jason apareció en ese preciso momento y se sentó a la mesa, tan lejos de Hank como le fue posible. Era obvio que estaba enfadado con él.

–Buenos días, Jason –dijo Hank.

El adolescente respondió al saludo en voz baja, sin apartar la vista de su cuenco de cereales, y guardó silencio hasta que terminó de desayunar. Entonces, se levantó de la mesa con la evidente intención de marcharse.

–Espera –volvió a hablar Hank.

–Me tengo que ir.

–Aún tienes unos minutos. Pero, si se hace tarde, te llevaré yo mismo al

instituto.

Jason miró a Ann, que declaró:

–Siéntate y escucha lo que te quiere decir.

El joven se sentó a regañadientes.

–He estado pensando y se me ha ocurrido una idea – empezó Hank–. Sospecho que a un chico de tu edad le vendría bien un poco de dinero…

Los ojos de Jason brillaron con interés, pero se limitó a encogerse de hombros.

–He pensado que podrías trabajar en la obra por las tardes, cuando salgas de clase.

Jason lo miró con hostilidad.

–¿Yo? ¿Trabajar para ti? Ni lo sueñes –bramó.

–Jason, esa no es forma de hablar a Hank –protestó Ann–. Deberías prestarle atención.

–¿Por qué? No es más que un soborno para ganarse mi confianza.

Hank hizo caso omiso del comentario y habló como si el adolescente no hubiera dicho nada.

–Tendrías un salario decente y aprenderías algo nuevo. Hasta es posible que te guste y te ayude a tomar una decisión sobre lo que quieres hacer en la vida.

Jason volvió a mirar a Ann.

–¿Tengo que hacerlo? –le preguntó.

Ann suspiró.

–No, no tienes que hacerlo si no quieres. Pero piénsalo con detenimiento. Muchos chicos de tu edad darían cualquier cosa por una oportunidad como la que Hank te ha ofrecido. Es una forma de ganar experiencia, antes de decidir si quieres hacer una carrera.

–¿Una carrera? –dijo con desprecio–. Ninguna universidad me aceptaría.

–¿Por qué no? Tienes buenas notas –dijo Ann con paciencia–. Además, trabajar con Hank sería una forma de conseguir el dinero que necesitas. Piénsalo bien.

–Eso es todo lo que te pido. Que te lo pienses –intervino

Hank–. Háblalo con tus amigos y pregúntales qué les parece… Seguro que algunos ya tienen experiencia laboral. Me puedes dar tu respuesta esta noche.

Jason asintió.

–Está bien. ¿Ya me puedo ir?

–Por supuesto –dijo Ann, que empezaba a estar cansada de su actitud.

Cuando el adolescente se fue, ella se giró hacia Hank y dijo:

–Empiezo a pensar que tienes razón. Cada vez se muestra más hostil. Puede que me haya equivocado con él.

–No te preocupes por Jason. Ahora es asunto mío.

Hank se levantó de la mesa.

–No quiero que te molestes. Jason es responsabilidad mía – dijo Ann.

Él le puso una mano en el hombro.

–No, ya no es responsabilidad tuya. Tiene edad suficiente para empezar a hacerse cargo de sus cosas –dijo–. En fin… Que tengas un buen día, Annie.

Hank se marchó y Ann se quedó pensando en Jason, más preocupada que nunca. Ya no estaba tan segura de que pudieran hacer algo por ayudarlo. Pero, evidentemente, lo tenían que intentar.

Hank estaba esperando a Jason cuando el chico salió del instituto, en compañía de una jovencita esbelta y de pelo oscuro. Parecía muy contento; pero, al ver a Hank, se puso serio al instante.

–¿Qué estás haciendo aquí?

–He pensado que podíamos terminar nuestra conversación.

–No tengo nada que decirte.

Hank sonrió.

–No lo dudo, pero yo tengo algo que decirte a ti.

–Pues déjalo para más tarde. Ahora estoy ocupado.

–No importa, Jason –intervino la chica, que sonrió a Hank–. De todas formas, me tengo que ir a casa.

–Está bien. Te llamaré más tarde.

–Genial…

En cuanto la joven se fue, Jason miró a Hank con dureza.

–¿A qué viene esto? No quiero que mis amigos piensen que estoy bajo vigilancia de una especie de policía.

–No creo que tu amiga piense eso. Y, si lo pensara, estoy seguro de que la sacarías de su error –dijo Hank–. Entre tanto, quiero hablar contigo. Sobre Ann.

Jason dudó.

–¿Ann? ¿Es que le ha pasado algo?

–No le ha pasado nada, pero está muy preocupada por ti.

–Está preocupada porque tú te has dedicado a emponzoñar nuestra relación. Todo iba bien hasta que llegaste.

–No. A ti te iba bien –puntualizó.

–¿Y no es lo mismo?

–En absoluto –dijo–. Anda, sube a la camioneta. Hablaremos de camino.

–¿De camino adónde?

–A tu nuevo trabajo.

–Ya te he dicho que no quiero trabajar contigo.

Hank intentó no perder la paciencia.

–Jason, solo quiero que no desaproveches tu potencial. Eres un chico inteligente y podrías hacer grandes cosas. Además, Ann se ha esforzado mucho por ayudarte… ¿No crees que estás en deuda con ella?

–Ann no se ha quejado nunca de mí –le recordó.

–Porque te quiere. Incluso es posible que te quiera demasiado.

–¿Qué significa eso?

–Que no se queja porque no te quiere presionar. Pero yo creo que ya no eres un niño, que eres perfectamente capaz de soportar más presión.

–Puedo soportar lo que sea –dijo con orgullo.

–Pues demuéstralo. Acepta el trabajo que te he ofrecido. Y no te preocupes por mí… no estarás a mis órdenes.

Jason comprendió que le había tendido una trampa y que no tenía escapatoria, salvo que quisiera dar la impresión de que no estaba a la altura del desafío.

–De acuerdo. Lo intentaré. Pero, si no me gusta, lo dejaré de inmediato.

–Me parece justo.

Hank lo llevó a la obra y le presentó a Ted, el capataz, quien le puso a trabajar rápidamente. A las seis de la tarde, Jason estaba agotado y cubierto de polvo, pero su beligerancia había disminuido tanto que, cuando Hank se

ofreció a llevarlo a casa, dijo:

–Por qué no. A fin de cuentas, vamos al mismo sitio.

Al llegar a casa, Jason cruzó la cocina sin detenerse. Ann intentó pararlo, pero Hank se lo impidió.

–Deja que se vaya. Se sentirá mejor cuando se haya dado una ducha. Ya cenará después.

–¿Ha aceptado el trabajo?

–Con algunas reticencias.

–No lo habrás presionado, ¿verdad?

–Solo un poco.

–Pero…

–Deja de preocuparte, Ann –la interrumpió–. Hemos quedado en que, si no le gusta el trabajo, lo puede dejar cuando quiera.

Ella asintió y Hank se fue a hacer lo mismo que el adolescente, darse una ducha.

Cuando ya se había refrescado y cambiado de ropa, entró en el salón y descubrió que Ann se había sentado en el suelo con Tommy y Melissa. Estaban haciendo un rascacielos con piezas de colores, aunque no parecía muy estable.

Hank los observó durante unos minutos, entretenido con el gesto de concentración de Melissa y la sonrisa encantada de Ann.

–Será mejor que reforcéis la esquina sudoeste –aconsejó a Tommy.

–Este edificio es nuestro. Si quieres uno, constrúyete uno – dijo Ann con humor.

–Ya tengo uno, y es mucho más grande.

–Que sea más grande no significa que sea mejor.

–Puede que no, pero el mío durará veinte años por lo menos, y el vuestro no se sostendrá más de veinte segundos.

Justo entonces, el pequeño edificio se tambaleó bajo el peso de una pieza roja que Tommy acababa de poner en la parte superior. Por fortuna, Hank reaccionó con rapidez y puso una pieza extra en la base de la torre, que dejó de temblar.

–Ya está. Tan firme como el Empire State Building.

–¿El Empire State Building es tan alto? –preguntó Tommy.

–Es altísimo.

–Yo quiero verlo –dijo Melissa.

–Bueno, puede que algún día vayamos a Nueva York… –Yo quiero verlo –insistió la niña.

–Algún día –repitió Hank con firmeza–. Por cierto, ¿alguien sabe qué hay de cenar?

–¡Dios mío! ¡La cena! –exclamó Ann.

Ann se levantó tan deprisa que dio un golpe a la torre y la derribó. Melissa se puso a gimotear al instante, pero Tommy se lo tomó con tranquilidad y empezó a recoger las piezas.

–Te ayudaré a recogerlas mientras Ann sirve la cena –dijo Hank.

–Si no me aterrorizara la idea de que te encargues tú de la comida, te enviaría a la cocina ahora mismo –afirmó ella–. Hay que ser verdaderamente machista para dar por sentado que las mujeres tenemos que servir la mesa mientras los hombres se dedican a construir rascacielos.

Hank rompió a reír.

–Eh, yo no he insinuado eso… A decir verdad, creo que Melissa podría llegar a ser una gran profesional de la arquitectura. Incluso es posible que le dé unas cuantas lecciones, para que siga mis pasos en el futuro.

Ann lo miró con desconcierto, y Hank se dio cuenta de que sus apelaciones a un futuro lejano la incomodaban más que sus caricias. Y quizá tuviera motivos para sentirse incómoda. Al fin y al cabo, su presencia en la casa era temporal. Aquello no era el principio de una relación duradera. Pero Hank se preguntó cómo serían las cosas si terminaban juntos; qué se sentiría al saber que Ann Davies estaría siempre a su lado.

Sin embargo, a Hank le extrañó que Ann recelara tanto del futuro. ¿Habría sufrido alguna experiencia amarga en tal sentido? No tenía forma de saberlo, porque ella conocía muchos de sus secretos, pero él desconocía los suyos.

Después de cenar, Ann se fue a acostar a los chicos y Hank salió al porche y se sentó en la hamaca. Llevaba un rato allí, contemplando las estrellas, cuando oyó que la puerta crujía.

–¿Annie?

–Sí.

–Ven a sentarte conmigo.

Ella dudó.

–Oh, vamos. Hay sitio parar los dos.

–No lo creo. Además, debería limpiar los platos.

–Los platos pueden esperar; pero el cielo, no. Puede que no vuelva a ser el mismo. Puede que alguna de las estrellas se caiga…

–Me sorprendes, Hank Riley. No sabía que tuvieras alma de poeta.

–Ya te he dicho que estoy lleno de sorpresas. Pero ven, siéntate conmigo… –insistió–. No me digas que tienes miedo de un poeta.

Ann soltó una carcajada y se acercó a él. Hank la agarró de la muñeca y tiró de ella de tal forma que se cayó encima y terminó con los senos apretados contra su pecho. Ann se asustó y retrocedió a toda prisa.

–No te vayas –le rogó él–. Siéntate a mi lado.

Ella volvió a dudar, pero se sentó a su lado y apoyó la cabeza en su hombro.

–Mira, Annie, una estrella fugaz… Pide un deseo.

–No me digas que crees en esas cosas –declaró con sarcasmo.

–Bueno, nunca se sabe. Y, en cualquier caso, prefiero no despreciar los guiños de la diosa Fortuna.

–¿De la diosa Fortuna? ¿Te gusta el juego?

Hank lo pensó un momento y dijo:

–Sí, supongo que sí.

–¿Y cuál es tu juego preferido? ¿El póquer? ¿El blackjack?

¿Las carreras de caballos? –se interesó.

–El amor.

A Ann se le hizo un nudo en la garganta.

–El amor no es un juego.

–Pues siempre he amado como si lo fuera –afirmó él–. ¿Y tú? ¿Has estado enamorada alguna vez?

–Una. Hace mucho.

–¿Qué pasó?

–Que me abandonó.

Hank frunció el ceño.

–No lo entiendo. ¿Cómo es posible que un hombre en su sano juicio abandone a una mujer tan maravillosa como tú?

–No hay mucho que entender. Solo era un jovencito de veintidós años.

No estaba preparado para vivir con una mujer que estaba esperando un hijo.

La voz de Ann no había cambiado sustancialmente, pero Hank se dio cuenta de que estaba llorando y se emocionó. Si no hubiera sido consciente de que necesitaba hablar, la habría tomado entre sus brazos.

–Estábamos comprometidos –continuó ella–, pero se asustó cuando le dije que me había quedado embarazada. Él tenía muchos planes. Quería ir a la universidad y estudiar Medicina. Yo le intenté convencer de que saldríamos adelante en cualquier caso, pero rompió nuestra relación y se marchó esa misma noche.

Ann soltó una carcajada cargada de amargura.

–No lo volví a ver. ¿Y sabes qué es lo más terrible de todo? Que, al día siguiente, perdí al bebé. Si se hubiera quedado veinticuatro horas más, habríamos seguido juntos.

–Y habrías sido terriblemente infeliz. Ese chico era un idiota.

–Es posible, pero yo estaba tan enamorada que me hundí por completo.

–Y decidiste que ningún hombre te volvería a causar tanto dolor.

Ann sacudió la cabeza.

–No mientas, Annie. Si no fuera verdad lo que he dicho, habrías mantenido más relaciones amorosas. Pero, en lugar de eso, llenaste tu vida de niños abandonados.

–¿Quién está haciendo ahora de psicólogo?

–Supongo que yo –admitió–. ¿Lo hago muy mal?

–No, no demasiado.

–Annie…

Ella le puso un dedo en los labios y lo acalló.

–No sigas, Hank. Ahora sabes más de mi pasado, pero eso no cambia nada entre nosotros.

–¿Estás segura de ello?

Hank le dio un beso cariñoso y repitió:

–¿Estás segura?

Los grandes y azules ojos de Ann, enmarcados en pestañas de color azabache, se clavaron en él de tal modo que el hilo de lo que iba a decir se perdió entre las provocativas imágenes que asaltaron su imaginación.

Nervioso, tragó saliva y dijo:

–Será mejor que te acuestes y duermas un poco.

Ella asintió.

–Sí, será mejor.

Durante un momento, Hank tuvo la sensación de que Ann no se quería ir. Pero entonces, ella se levantó y desapareció en el interior de la casa.

Una hora después, él entró en la cocina con la esperanza de que ya se hubiera acostado, y se sorprendió al ver que estaba limpiando el fregadero y que se había cambiado de ropa. Ahora llevaba una camiseta tan grande que le tapaba los muslos, y unos calcetines amarillos que ocultaban sus pantorrillas.

Hank pensó que admirar sus piernas era demasiado peligroso, así que desvió la vista hacia sus manos. Pero fue un error. Se imaginó sometido a las caricias de aquellos dedos y se excitó de tal forma que tuvo miedo de lo que pudiera pasar. Si Ann no se marchaba en menos de cinco minutos, renunciaría a sus buenas intenciones y le haría el amor allí mismo.

Ann se dio la vuelta de repente y lo miró con inseguridad, como si hubiera adivinado sus pensamientos.

–Pensé que te habías ido a la cama –dijo ella.

Hank se acercó como atraído por un imán y le acarició el cabello.

–¿Sabes lo que me estás haciendo, Annie?

Ella asintió.

–Te deseo –siguió él–. Quiero que seas mía. Ahora. Esta noche.

Ella asintió de nuevo y él perdió el control. Se inclinó, le acarició el cuello y la besó con apasionamiento, arrancándole suaves gemidos de placer que destrozaron sus últimas defensas con la fuerza de un maremoto.

–Será maravilloso, Annie. Te lo prometo… –Lo sé –susurró contra sus labios.

Hank llevó una mano a sus senos y le frotó un pezón, que se endureció enseguida. Después, se lo mordió con dulzura y la acarició entre las piernas, rítmicamente. Ann gimió y se arqueó contra sus dedos.

Entonces, él alzó la mirada. Ella había echado la cabeza hacia atrás, ofreciéndole su cuello desnudo, y respiraba con la boca abierta, casi jadeando. Consciente de su excitación, Hank insistió de nuevo en las caricias; pero, esta vez, por debajo de la camiseta y sin más barrera que la seda de las braguitas.

Al sentir su humedad, se estremeció y supo que, si no se detenían, harían el amor en la cocina de la casa. Y quizás fue eso lo que le detuvo. O quizás, la breve expresión de pánico de Ann, que desapareció enseguida.

Apartó la mano y le bajó la camiseta.

–¿Hank? –preguntó ella con perplejidad.

Él suspiró y le dio un beso en la frente, arrepintiéndose de haber roto la magia.

–No te preocupes, Annie. No pasa nada.

–Pero quiero hacer el amor contigo… –Lo sé. Y quiero lo mismo que tú.

–Si eso es cierto, ¿por qué has parado?

–Porque sería un error. Sé que no estás buscando una aventura amorosa. Buscas una relación larga, y yo no te la puedo dar.

–Soy una mujer adulta –le recordó con firmeza–. Soy perfectamente capaz de tomar mis propias decisiones, y te aseguro que no espero nada de ti. Solo quiero tu afecto.

Él sonrió.

–Puede que lo creas ahora, pero sospecho que mañana por la mañana te arrepentirías de haber hecho el amor conmigo. Los dos nos sentiríamos culpables –dijo–. Anda, acuéstate antes de que cambie de opinión.

Ella se giró hacia el fregadero como si tuviera intención de seguir limpiando.

–Acuéstate de una vez, Annie. Yo terminaré de limpiar.

–Esta es mi casa, Hank.

–¿Y qué quieres decir con eso?

–Que las órdenes las doy yo. Si alguien se tiene que ir a la cama, tendrás que ser tú –declaró, orgullosa.

Él la miró un momento y asintió.

–Está bien. Si quieres que me vaya, me iré.

Capítulo 7

Era medianoche y estaba agotado, pero necesitaba alejarse de Ann. Así que se subió a la camioneta, arrancó, condujo a toda prisa por el polvoriento y bacheado camino y, cuando divisó la carretera principal, se dispuso a girar hacia el norte, hacia casa.

Hacia la cordura.

Hacia la seguridad.

El último bache era tan profundo que pegó un bote en el asiento y se recordó que tenía que arreglar el maldito camino antes de que Ann sufriera un accidente. Pero ¿por qué se preocupaba por ella? Era una mujer libre. No lo necesitaba. Ni siquiera lo quería en su casa, de donde lo acababa de echar. Y, desde luego, tampoco necesitaba que le hiciera el amor.

Lamentablemente, no se la podía quitar de la cabeza. Incluso había estado a punto de seducirla, a pesar de saber que era un error. Él no mantenía relaciones con mujeres que buscaban el amor eterno. Solo las mantenía con mujeres que jugaban a lo mismo que él. Y Ann ni siquiera conocía el nombre del juego.

Encendió la radio, puso una emisora de música y subió el volumen con la esperanza de que ahogara sus pensamientos.

Pero era una emisora de música country, infestada de canciones románticas que hablaban de amores no correspondidos.

En lugar de cambiar de emisora, que habría sido lo más lógico, Hank pensó que merecía aquel tormento y la dejó puesta. El resultado fue inevitable: a mitad de camino, ya estaba considerando la posibilidad de dejar el trabajo de Marathon en manos de Todd. O de asesinar a su amigo y a Liz por haberlo enviado a ese lugar.

Cuando llegó a su casa de Miami, se metió en la cama con intención de dormir unas cuantas horas. Pero Todd se presentó a las diez y lo despertó, así que no tuvo más remedio que levantarse y meterse en la ducha.

Minutos más tarde, entró en la cocina. Todd le ofreció una taza de café que él aceptó con un gruñido, sin darle siquiera las gracias. Luego, echó un buen trago, se apoyó en la encimera y se puso a abrir y cerrar armarios con estruendo, esperando que su amigo se diera por aludido y se marchara de allí.

Sin embargo, Todd hizo caso omiso y preguntó:

–¿Qué tal todo?

–Si te refieres a la obra, bien.

–¿No hay ningún problema?

–Desde que solventamos el asunto del proveedor, no.

–¿Y qué tal está Ann?

Hank no se dejó engañar por la aparente inocencia de la pregunta de Todd. Pero disimuló y se encogió de hombros.

–Supongo que bien.

–¿Solo lo supones? Os veis todos los días.

–Sí, pero Ann es una mujer difícil. Nunca sabes lo que está pensando.

–¿En serio? Siempre he pensado que es una persona directa y clara, que no se anda con juegos y subterfugios.

–Todd, no nos dedicamos a charlar sobre su estado anímico. A mí me parece que está tan bien como cuando llegué, pero no te sabría decir.

Todd soltó una carcajada.

–Vaya, vaya… No sabía que te gustara tanto.

–Oh, sí, me gusta tanto como el veneno –ironizó.

–Ya.

Hank entrecerró los ojos.

–Será mejor que dejes de fastidiarme, o renunciaré al trabajo de Marathon y tendrás que hacerlo tú. De hecho, estoy de tan mal humor que deberías tener cuidado con lo que dices. Te arriesgas a no salir con vida de aquí.

–Oh, oh… ¿Tan mal te va?

–No me va mal; me va peor. Pero tampoco es para tanto.

–¿Quieres que hablemos de ello?

–No hay nada que decir.

–¿Te has enamorado?

–No.

–¿En serio? –dijo con escepticismo.

–Deja de presionarme, Todd –le advirtió.

–Pues no lo entiendo, la verdad. ¿Dónde está el problema? Ann es inteligente y atractiva, sin mencionar el hecho de que los dos sois adultos y estáis libres de compromisos. Me extraña que no aproveches la oportunidad.

–Ann Davies no es mi tipo.

–¿Cómo que no? Es una mujer.

–Muy gracioso –protestó.

–Oh, vamos. Es imposible que no te guste.

–Mira, Ann es encantadora en todos los sentidos. Pero eso no significa que estemos hechos el uno para el otro.

Todd asintió.

–Creo que empiezo a entender lo que sucede. Te intenta reformar, ¿verdad?

–No lo sabes tú bien. Ha llegado al extremo de comerse todos mis bollos.

Todd volvió a reír.

–Dios mío…

–Y se empeña en que desayune fruta o cereales. ¿Te lo puedes creer? Me ha obligado a comer tanta verdura que me siento un conejo. Hace dos semanas que no me como un filete. Y cada vez que me compro una hamburguesa, se pone tan fundamentalista que solo le falta pedirme que me arrodille y rece.

–Pues dile lo que pasa. Es una mujer razonable. Te escuchará.

Hank lo miró con incredulidad.

–Creo que no estamos hablando de la misma mujer. La Ann que yo conozco se pone histérica cada vez que ve una simple bolsa de patatas fritas.

–¿No crees que estás exagerando?

–¿Exagerando? En todo caso, me estoy quedando corto – afirmó Hank–. Esa mujer es una dictadora.

–Solo se preocupa por tu salud…

–Ann no es mi médico, Todd.

–Y es una suerte que no lo sea. Si tu médico supiera que te atiborras de comida basura, llamaría a la policía para que te internaran en un hospital durante un mes.

–Empiezas a hablar como ella…

–Porque tiene parte de razón. Estás en una edad muy mala.

–Lo dices como si fuera un adolescente, pero te recuerdo que tengo treinta y siete años y que mi forma física es perfecta. De hecho, ninguna de las mujeres con las que salgo se ha quejado nunca de mi físico.

–¿Esta noche tienes una cita?

–¿Una cita? ¿A qué viene eso? –preguntó con extrañeza.

–¿La tienes?

–No.

Todd lo miró con asombro.

–¿Me estás diciendo que el gran Hank Riley está en Miami y no tiene intención de salir con ninguna mujer? Es bastante extraño, ¿no te parece?

Hank entrecerró los ojos, pero no dijo nada.

–¿Qué estás haciendo aquí, por cierto? –continuó Todd–. Te he llamado a la obra, pero Ted me ha dicho que no sabía nada de ti. Menos mal que he hablado con Ann.

–¿Has hablado con Ann?

–Claro. Me ha dicho que te habías ido y he supuesto que estarías en tu casa.

–¿Y se encontraba bien?

–No sé… me ha parecido la Ann de siempre –contestó–. Pero ¿qué diablos ha pasado entre vosotros?

–Nada.

–Te advierto que, si le has hecho daño, Liz te matará. Y si no te mata ella, te mataré yo.

–¿Quién ha dicho que le he hecho daño? ¿Ella?

–Ella no ha dicho nada. Por si no lo habías notado, Ann es la quintaesencia de la discreción. Pero aún no has contestado a mi pregunta. ¿Qué estás haciendo aquí?

Hank no había tenido tiempo de inventar una excusa, así que dijo lo primero que se le pasó por la cabeza.

–Tengo que hacer unas cosas en la oficina.

–¿Qué cosas?

–Cosas. Nada más.

–Umm. Qué interesante.

–Deja de hacerte el listo, Todd. Estoy demasiado cansado para aguantar tus tonterías.

Todd sonrió.

–Bueno, ya que estás en Miami, espero que cenes con nosotros.

Hank sacudió la cabeza.

–No, de ninguna manera.

–¿Cómo que de ninguna manera? ¿Es que no echas de menos a tu

ahijado? Quiere que juegues con él al béisbol para que le ayudes a mejorar sus lanzamientos –declaró Todd–. Y seguro que querrás ver a mi hija, que ya ha empezado a gatear… –Llevo dos semanas en una casa llena de niños y adolescentes. Te aseguro que estoy hasta la coronilla de menores.

–Haremos una parrillada… Hank dudó.

–Y tengo una botella de vino que es perfecta para la carne – añadió Todd.

Hank se rindió al instante.

–Está bien. ¿A qué hora?

–A las ocho.

–Que sean las siete. Estoy tan cansado que, si no me acuesto pronto, soy capaz de quedarme dormido en mitad de la cena.

–Como prefieras –dijo Todd–. Por cierto, ¿cuándo vas a pasar por el despacho?

–¿Por el despacho? –preguntó, desconcertado.

–Acabas de decir que has venido a Miami porque tienes cosas que hacer en la oficina –le recordó su amigo. –Ah, sí… No sé. Supongo que pasaré más tarde.

–Más tarde –repitió Todd con sorna–. Bueno… Espero que te diviertas.

Todd se marchó y Hank se puso a fregar el suelo de la cocina. Estaba limpio y reluciente porque pagaba a una mujer para que le limpiara la casa todas las semanas. Pero necesitaba hacer algo, así que restregó y restregó mientras se dedicaba a enumerar los defectos de Ann, en un intento por convencerse de que no le gustaba.

Pensó en su pelo, en su falta de gusto con la ropa y en su manía de meterse en la vida de los demás. Pensó que era dogmática, inflexible y mandona. Pensó todo lo que podía pensar al respecto.

Y no sirvió de nada.

Ann frotaba las sartenes y las cacerolas como si no hubiera otra cosa más importante en la vida. Ya había fregado el suelo de la cocina y limpiado la casa de un extremo a otro. Incluso estaba considerando la posibilidad de limpiar también las ventanas. Pero se conocía lo suficiente como para saber que sería inútil. No haría que se sintiera mejor.

Hank era el hombre más irritante e insensible que había conocido. Y lo de la noche anterior había sido un desastre. ¿Cómo era posible que se hubiera dejado llevar? ¿Cómo era posible que hubiera estado a punto de acostarse con

él? Ni siquiera sabía por qué había permitido que se alojara en su casa.

–¿Ann?

Ann se dio la vuelta y vio que Tracy la miraba con incertidumbre.

–¿Qué ocurre? Pensé que ibas a pasar la noche en Key West…

–Y la he pasado, pero he preferido volver a casa.

–¿Es que hoy no tienes clase?

–Sí, claro, pero he pensado que no pasará nada si me salto las clases un día.

–No, supongo que no –dijo Ann, que la observó con más detenimiento–. ¿Te encuentras bien, Tracy?

–Sí, perfectamente. –Tracy se ruborizó un poco–. ¿Dónde está Hank?

–No lo sé. Estará en el trabajo.

–No. Lo he comprobado.

–¿Por qué?

–Porque quería preguntarle una cosa.

–¿No me lo puedes preguntar a mí?

Tracy sacudió la cabeza.

–No.

–¿Estás segura?

–Sí. Es que es un asunto de chicos.

–Ah, comprendo… –dijo Ann, sintiéndose extrañamente traicionada–. En ese caso, ¿por qué no lo llamas a su móvil?

–¿Tienes el número?

–Por supuesto. Está en la agenda, junto al teléfono.

Tracy se acercó y le dio un abrazo.

–Gracias, Ann.

La joven apuntó el número y se marchó bajo la atenta mirada de Ann, que volvió a sentir una punzada de resentimiento.

–Es lo que faltaba –se dijo–. Ahora tienes celos de Hank.

Era verdad que los tenía. Poco a poco, Hank se había ganado el afecto de los chicos. Tommy y Paul lo idolatraban hasta el punto de que hablaban de él constantemente. Jason, que se había opuesto a él al principio, empezaba a flaquear. Y ahora, Tracy prefería hablar con él en lugar de hablar con ella.

Ann sacudió la cabeza y se dijo que aquello no tenía sentido; que, en todo caso, debía estar agradecida a Hank por el apoyo que le estaba dando. Pero no sentía el menor agradecimiento. Solo sentía celos.

Molesta, llenó un cubo de agua y jabón y se dispuso a limpiar todas las ventanas que daban al Atlántico.

Hank se empezó a poner nervioso cuando llegó a Coconut Grove, donde se encontraba la casa de sus amigos. Su encuentro con Todd había sido una simple conversación agradable en comparación con el interrogatorio al que, probablemente, Liz lo iba a someter. Y no sabía si estaba preparado.

Además, Tracy lo había llamado para pedirle consejo y lo había dejado sumido en la preocupación. Su novio no le daba buena espina. Por lo que la joven le había contado, era evidente que se estaba dejando dominar por sus hormonas. Y no estaba totalmente seguro de que Tracy fuera capaz de ponerlo en su sitio.

Aún lo estaba pensando cuando oyó la voz de Kevin.

–¿Qué haces aún en el coche, Hank? Papá me ha dicho que me ayudarías a mejorar mis lanzamientos. Falta un rato para la cena, así que podemos jugar un poco…

Hank sonrió, se bajó de la camioneta y aceptó el guante de béisbol que le ofreció el chico. Era una excusa perfecta para retrasar el momento de ver a Liz.

–De acuerdo. Veamos lo que sabes hacer.

Todd apareció al cabo de unos minutos y se puso a jugar con ellos.

–Siento no haber coincidido contigo en la oficina –dijo–. ¿Te encuentras mejor?

–Mucho mejor.

–Me alegro.

Hank lo miró con recriminación y se giró hacia Kevin. –Intenta lanzar una bola con curva. Y recuerda cómo te he dicho que pongas las manos.

El pecoso chico lanzó la bola con una exactitud y velocidad sorprendentes.

–¿Qué te ha parecido eso? –preguntó Kevin, sonriendo de oreja a oreja.

–No está nada mal. Se nota que has practicado mucho.

–Practico todas las noches. O, al menos, cuando papá vuelve pronto a

casa y puede jugar conmigo. He intentado jugar con mi madre, pero no sabe. Es una de esas chicas… –dijo con sorna.

Hank rio.

–Sí, sé lo que quieres decir.

–Os he oído –declaró Liz, que acababa de salir de la casa–. Y yo tendría cuidado con lo que decís, porque soy la cocinera y os puedo dejar a pan y agua.

Hank se acercó a ella y le dio un beso.

–Me siento terriblemente culpable por haberme burlado de ti, Liz. Pero no puedo hablar por los demás… Liz miró a su hijo y preguntó:

–¿Tú también lo lamentas?

Kevin sonrió.

–Oh, sí. Mucho.

Ella asintió.

–Excelente. En ese caso, la cena está preparada.

Hank atacó su ancho y jugoso filete con el entusiasmo de un hombre muerto de hambre. Se llevó un pedazo a la boca, saboreó el aroma y masticó despacio. Estaba delicioso. Pero luego se acordó de Ann, imaginó lo que habría dicho si lo hubiera visto en ese momento y se sintió tan incómodo que el segundo pedazo no le supo tan bien.

Cuando llegó al tercer pedazo y estuvo a punto de atragantarse, se maldijo a sí mismo por dar importancia a las opiniones de aquella mujer y se comió el filete tan deprisa que sus amigos lo miraron con humor.

–¿Te ha gustado? –preguntó Todd.

–Y tanto.

–Si quieres, tengo otro en la cocina –dijo Liz.

–No, gracias.

–¿Quieres más ensalada?

Hank estuvo a punto de aceptar el ofrecimiento, pero sacudió la cabeza y dijo:

–No.

Ella frunció el ceño.

–¿Estás seguro? Has comido poco…

Hank alcanzó su copa de vino y echó un trago antes de hablar.

–Supongo que no tenía tanta hambre como pensaba.

–¿Te encuentras bien? –insistió Liz, entrecerrando los ojos.

–Sí, perfectamente.

–En ese caso, seguro que querrás tarta de manzana… –Faltaría más.

–¿Le pongo un poco de helado encima?

A Hank se le hizo la boca agua. Pero se acordó otra vez de Ann y sacudió la cabeza.

–No, la prefiero sin helado.

Justo entonces, sonó el teléfono.

–Ya contesto yo –dijo Liz–. Kevin, ve a buscar el postre.

En cuanto los dos hombres se quedaron a solas, Todd miró a su amigo y dijo:

–Es peor de lo que pensabas, ¿verdad?

–No empieces otra vez.

–Lo siento, pero es un acontecimiento histórico. El gran Hank, el soltero impenitente, está a punto de caer –dijo–. ¿Te has enamorado de ella?

–En absoluto. Ya sabes lo que pienso del amor. El amor no existe.

–Pues, para no existir, te ha dado muy fuerte… Hank lo miró con cara de pocos amigos. –Piensa lo que quieras.

Todd hizo caso omiso y preguntó:

–¿Qué vas a hacer al respecto?

–No voy a hacer nada de nada.

–Oh, vamos, Hank. ¿Cómo es posible que…?

Todd no llegó a terminar la frase. El móvil de Hank empezó a sonar en ese momento y, cuando vio que era Tracy, se levantó con tanta rapidez que estuvo a punto de tirar la silla.

–Hola, Tracy. ¿Va todo bien?

La chica no contestó. Pero pudo oír sus sollozos.

–¿Dónde estás?

–En una gasolinera.

–¿Dónde?

–En Cayo Largo.

–No te ha hecho daño, ¿verdad?

–No, pero estoy tan enfadada conmigo… –dijo entre lágrimas–. Tenías toda la razón. Es un cretino. Debería haberte hecho caso.

–Tú no tienes la culpa, Tracy. Es lógico que quisieras creer en él. Confiar en la gente no es ningún pecado.

–Pero me he equivocado tanto… No volveré a salir con ningún chico.

Hank sonrió.

–Dudo que te sientas así dentro de unos días –dijo–. Pero, de momento, quédate donde estás. Iré a buscarte.

–No hace falta. Puedo llamar a Ann.

–Quédate donde estás –insistió–. Salgo enseguida.

Tras pedirle las señas de la gasolinera, Hank le dio unas cuantas indicaciones, cortó la comunicación y se guardó el teléfono. Todd y Liz, que ya había regresado a la cocina, lo estaban mirando con interés.

–¿Habéis oído la conversación?

–Sí.

–Entonces, espero que sepáis disculparme. Tengo que ir a buscarla.

Liz se acercó a él y le puso una mano en el brazo.

–No te preocupes demasiado. Se pondrá bien.

–Lo sé. Pero será mejor que me marche. Muchas gracias por la cena.

–¿Hank? –dijo Liz.

–¿Sí?

–Serías un padre maravilloso.

Hank sacudió la cabeza y salió de la casa. Pero, segundos después, cuando se subió a su vehículo, se dio cuenta de que se sentía exactamente así: como un padre.

Y le asustó.

Capítulo 8

Tracy estaba esperando donde le había dicho, en el interior de la gasolinera. Su aspecto era tan triste y desconsolado que Hank se sintió inseguro. Al fin y al cabo, no tenía experiencia en esos asuntos. ¿Qué pasaría si decía algo inconveniente? ¿Qué pasaría si empeoraba la situación? De haber podido, habría llamado a Todd o a la propia Ann para pedirle consejo. Pero no podía, y tenía que afrontarlo con sus propios recursos.

–Hola, Tracy.

La chica, cuyos ojos estaban llenos de lágrimas, se arrojó a sus brazos y se aferró a él como una niña asustada.

–No te preocupes. Todo saldrá bien –la intentó tranquilizar.

Hank la llevó a la camioneta, donde le dio un pañuelo.

–Has hecho bien a llamarme por teléfono. Si alguna vez vuelves a tener otro problema, recuerda que puedes contar con Ann y conmigo.

Tracy lo miró con nerviosismo.

–¿Qué ocurre? –preguntó él.

–Prométeme que no se lo dirás a Ann.

Hank dudó.

–Prométemelo…

–Está bien, como quieras.

–Gracias, Hank.

–No me des las gracias todavía. Yo no le voy a decir nada, pero solo porque creo que se lo deberías decir tú.

–Ann no lo entenderá…

Hank sacudió la cabeza.

–Por supuesto que lo entenderá. Ann es la mujer más comprensiva del mundo.

–Pero es tan perfecta… Nunca comete errores. Y, si los comete, no son tan estúpidos como el que yo he cometido.

Hank se acordó del antiguo novio de Ann, el chico que la había abandonado cuando ella se quedó embarazada. Estaba seguro de que, si Tracy hubiera conocido la historia, se habría sentido mucho más cerca de ella. Pero, obviamente, él no se la podía contar.

–Habla con ella. Sospecho que te vas a llevar una sorpresa.

Una hora después, llegaron a la casa. Ann, que estaba leyendo un libro, se preocupó mucho al ver la cara de la joven.

–¿Estás bien?

–Sí –respondió Tracy, sin mirarla a los ojos–. Me voy a la cama. Gracias por haberme traído, Hank.

Cuando Tracy se marchó, Ann miró a Hank con dureza.

–¿Está realmente bien?

Él asintió.

–Solo un poco asustada.

–¿Qué ha pasado? ¿Por qué ha llegado contigo?

–Porque la he traído en la camioneta.

–No seas obtuso –protestó–. ¿Por qué, Hank?

–Será mejor que se lo preguntes a ella.

–Maldita sea… La quiero tanto como si fuera hija mía. Si se ha metido en algún lío, tengo derecho a saberlo.

Hank se sentó a su lado y le puso una mano en la rodilla, pero la retiró al ver que Ann se ponía tensa.

–Tracy está bien, Ann –le aseguró–. No te puedo decir lo que le ha pasado porque le he prometido que guardaría silencio. Pero creo que te lo contará ella misma cuando tenga ocasión de reflexionar.

Ella frunció el ceño.

–¿Quién te crees que eres? Yo soy la responsable de los chicos que viven en mi casa. Si Tracy necesitaba que la ayudaran, tendría que haberme llamado a mí.

Hank suspiró.

–Pero me llamó a mí, Ann. ¿Qué querías que hiciera? ¿Habrías preferido que la dejara en la estacada?

Tras un largo silencio, Ann asintió y dijo:

–Lo siento. Tienes razón. He sido injusta contigo… Es que Tracy me preocupa mucho. Se ha estado comportando de forma extraña.

–Lo sé, pero se pondrá bien.

–Yo no estoy tan segura. Y no lo digo por lo que haya pasado esta noche, sino por la forma en que lo ha afrontado.

–¿Qué quieres decir?

–Que ha buscado tu ayuda en todo momento –contestó–. Tengo la impresión de que se ha encaprichado de ti.

Hank se quedó atónito.

–No digas tonterías…

–No es ninguna tontería. Probablemente, eres el primer hombre que la trata con respeto y ternura. No tiene nada de particular que se enamore de ti.

–Pero si tengo tantos años que podría ser su padre… –alegó.

–La edad carece de importancia en cuestiones de amor. Y mucho más cuando se trata de chicas que han tenido padres abusivos o emocionalmente distantes. Tienden a idealizar a los hombres mayores que las tratan bien.

Él se levantó y empezó a caminar de un lado a otro, nervioso. Después, se sentó en una silla y se pasó una mano por el pelo.

–No, creo que te equivocas, Annie. Creo que solo soy una figura paternal para ella.

–Puede que tengas razón, pero ten cuidado. Tanto si está enamorada de ti como si no lo está, es importante que no dependa demasiado de ti. De lo contrario, lo pasará muy mal cuando te vayas.

–¿Y quién ha dicho que me voy a ir?

–Sé realista, Hank –dijo con impaciencia–. Volverás a Miami en cuanto termines la obra de Marathon.

Él la miró con detenimiento. Tenía la sensación de que ya no estaba preocupada por la joven, sino por ella misma.

–¿Estás pensando en Tracy? ¿O estás pensando en ti?

Ann se ruborizó.

–A mí no me mezcles en ese asunto. Yo soy una adulta. Lo puedo soportar.

–¿Ah, sí? Pues mira lo que pasó anoche…

–Anoche no pasó nada –dijo con un fondo de sarcasmo.

–Me refería a que la situación te incomodó mucho, pero olvidemos eso por un momento y centrémonos en lo que te preocupa de verdad. Sabes perfectamente que no hice el amor contigo por las mismas razones que ahora me echas en cara. En efecto, es posible que vuelva a Miami dentro de unos meses. Y no quiero ese peso en mi conciencia.

–Oh, qué nobles sentimientos… –ironizó Ann–. Pero yo no te he pedido que me hagas ningún favor.

Hank notó que estaba muy dolida y le ofreció lo único que, en principio, podía solucionar su problema.

–¿Quieres que me marche ahora mismo? Quizás sería lo mejor.

–Sí, tal vez –dijo con debilidad.

Hank asintió y se levantó.

–Voy a hacer el equipaje.

Ya se disponía a salir de la habitación cuando oyó un sollozo ahogado y se dio la vuelta. Ann estaba llorando.

Rápidamente, se arrodilló junto a ella y la tomó de la mano.

–Annie, ¿seguro que quieres que me vaya?

–No sé lo que quiero –le confesó–. Por primera vez en mucho tiempo, no tengo la menor idea de lo que quiero.

–Entonces, viajamos en el mismo barco. Yo tampoco estoy seguro de nada. Aunque Liz y Todd parecen convencidos de que estamos hechos el uno para el otro… Supongo que sabes lo que pasa, ¿verdad? Buscaron esta situación a propósito, para que estuviéramos juntos.

Ella asintió y sonrió a regañadientes.

–Les deberíamos retorcer el pescuezo –declaró.

–Sí, es una posibilidad que me ha pasado por la cabeza.

Pero, por otra parte, son nuestros mejores amigos. Y nos conocen bastante bien.

–¿Qué insinúas?

–Que tal vez estamos donde debemos estar. Y que deberíamos jugar el partido como los dos adultos que somos.

–Eso es muy arriesgado, Hank.

–Sí, pero ya sabes que soy un jugador.

–Tú serás un jugador, pero yo no he jugado a nada en toda mi vida.

Él le secó las lágrimas con un dedo.

–Tanto mejor –dijo–. Puede que tengas la suerte del principiante.

Su nuevo plan tenía un problema: que ni él ni ella sabían por dónde empezar. Durante los días siguientes, estuvieron tan tensos que Ann se sentía terriblemente frustrada. Cada vez que Hank la rozaba sin querer, se

sobresaltaba y se disculpaba con un nerviosismo exagerado. Y la paciencia de Ann estaba llegando a su límite.

Además, no sabía si era conveniente que Hank se involucrara más en la vida de los chicos. Seguía creyendo que debían actuar con cautela; sobre todo, después de lo sucedido con Tracy. Y una noche, cuando se lo dijo después de cenar, él replicó:

–No puedes tener las dos cosas a la vez. No puedo quedarme en la casa y mantener las distancias al mismo tiempo.

–No veo por qué no –dijo con obstinación.

Él se limitó a mirarla fijamente.

–Bueno, puede que no esté siendo muy racional –admitió ella–. En este momento, no me siento precisamente racional.

–¿Y cómo te sientes?

–Como si me hubieran partido en dos.

–A mí me pasa lo mismo.

De repente, Ann rompió a reír. Todo el asunto le parecía absurdo. Se suponía que eran personas adultas, con la madurez necesaria para afrontar cualquier situación. Pero se comportaban como dos niños.

–¿Se puede saber de qué te ríes? –gruñó Hank–. Tenemos un problema grave.

–No te lo voy a discutir. Pero, ¿me podrías hacer el favor de definir el problema? Hank se puso nervioso.

–Bueno… Nosotros…

–Estamos permanentemente cachondos –dijo ella.

–¡Annie! –exclamó él, asombrado con su lenguaje.

–Puede que sea una forma algo cruda de decirlo, pero es verdad. Y también es verdad que, si yo fuera una mujer distinta, ya te habrías acostado conmigo.

–Pero eres quien eres.

–Y supongo que te debería estar agradecida por dedicarme un tratamiento tan especial. Pero no lo estoy en absoluto.

Hank rio.

–Creo que te entiendo.

Los dos se miraron a los ojos durante unos segundos, sin decir nada.

–Podríamos ir a ver una película –dijo Hank al final.

–Casi son las diez de la noche… –Pues alquilaremos una.

–Y nos sentaremos juntos en el sofá, acurrucaditos… –Umm. No sé si es una buena idea.

–Ni yo.

–¿Y si jugamos al ajedrez? Es un juego serio y muy intelectual, completamente alejado de fantasías eróticas.

–No sé jugar al ajedrez.

–Pues a las damas… –replicó–. Maldita sea, Annie, échame una mano. Intento encontrar una solución.

–Está bien, jugaremos a las damas. Creo que el tablero está en el dormitorio de Paul.

–Ve a buscarlo tú. Yo haré unas palomitas.

–Debería haber sabido que aprovecharías cualquier oportunidad para atiborrarte de comida basura.

–Tranquila. A ti te traeré unas uvas.

Quince minutos después, el tablero, las palomitas y las uvas estaban en la mesa del salón. Y quince minutos después, Hank había ganado la primera partida.

–No te estás concentrando –la acusó.

–¿Y quién se puede concentrar? Haces mucho ruido con las palomitas.

–Venga ya… ningún jugador bueno se desconcentraría por algo así.

–Pero yo no soy un buen jugador. Hasta Tommy me gana – dijo–. Y, por otra parte, deberías ser más atento conmigo. Al fin y al cabo, has sido tú quien se ha empeñado en jugar.

–Para estar ocupado y no estar pensando todo el tiempo en acostarme contigo –le recordó.

–¿Y funciona?

–En absoluto.

–Me lo temía. Tampoco funciona conmigo.

–¿Sabes por qué?

–¿Lo preguntas desde un punto de vista psicológico? ¿O puramente físico?

Él la miró con recriminación y dijo:

–Es porque estamos juntos y en la misma casa, pero ni tú ni yo nos

atrevemos a… en fin, ya sabes.

Ann arqueó una ceja.

–Ni siquiera eres capaz de decirlo abiertamente, Hank.

–¿Quieres que hablemos abiertamente?

–Por supuesto. Hablar es la mejor forma de solucionar los problemas.

Él sacudió la cabeza.

–En este caso, no. Créeme, Annie… Tengo experiencia al respecto, y sé que hablar de sexo empeoraría la situación.

–Yo no estoy tan segura. Serviría para ver las cosas con más objetividad.

–Lo único que me puede dar alguna objetividad es una ducha fría, y me la voy a dar ahora mismo.

Hank ya había llegado a la puerta cuando se giró y dijo:

–Supongo que no querrás… –¿Ducharme contigo? No.

Él sonrió.

–Bueno, tenía que intentarlo.

A la mañana siguiente, los dos estaban ojerosos y protestones. En determinado momento, se enfadaron por algo sin importancia y Paul preguntó:

–¿Se puede saber qué os pasa?

–Es que he dormido mal –contestó Hank, que lanzó una mirada acusadora a Ann.

–¿Y de quién es la culpa? –replicó ella, mientras le servía una taza de té de hierbas.

–¿Té? Yo no quiero té. Quiero mi refresco… –Pues lo siento mucho. Los he tirado todos.

–¿Que los has tirado? –bramó.

–Sí. Tendrás que contentarte con el té.

–Eso ni siquiera es un té de verdad. No tiene ni un poco de cafeína.

–Exactamente.

En mitad de la discusión, Ann se dio cuenta de que los chicos los estaban mirando como si asistieran a un partido de tenis, así que suspiró y dijo:

–Está bien. ¿Declaramos una tregua?

–¿Eso significa que me puedo tomar mi refresco?

–No. Solo significa que dejemos de discutir.

–Dejaré de discutir contigo cuando me devuelvas los refrescos que has tirado.

–¡Vete a freír espárragos!

Ann se levantó de la mesa y se marchó, dejando boquiabiertos a los chicos.

–¿Mamá se encuentra bien? –preguntó David, atónito.

–Sí, claro que está bien –contestó Hank.

–¿Seguro? –insistió.

Tracy miró a Hank con ironía e intervino en la conversación.

–Creo que está enamorada…

–Tracy, no creo que debamos hablar de eso en este momento –dijo Hank.

–Pero lo está, ¿verdad?

–Tracy… –le advirtió.

Jason los miró a los dos, se levantó de la silla y se dirigió a Tracy con un tono cargado de indignación.

–¿Es que te has vuelto loca? No es posible que mamá se haya enamorado de él. Tendría que haber perdido la razón.

–El hecho de que Hank te disguste no significa que no guste a Ann –razonó la joven–. No seas tan obtuso.

–La obtusa eres tú.

Jason salió de la casa pegando un portazo.

–Si Ann y tú os enamoráis, ¿serás nuestro padre? –intervino Paul–. Lo pregunto porque sería genial…

Hank se sintió como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago.

–Basta ya. Estáis llegando a conclusiones apresuradas. Además, los sentimientos que tengamos no son asunto vuestro.

–Por supuesto que lo son. Vivimos con vosotros –alegó

Tracy.

–Sí, pero es un problema que solo nos atañe a Ann y a mí. Y no lo solucionaremos si os dedicáis a observarnos y a analizar todo lo que hacemos.

Tracy asintió lentamente, como si las palabras de Hank hubieran confirmado sus sospechas.

–Es decir, que estáis enamorados.

–¡Tracy!

La chica sonrió con picardía.

–Oh, lo siento tanto… Me he dejado llevar por la emoción – dijo–. ¿Podemos hacer algo para ayudarte?

–Sí. Dejar de hacer conjeturas sobre nosotros.

Hank se maldijo para sus adentros. Empezaba a comprender lo que sentían los famosos cuando sus asuntos personales pasaban a ser de dominio público.

Hank esperó a que los niños se fueran al colegio. Afortunadamente, Melissa estaba en la guardería por las mañanas, así que no tenía que cuidar de ella. Y cuando se quedó a solas, salió de la casa y se dirigió a Dolphin Reach, donde Ann tenía la consulta.

Aquella iba a ser la primera vez que entrara en los dominios de la mujer de sus sueños. Conocía su trabajo porque Ann había ayudado al hijo de Todd con su dislexia, pero no había tenido ocasión de visitar el edificio. Al llegar, se acercó a la recepcionista y preguntó por el despacho de Ann.

–Es el segundo a la izquierda, pero no está aquí. Está fuera, con los delfines.

–¿No está con ninguno de sus pacientes?

–No. El primero no llega hasta las diez.

–Ah, gracias…

Mientras caminaba hacia el muelle, la curiosidad de Hank aumentó. Sabía que sus métodos eran muy vanguardistas, pero jamás habría imaginado que utilizaba delfines para sus terapias. Y se quedó perplejo cuando la vio arrodillada en una plataforma, delante de un grupo de delfines que parecían sonreír.

–¿Annie?

Ann se dio la vuelta y lo miró con seriedad.

–¿Qué estás haciendo aquí?

–Me ha parecido que necesitábamos hablar.

–Ahora, no. Estoy ocupada.

–Sé que no tienes ningún paciente hasta dentro de una hora. Si es necesario, te la pagaré…

–Lo siento. No acepto pacientes con los que mantengo una relación personal.

Hank sonrió.

–Eso no es cierto. Ayudaste a Kevin.

Ella estuvo a punto de sonreír a su pesar.

–Kevin fue una excepción.

–Pues haz otra excepción.

–¿Por qué?

–Porque los chicos me han obligado a asumir algo que me negaba a asumir.

–¿Ah, sí? ¿Y de qué se trata?

–De que estoy enamorado de ti.

Ann lo miró con tanto asombro como escepticismo. Pero Hank supo en ese momento que estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para demostrarle que había sido sincero.

Se arrodilló a su lado y preguntó:

–¿Y bien?

–No sé qué decir…

–Bueno, puedes empezar por decir lo que piensas. Es lo que aconsejan los libros de psicología, ¿no?

–Está bien, te diré lo que pienso… Pienso que estás loco.

Él sonrió.

–Menudo análisis profesional –se burló.

–No te rías de mí, Hank.

–No me estoy riendo. Y, a pesar del pánico que veo en tus ojos, tampoco espero que te declares profundamente enamorada de mí. Solo quiero saber si tengo alguna oportunidad.

–No digas tonterías. No estás enamorado de mí. Solo lo crees porque alivia tu sentimiento de culpabilidad.

–¿Mi sentimiento de culpabilidad? No he hecho nada para sentirme culpable.

–Pero te gustaría haberlo hecho.

–Maldita sea, Annie… Te aseguro que no me siento culpable por desearte.

–Aunque sea cierto, lo que tú quieres no tiene nada que ver con el amor. Solo buscas una relación sexual pasajera, un simple juego.

La actitud de Ann le pareció tan irritante que sintió la tentación de tomarla entre sus brazos y besarla para impedir que insistiera con sus argumentos supuestamente psicológicos. Pero sospechaba que solo serviría para reafirmar su posición.

Al final, optó por una solución más categórica. Sin dejar de mirarla a los ojos, alzó un brazo, le pasó un dedo por la mejilla y, acto seguido, bajó hasta sus senos y le acarició un pezón hasta ponérselo duro.

–Puede que esto sea algo más que un juego, Annie.

–No, no lo es… –susurró, excitada.

Él se inclinó entonces y la besó con suavidad durante unos segundos.

–¿Y qué pasaría si estás equivocada?

Hank no esperó a que respondiera. Se levantó y se alejó tranquilamente, dejándola a solas con sus dudas.

Capítulo 9

¿Enamorado? No, no podía ser. Era imposible que Hank Riley, el famoso mujeriego, se hubiera enamorado de ella. Ann estaba segura de que desconocía el significado de esa expresión. Pero, por muchas veces que rechazara la posibilidad de que estuviera enamorado de ella, su inesperada confesión la tuvo tan preocupada que, al final de la tarde, todos sus pacientes se habían dado cuenta de que le pasaba algo.

Ann intentó concentrarse en su trabajo y demostrar algún entusiasmo por los pequeños éxitos del día, pero no dejaba de pensar en la alocada, impulsiva y, en su opinión, insensata declaración de amor.

Jamás lo habría imaginado. A pesar de sus defectos, era un hombre demasiado noble y sincero como para apelar al amor sin más intención que la de seducirla. Además, no tenía sentido que mintiera. Sabía que ella estaba dispuesta a acostarse con él. Y eso era parte del problema. Que ella estaba dispuesta y él, no. Hank pensaba que, manteniendo las distancias, la protegería. Y cuanto más las mantenía, más le gustaba.

Si seguían por el mismo camino, corría el riesgo de enamorarse. Pero ni Ann buscaba una relación seria ni creía que Hank la quisiera de verdad. Se estaba engañando a sí mismo.

Estaba fascinado por la novedad de vivir en una casa llena de chicos, y había perdido la perspectiva. No se daba cuenta de que su fascinación por la vida en familia desaparecería pronto.

Ann tomó una decisión. Le demostraría que no estaba hecho para esas cosas. Y su humor mejoró tanto que, cuando llegó la hora de cenar, se sentía como si volviera a ser la de siempre. Como si tuviera el control.

Desgraciadamente, su seguridad se esfumó en cuanto Hank entró en la cocina, le dio un beso en la frente y, tras acercarse a la cacerola que humeaba en el fuego, halagó sus habilidades culinarias. Ann se estremeció de placer, y se preguntó qué demonios le estaba pasando. Se suponía que el enamorado era él.

La cena fue bastante incómoda. Los chicos los miraban de un modo tan raro que ella se quedó sin habla. Por suerte, Hank se comportó como si no pasara nada en absoluto. Se interesó por sus cosas, les dio conversación y, al final de la velada, se encargó de que recogieran la mesa y la limpiaran. Para no estar acostumbrado a vivir con un montón de chicos, lo hacía maravillosamente bien.

–Eh, mamá… –intervino David, sacándola de sus pensamientos–. ¿Es verdad lo que Hank ha dicho? ¿Vamos a ir a Miami el fin de semana?

Ella parpadeó, perpleja. Había perdido el hilo, pero miró al chico y contestó como si no fuera así.

–Ya veremos.

–A mí me parece una gran idea –dijo Tracy–. En Miami hay muchas tiendas y cines…

–Y también está el Miami Heat –se sumó Paul, refiriéndose a un famoso equipo de baloncesto–. ¿Podríamos ir a ver el partido, Hank?

–Si Ann está de acuerdo…

Ann maldijo su suerte. Hank le había pasado la pelota de un modo extremadamente astuto. Ahora estaba atrapada, y no se podía negar.

–Por mí, no hay problema. Si está dispuesto a llevaros…

–Iremos todos –puntualizó Hank–. No te vamos a dejar aquí, sola.

–Claro que no, mamá –dijo David–. Tú también necesitas un descanso.

–Vamos, Ann… Será mejor que correr mil kilómetros –dijo Tracy–. Además, siempre dices que hay que descansar de vez en cuando, para reducir el estrés.

Ann suspiró.

–Ya veremos. Habrá que organizarlo todo y…

–¡Oh, Dios mío! –exclamó David.

–¿Qué pasa?

–Me había olvidado de decírtelo… Hay reunión de padres en el colegio –contestó–. ¿Podrías ir, Ann?

–¿Por qué quieres que vaya a una reunión de padres? – intervino Jason con desdén–. Son aburridas y absurdas.

–Eso es lo de menos, Jason –dijo Ann–. Si es importante para David, iré.

–Tú verás lo que haces.

Jason se levantó y se fue, dejando a David avergonzado. Para David, Jason era el hermano mayor que no había tenido, y valoraba tanto sus opiniones que ahora se arrepentía de haber dicho nada.

–No hagas caso a Jason. ¿Cuándo es la reunión? –preguntó Ann.

–Pasado mañana.

Ann le acarició el pelo y dijo:

–Pues no te preocupes. Allí estaré.

Hank se levantó entonces y ordenó a los chicos que se marcharan a hacer

sus deberes. Todos obedecieron al instante, aunque Tracy los miró con picardía antes de salir.

–¿No te parece que has sido un poco obvio? –dijo Ann, frunciendo el ceño.

–¿Crees que se han dado cuenta de que quiero estar a solas contigo?

–Tracy se ha dado cuenta de sobra. En cuanto a los demás, quién sabe… Pero seguro que te estarán muy agradecidos por haberles evitado el mal trago de lavar los platos.

–Oh, vaya. Sabía que olvidaba algo.

Hank se acercó y le dio un beso en la mejilla. Fue un gesto inocente, sin segundas intenciones. Pero la excitó de todas formas.

–Bueno, ya me acostumbraré a este asunto de la paternidad –dijo él–. Solo necesito un poco de práctica.

–Hank, tenemos que hablar.

–¿De qué? –preguntó con inocencia fingida.

–De ese asunto de la paternidad –respondió con sorna–. De ti, de mí y de los viajes a Miami.

–¿Y qué me tienes que decir?

Hank se acercó al fregadero y empezó a lavar los platos como si no pasara nada.

–¿Me podrías prestar un poco de atención, por favor? – protestó ella.

Él se dio la vuelta, sonrió de oreja a oreja y la tomó entre sus brazos.

–No sabes cuánto me alegro de que por fin me lo hayas pedido.

–Maldita sea, Hank…

Hank le mordió el lóbulo de la oreja.

–¿Es que no te tomas nada en serio? –continuó ella.

–Por supuesto que sí. Esto me lo tomo muy en serio.

Hank le dio un beso que la dejó sin aliento.

–Escúchame, Hank…

–Pero si te estoy escuchando…

Ann se apartó de él a duras penas.

–¿Lo ves? No quieres asumir la realidad. Te comportas como si yo sintiera lo mismo que tú.

–Porque lo sientes.

–Eso no es cierto –dijo con vehemencia.

–Annie, te conozco muy bien. Ni siquiera considerarías la posibilidad de acostarte conmigo si no estuvieras enamorada de mí. Y sé que ahora la estás considerando, lo cual significa que estás enamorada de mí.

–Tú lógica es un desastre.

–Mi lógica es impecable –replicó–. Tengo un cerebro científico y bien ordenado. Una maravilla de la razón.

–Pero esto no tiene nada que ver con la razón.

–¿Esto? ¿Qué es esto, Ann?

–Lo que estamos hablando.

–¿Te refieres al amor?

–Exacto.

–Bueno, no recuerdo haber dicho que el amor sea lógico. Me he limitado a llegar a una conclusión a partir de las pruebas que me has dado.

–Vete al infierno.

–Oh, Annie… Ya estás hablando mal otra vez. Cada vez que pierdes una discusión conmigo, te pones a hablar como una verdulera.

–No has ganado esta discusión –bramó.

–Si tú lo dices…

Hank le dio la espalda y volvió al fregadero para seguir lavando los platos. Ann lo miró con rabia y salió de la cocina.

Ann se sentía tan mal que, cuando terminó de preparar la cena y subió al dormitorio para cambiarse de ropa, no tuvo más remedio que tumbarse un poco. Lamentablemente, la reunión de padres era esa noche, y le había prometido a David que asistiría.

Al cabo de unos minutos, David abrió la puerta y preguntó:

–¿Ya estás preparada?

El chico se quedó atónito al verla.

–Pero si estás en la cama…

–Descuida. Me levantaré enseguida.

–¿Te encuentras bien? Pareces enferma.

Ann no podía negar que lo estaba, pero no quería que David se llevara un disgusto, así que hizo un esfuerzo por fingirse bien.

–Anda, ve a vestirte. Estaré contigo dentro de un momento.

David la miró con escepticismo y salió del dormitorio. Momentos después, apareció Hank y frunció el ceño al verla en la cama. Ann intentó levantarse, pero se mareó tanto que se tuvo que apoyar en la mesita de noche.

–Oh, Dios mío…

–Acuéstate otra vez, Ann –ordenó él.

Ella se sentó en el borde de la cama.

–No puedo.

Hank se acercó, apartó la manta y las sábanas y dijo:

–Acuéstate.

Ann se sentía tan débil que solo pudo sacudir la cabeza.

–Maldita sea, Ann. Eres médico. Deberías saber lo que conviene en estos casos.

–Soy psicóloga, no médico de cabecera –le recordó.

–Razón de más para que te comportes con un poco de sentido común. No te morirás por asistir a una reunión de padres, pero pegarás el catarro a toda la población de los Cayos de Florida. Y dudo que David lo apruebe.

–No lo puedo dejar en la estacada –alegó ella–. Es la primera vez que un adulto lo iba a acompañar a una reunión de padres. ¿No comprendes que significa mucho para él?

–Por supuesto que lo comprendo. Y ahora, acuéstate.

Ella pasó una mano por la almohada. Resultaba de lo más tentadora.

–No te preocupes. Yo iré a la reunión –anunció Hank.

Ann lo miró con asombro.

–¿Tú?

Él sonrió.

–Sí. ¿Por qué te extraña tanto? Si voy a formar parte de esta familia, es hora de que asuma más responsabilidades. Además, estoy seguro de que a David no le importará.

–Está bien… –susurró ella.

Ann se tumbó y apoyo la cabeza en la almohada. Hank la tapó y salió de la habitación, pero volvió unos minutos después con un vaso de zumo de

naranja y una jarra con agua.

–Dicen que hay que beber mucho cuando estás acatarrado.

–Sí, eso dicen… –Pues bebe.

–Ahora no me apetece.

–Bebe –insistió él.

Ann no tuvo más remedio que beber un poco de zumo.

–¿Estarás bien hasta que vuelva?

Ella asintió.

–Tracy se hará cargo de los más pequeños. Les preparará la cena y los acostará –anunció–. Vendrá a verte más tarde… Y yo volveré tan pronto como esa posible. Si necesitas algo, pega un grito.

Ann sonrió con debilidad y dijo:

–No, nada de gritos.

Hank soltó una carcajada.

–¿Insinúas que, por una vez en tu vida, no vas a gritar? Vaya, menudo cambio… Es una pena que no vaya a estar presente para verlo.

Las palabras de Hank le sonaron distantes, porque había cerrado los ojos y se estaba quedando dormida. Durante un momento, tuvo la impresión de que se inclinaba sobre ella y le daba un beso en los labios. Pero que no podía ser. Hank era un caballero, y los caballeros no abusaban de mujeres enfermas.

Ann despertó a la mañana siguiente, con el sol entrando por la ventana del dormitorio. Se quedó inmóvil y se concentró en su cuerpo, para sopesar las sensaciones que tenía. Pero, aparentemente, se encontraba bien.

Estaba a punto de levantarse cuando Hank entró.

–Ya era hora de que te despertaras –dijo con alegría.

–¿Qué hora es?

–Casi las doce.

Ella se sentó en la cama.

–¿Las doce? ¿Y qué ha pasado con los chicos? ¿No han ido al colegio? –preguntó con preocupación.

–Por supuesto que han ido. Y te aseguro que ninguno ha llegado tarde –respondió Hank–. ¿Te apetece un té y una tostada? Preparé el desayuno hace

un rato, pero estabas dormida y no te quise despertar.

Ann lo miró con incertidumbre.

–¿Hoy no has ido al trabajo?

–Sí, pero he vuelto para ver cómo estabas.

–Pues márchate si quieres. Me encuentro mejor.

–No tengo ninguna prisa. El paisaje es verdaderamente bonito…

Ann bajó la cabeza y se ruborizó al ver que llevaba un camisón prácticamente transparente. No recordaba habérselo puesto, pero prefirió no preguntar. Se limitó a alcanzar la sábana y taparse con rapidez.

–No me gustaría que pierdas un día de trabajo por mi culpa –acertó a decir.

Él se encogió de hombros.

–Seguro que sobrevivirán a mi ausencia.

Hank se sentó a su lado y le dio la taza de té.

–Bébete esto.

Ann hizo caso omiso.

–No es necesario que te quedes. Puedo cuidarme sola.

–Ya sé que puedes, pero ¿por qué te no relajas un poco y permites que alguien cuide de ti para variar?

Ella lo miró a los ojos durante unos segundos, y vio algo que le hizo cambiar de opinión. Parecía herido por su negativa a dejarse cuidar. Como si darle el desayuno fuera importante para él.

Por fin, aceptó la taza de té y lo probó. Estaba muy bueno, e incluso había tenido el detalle de recordar que le gustaba sin azúcar.

–Gracias, Hank.

–Y ahora, la tostada.

–No sé si…

–Come, Ann. Tienes que reponer fuerzas.

Ann pegó un bocado pequeño, lo justo para satisfacerlo.

–¿Qué tal te fue anoche? –le preguntó.

–Bien. La profesora de David dice maravillas de él. Afirma que ha mejorado mucho desde que está contigo.

–¿Y cómo explicaste tu presencia?

–Les dije que estamos viviendo juntos.

Ann gimió.

–Veo que estás decidido a destrozar mi reputación…

–Annie, tu reputación no corre ningún peligro. Y mucho menos, por estar viviendo con un hombre.

–Supongo que tienes razón…   Hank volvió a sonreír.

–Además, la gente sabe que te gusta cuidar de seres descarriados. Yo solo soy uno más.

–Hank, la mayoría de esos seres descarriados tienen menos de doce años cuando llegan a mi casa –le recordó–. Es cierto que Jason era un poco mayor, pero… bueno… ninguno de los chicos es tan…

–¿Decididamente masculino?

Ella rio.

–No te rindes nunca, ¿verdad?

–No. Y no me voy a rendir ahora, cuando precisamente estás a mi merced.

–No me siento tan débil.

–¿Ah, no? ¿Puedes demostrar eso?

Hank se inclinó sobre ella.

–Lárgate de aquí –dijo Ann, empujándolo con la bandeja.

–Qué desagradecida eres –declaró con humor–. Pero está bien. Terminaremos esta discusión más tarde.

–No cuentes con ello.

–Annie, no sé por qué te empeñas en resistirte a mí. No servirá de nada.

–Si tú lo dices… –declaró con un bostezo.

Ann se sintió tan repentinamente cansada que tuvo que cerrar los ojos. Y ni siquiera los abrió cuando Hank sacó una cajita del bolsillo, se la puso en la mano y dijo:

–Feliz día de San Valentín, cariño.

Capítulo 10

Ann se despertó por la tarde, al sentir en la almohada lo que parecía ser una cajita envuelta en papel de regalo. Tenía la vaga sensación de que Hank se la había puesto en la mano, pero se había quedado dormida y no lo recordaba bien.

Cuando la miró, vio que era larga y estrecha, como las cajas de plumas y bolígrafos. Sin embargo, Ann tuvo la seguridad de que no sería una pluma, y se empezó a poner nerviosa. No quería que Hank le regalara joyas. Le parecía un detalle demasiado personal, demasiado importante, demasiado íntimo. Sobre todo, en el día de San Valentín.

–¿No lo vas a abrir?

Ella se sobresaltó al oír la voz de Hank, que acababa de llegar.

–No sé si es lo más adecuado.

–¿Por qué no?

–Porque no deberías hacerme regalos.

Los ojos de Hank brillaron con una mezcla de sarcasmo e indignación.

–¿Ahora te preocupan mis finanzas? Te aseguro que me lo puedo permitir…

–No te hagas el tonto. Sabes de sobra que no lo he dicho por eso.

–No, por supuesto que no. Lo has dicho porque no tienes la costumbre de aceptar regalos de hombres.

–En efecto.

–Pues deberías acostumbrarte. Mereces que te hagan regalos, y yo me voy a encargar de que los recibas –dijo con determinación–. Anda, abre esa caja de una vez. De lo contrario, tendré que recordarte que aprender a recibir es tan importante como aprender a dar.

Ann pensó que tenía razón, y que quizás estaba reaccionando de forma exagerada. A fin de cuentas, solo era un regalo.

Lentamente, le quitó la cinta decorativa. Luego, con la misma calma, empezó a despegar los pequeños fragmentos de celo que cerraban el papel. Pero tardaba tanto que Hank le quitó la cajita con frustración.

–Los regalos no se abren de ese modo –dijo–. Se abren así.

Hank arrancó el papel con un tirón fuerte y le dio la cajita.

–Mi forma de abrir las cosas es mucho mejor –afirmó ella–. Si vas

despacio, lo saboreas más.

–Pues lo siento. Yo no tengo tanta paciencia.

–Ya me había dado cuenta.

Ann abrió la cajita y soltó un suspiro ahogado al ver que contenía una delicada cadena de plata de la que colgaba un diamante con forma de corazón.

–Nunca había visto nada tan bonito…

–Me alegra que digas eso, porque ese corazón es un símbolo del mío. Y mi corazón te pertenece, Annie.

Los ojos de Ann se humedecieron.

–Oh, Hank…

–¿Te gusta?

–¿Que si me gusta? Me encanta…

Hank lo sacó y se lo puso al cuello con delicadeza. Ella se giró y, al ver sus ojos llenos de ternura, estuvo a punto de creer en el amor.

Ann no recordaba haberse mostrado de acuerdo en viajar a Miami. Pero el viernes por la tarde, cuando volvió a casa, descubrió que los chicos habían hecho el equipaje y la estaban esperando en el salón, tan entusiasmados que no tuvo corazón para negarse.

Tras una discusión acalorada, Paul y Tommy se ganaron el derecho a viajar con Hank en la camioneta. Los demás se sentaron en la furgoneta de Ann.

–¿Estás segura de que has entendido mis indicaciones? – preguntó Hank antes de cerrar la portezuela–. No quiero que te pierdas.

–La carretera va directamente a Miami. Es imposible que me pierda.

–Está bien. Pero recuerda que, si nos separamos por culpa del tráfico y te adelanto, te esperaré en el centro comercial de Suniland, en la entrada norte – dijo–. Mi casa no es tan fácil de encontrar… Prefiero enseñarte el camino.

–¿Y qué pasa si te adelanto yo?

Hank le guiñó un ojo.

–No me adelantarás, Annie.

Hank se subió a la camioneta y, a continuación, los dos vehículos se pusieron en marcha.

Ya estaban en la carretera principal cuando Tracy se interesó por lo que

iban a hacer en Miami. Ann se alegró de que estuviera tan contenta. Su humor había mejorado mucho durante los días anteriores, y empezaba a mostrar su natural exuberancia. Incluso le había contado lo sucedido con su novio, y el motivo por el que había llamado a Hank en lugar de llamarla a ella.

Cada vez que lo pensaba, Ann se decía que le debía una disculpa por haberse enfadado aquella noche. Hank se había portado muy bien con Tracy. Además, ya no tenía miedo de que la joven se hubiera encaprichado de él; entre otras cosas, porque no ocultaba su deseo de que los dos adultos acabaran juntos.

–No sé lo que piensa hacer, Tracy. La idea del viaje ha sido suya… pero estoy segura de que habrá planeado algo.

Ann se preguntó por las intenciones de Hank y se empezó a poner nerviosa. Tenía la sospecha de que su paciencia estaba llegando al límite y de que estaba decidido a cambiar el rumbo de su relación. Pero no sabía si estaba preparada para el amor.

–Pues yo quiero ir de compras –dijo Tracy.

–Y yo –intervino Melissa.

–He estado ahorrando para comprarme un vestido nuevo – declaró la adolescente, con una timidez repentina–. ¿Me ayudarás a elegir uno, Ann? Me encanta tu forma de vestir… Tienes un estilo muy personal. No te limitas a seguir la moda, como la mayoría de la gente.

Ann sonrió, sintiéndose halagada.

–Por supuesto que sí –contestó–. Además, tengo entendido que este año se llevan los colores intensos, que van muy bien con tu color de piel. No sabes la suerte que tienes.

–Yo no quiero ir de compras –dijo David–. Quiero ver un partido de baloncesto y comerme una docena de perritos calientes.

–Y yo –dijo Melissa en el asiento de atrás.

Ann soltó una carcajada.

–¿Y qué quieres hacer tú, Jason?

–A mí me da igual –gruñó.

–¿No te alegra la perspectiva de viajar a Miami?

El chico se encogió de hombros.

–Ya he estado en Miami. Y no es gran cosa.

–¿Cuándo has estado en Miami? –preguntó Tracy con escepticismo.

–Hace un par de años, con unos amigos.

–Mentiroso…

–Es verdad –insistió–. Y también lo es que Miami no es tan interesante. A mí me gustan más los Cayos.

–Pues no digas eso delante de Hank. Herirías sus sentimientos –declaró Tracy.

–Dudo que alguien pueda herir sus sentimientos –replicó–. Ese tipo es tan sensible como un bloque de cemento.

–Vamos, Jason… –intervino Ann con paciencia–. Hank solo quiere que os lo paséis bien. ¿No puedes hacer un pequeño esfuerzo?

Jason no dijo nada. Ann suspiró y pensó que, al menos, el entusiasmo de Melissa, Tracy y David compensaban el mal humor del joven.

A pesar de sus bromas sobre la velocidad, Hank no se alejó mucho en ningún momento. Ann acortó las distancias al ver que él tomaba la desviación que los debía llevar a Coconut Grove, y reconoció el camino porque era el mismo que había tomado cuando fue a ver a Liz después de que se casara con Todd.

Había algo salvaje y seductor en la densa arboleda. Ann prefería el océano y los cielos despejados de los Cayos de Florida, pero el ambiente íntimo de aquel sitio tenía un atractivo especial que aceleró su pulso. Hizo que imaginara aventuras románticas en la selva.

Hank giró al llegar a un camino que estaba casi oculto entre los árboles. Ella tragó saliva, sintiéndose como la protagonista de una novela que estuviera a punto de llegar a la misteriosa y aislada mansión de su contraparte masculina. ¿Qué le depararía el futuro? No tenía forma de saberlo, pero apagó el motor y se quedó sentada en el asiento, intentando recobrar la compostura, mientras los chicos se bajaban del vehículo.

Al cabo de unos segundos, oyó la voz de Hank.

–¿Estás bien?

–Sí, muy bien –Ann salió del coche–. Los chicos querían saber qué planes tienes para el fin de semana.

–He pensado que esta noche podíamos salir de compras, cenar y ver el partido de los Miami Heat. ¿Qué te parece?

–¿No serán demasiadas cosas?

Hank rio.

–No te preocupes. Seguro que encontramos tiempo para nosotros.

Ella se estremeció.

–No me refería a eso.

–Puede que no, pero lo encontraremos de todas formas. Y ahora, permíteme que te enseñe mi casa.

El domicilio de Hank era espectacular, en un edificio de paredes de estuco y tejas rojas, de estilo español, con espacios amplios y grandes ventanas. Al llegar al salón, Ann se fijó en la chimenea y dijo:

–¿Una chimenea? ¿En Miami?

Hank le dedicó una sonrisa y la miró con intensidad.

–Es lo único que me gusta de los inviernos del norte. Aquí hace bastante calor, pero algunos días se puede encender. Y, por otra parte, es de lo más romántico…

Ann se estremeció una vez más, aunque esta vez fue porque imaginaba que Hank habría estado con muchas mujeres en esa casa. Pero Hank adivinó lo que estaba pensando y, tras tomarlo entre sus brazos, dijo:

–Tú eres la primera, Annie.

Ella lo miró con incredulidad.

–¿En serio?

–Te doy mi palabra. Sé que me tienes por una especie de mujeriego compulsivo, y es verdad que he estado con unas cuantas mujeres. Pero ninguna tan importante como para traerla a mi casa –afirmó–. Este es mi refugio personal, el lugar adonde voy cuando me quiero esconder del mundo.

Ann deseó creer sus palabras; sobre todo, cuando se inclinó sobre ella y la besó con tanta pasión que las rodillas se le doblaron.

–Te deseo con locura, Annie. Mira lo que me haces…

Hank la tomó de la mano y se la apretó contra la entrepierna, para que su erección borrara cualquier sombra de duda. Ann quiso apartar la mano, pero no la apartó. Se sentía como la proverbial polilla atraída por el fuego.

–Vamos a estar muy bien, Annie –le prometió–. Sé que sigues teniendo miedo de nuestra relación, pero te demostraré que es un miedo injustificado. Antes de que acabe el fin de semana, serás mía.

A Ann se le volvieron a doblar las rodillas. ¿Cómo era posible que un hombre tan inadecuado para ella le gustara tanto? ¿Cómo era posible que hubiera superado sus defensas, vencido su sentido común y conquistado su corazón?

Al oír pasos, se alegró de que no estuvieran solos y se apartó de él a toda prisa, ruborizada. Pero Hank no parecía afectado por la tensión sexual que había entre ellos. De hecho, se giró hacia los chicos con una expresión

perfectamente tranquila.

–¿Ya habéis elegido vuestras habitaciones? –les preguntó.

–Este lugar es genial… –dijo Paul–. Tienes que verlo, mamá. Hay docenas y docenas de habitaciones.

Hank soltó una carcajada.

–No hay tantas como dices, pero hay suficientes para vosotros.

–Y también tiene piscina –intervino David.

–Y uno de esos jacuzzi tan románticos… –declaró Tracy.

Ann no quería saber nada de jacuzzis; especialmente, estando tan excitada ante la perspectiva de quedarse a solas con Hank en algún momento. Así que lo miró y preguntó:

–¿No deberíamos comer algo?

Él asintió e informó a los chicos sobre sus planes para la noche. Como era de esperar, los chicos se mostraron encantados. Pero, a pesar de ser exhaustivo en su explicación, olvidó decir cuándo tenía intención de seducirla.

Naturalmente, Ann no esperaba que lo dijera delante de todos. Sin embargo, le quedó un sentimiento de anticipación erótica en el que, sorprendentemente, no había el menor asomo de miedo.

¿Qué le estaba pasando? ¿Se habría enamorado de aquel hombre?

Durante el partido de baloncesto, Ann llegó a la conclusión de que, efectivamente, se había enamorado de él.

Como no entendía el juego ni le importaba en exceso, se dedicó a observar a Hank con atención y a estudiar su forma de relacionarse con los chicos. Era alocada y algo indulgente, pero también firme. Se mostraba interesado por las cosas que le decían, pero sin llegar al halago falso. Y aunque Jason mantenía su actitud distante, hacía lo posible para que no se sintiera fuera de lugar. Durante la vuelta a casa, los más pequeños se quedaron dormidos. Sin embargo, David, Tracy y Paul se dedicaron a charlar sobre el partido y sobre los planes para el día siguiente.

–Se me ha ocurrido que podríamos ir al festival de arte de Coconut Grove –dijo Hank–. ¿Que os parece?

–¿Arte? Qué horror –se quejó Paul.

–Es al aire libre. Habrá música y montones de comida.

–En ese caso…

–A mí me parece bien –dijo Tracy.

–Entonces, iremos. Pero tendremos que comer con Liz y Todd… Van a hacer una parrillada y nos han invitado.

Ann lo miró con sorpresa.

–¿Cuándo has hablado con ellos?

–A principios de semana.

–Ah…

En cuanto llegaron a la casa, los chicos desaparecieron en sus respectivas habitaciones y los dejaron a solas. Hank la tomó entonces de la mano y se la acarició, pero se dio cuenta de que estaba extrañamente tensa.

–¿Te ocurre algo?

–No –dijo con brusquedad.

–No mientas, Annie…   Ella suspiró.

–Ocurre que Liz y Todd son amigos míos.

Hank la miró sin comprender nada.

–Sí, ya lo sé. Y también son amigos míos. Te recuerdo que Todd es mi socio… ¿Se puede saber qué te pasa?

Ann sacudió la cabeza.

–Discúlpame, Hank. Supongo que me ha molestado que hicierais planes sin consultarlo conmigo. Pero es una tontería.

Hank la llevó al sofá y se sentó con ella.

–Has estado enferma casi toda la semana. No te quería molestar con los detalles –declaró–. Además, prefería que no participaras en nuestros planes.

–¿Por qué?

–Porque necesitas descansar. Pero, si hubieras participado en la organización del viaje, habrías incluido visitas a las librerías de Miami para comprar textos de psicología.

Ella sonrió.

–Es posible que lo haga… –dijo con tono de desafío–. Además, le he prometido a Tracy que la ayudaría a comprarse un vestido. Puede que me la lleve de tiendas cuando salgamos de la casa de Liz y Todd.

–De eso, nada. Las compras las dejaremos para el lunes.

–¿Para el lunes? Los chicos tienen colegio, y yo tengo que volver a la consulta.

–Los chicos no tienen colegio. El lunes es fiesta, por si no lo recordabas –

observó–. Y en cuanto a ti, sé que solo tenías una cita… Pero he hablado con tu recepcionista y he conseguido que la cambie de fecha.

Ann se apartó de él, enfadada.

–Maldita sea, Hank, no tenías derecho a hacer una cosa así. Nos marcharemos el domingo, digas lo que digas.

–Tranquilízate, Ann. ¿Por qué vamos a desperdiciar un día?

–No me voy a tranquilizar –bramó ella, fuera de sí–. Y volveremos el domingo porque lo digo yo, por eso.

Hank rompió a reír.

–Está bien. Si insistes en que volvamos el domingo y en que los chicos se lleven un disgusto, volveremos el domingo.

Lejos de calmarla, el humor de Hank solo sirvió para que se enfureciera más. Justo cuando necesitaba una excusa para pelearse con él, se mostraba encantador y comprensivo. Pero la necesitaba de verdad. Era la única forma de aliviar la tensión que sentía; la única forma de sacarse a Hank de la cabeza y de dejar de pensar en sexo.

–Eres un maldito…

–Dios mío. Ya estás maldiciendo otra vez.

–¡Vete al infierno!

–Annie, te recuerdo que los chicos están cerca.

–Los chicos están en la cama.

–¿Y eso justifica tu lenguaje? –dijo con ironía–. Me sorprende tu actitud.

–Eres… eres…

–¿Encantador?

–No. Irritante.

–Pero me amas.

–Yo no te amo.

De repente, él la alcanzó, la sentó en su regazo y asaltó su boca sin más. Cuando por fin pudo recobrar el aliento, Ann abrió los ojos y lo miró.

–Mentirosa –dijo Hank con una sonrisa.

Él la besó de nuevo y ella susurró contra sus labios:

–Que Dios me ayude si tienes razón.

Ann nunca habría imaginado que a Hank le pudiera gustar un acto como el festival de arte de Coconut Grove. A decir verdad, tampoco esperaba que le gustara a ella. Suponía que todo estaría lleno de coches, que habría demasiada gente y que las supuestas obras de arte serían poco menos que basura.

Sin embargo, se equivocó en todos los aspectos. Y Hank parecía encantado de llevarla de un sitio a otro, tan feliz como un niño en una pastelería.

–Mira, Annie –le dijo en un determinado momento–. Tienes que ver esto.

Ann miró los cuadros que Hank le señaló. Eran paisajes de los cañaverales de Florida, que expresaban bastante bien su enorme extensión, pero no su majestuosidad.

–Lo siento. No me gustan –dijo en voz baja, para que el autor no la oyera.

–¿Por qué no?

–Porque carecen de emoción. El lugar que ha pintado es extraordinariamente especial, pero en sus cuadros parece común y corriente.

Hank los observó con más detenimiento.

–Pues es verdad. Tienes buen ojo con el arte…

Ella abrió la boca para hablar, pero él le puso un dedo en los labios.

–No te atrevas a decir que es una simple cuestión de gustos –le advirtió Hank.

Ella rio.

–No iba a decir eso. Iba a decir que, durante años, escribí una columna de arte para el periódico de mi universidad.

–Ah…

La contención de Hank solo duró medio minuto más, hasta que se quedó encantado con otra cosa. Esta vez, eran joyas artesanales.

–¿Te gustan? –le preguntó.

–Sí, me gustan mucho.

Ann fue sincera. Eran joyas que, normalmente, le habrían llamado la atención. Pero lo dijo con desinterés, porque estaba pensando en otra cosa.

–Si ni siquiera las estás mirando…   –¿Dónde están los chicos?

–Al otro lado de la calle, un poco más abajo.

Ella se giró, los miró y los contó para estar segura de que estaban todos.

–No se van a perder, Annie. Te lo prometo.

–Está bien… Puede que esté siendo demasiado obsesiva.

–Es lógico. Es como si fueran hijos tuyos.

–Eso es cierto.

Justo entonces, los chicos se les acercaron.

–¿Podemos tomar helado? –preguntó Paul.

–Sí, sí… –dijo Melissa, entusiasta.

Hank miró a Jason y dijo:

–Sabes dónde está el puesto, ¿verdad?

–Sí.

–Entonces, llévalos a comprar un helado y asegúrate de que no se separen –Hank le dio unos cuantos billetes–. Nos encontraremos en esa esquina, dentro de media hora.

Jason pareció sorprendido por el gesto de confianza de Hank. Hasta Ann se dio cuenta, aunque el chico se apresuró a disimular su sorpresa tras su habitual expresión de enfado.

–Vamos –dijo a los demás.

Cuando ya se habían ido, Ann dijo:

–No estoy segura de que sea una buena idea. Quizá deberíamos ir con ellos.

–Oh, vamos. Jason necesita saber que confiamos en él.

Además, Tracy se encargará de que no pase nada.

–No puedo creer lo que estás diciendo. ¿No eras tú quien afirmaba que Jason no era de fiar? –preguntó.

–Sí, era yo, pero también creo que debemos hacer lo posible por ayudarlo. Además, no parece que el trabajo le esté ayudando demasiado.

–Yo no estaría tan segura de eso. Sé que disimula cuando tú estás delante, porque no quiere que sepas que te está agradecido. Pero lo conozco y sé que está cambiando para mejor. La responsabilidad le ha venido bien.

–Me temo que su sentido de la responsabilidad no ha mejorado mucho.

Ella frunció el ceño.

–¿Qué significa eso?

Hank suspiró.

–Olvídalo. Hablaremos más tarde.

–No. Hablaremos ahora.

–Annie…

–Dímelo de una vez, Hank. ¿Qué ocurre?

–Que ha estado faltando al trabajo.

–¿Faltando al trabajo? ¿Por qué?

–No lo sé. Ted dice que siempre le pone alguna excusa para faltar, y que no son demasiado creíbles.

–¿Has hablado con Jason?

–No. Está a cargo de Ted porque le prometí que no dependería de mí –contestó–. Y, francamente, no quiero intervenir en el asunto. Solo espero que, si lo despiden por culpa de su comportamiento, aprenda la lección.

–Maldita sea, Hank… ¿Por qué no me lo habías dicho? Habría hablado con él.

–Un jefe no habla con la madre de un empleado cuando este se porta mal –alegó–. Además, no quería preocuparte.

–Pues estoy preocupada.

–Justo lo que yo pretendía evitar.

Él le puso las manos en los hombros y la obligó a mirarlo a los ojos. Estaban en mitad de una multitud, pero ella se sintió como si estuvieran solos.

Ann suspiró y se preguntó qué habría pasado si se hubieran encontrado en otra época de su vida, cuando estaba totalmente libre de responsabilidades, cuando habría podido conocerlo mejor sin las presiones que afrontaban ahora. Sin embargo, se encogió de hombros y pensó que era una pregunta sin sentido. Como había dicho Hank en determinada ocasión, eran las cartas que les habían dado y tenían que jugar con ellas.

–No voy a permitir que nos arruinen las vacaciones, Annie. Tenemos tres días y… –Dos.

–Lo que tú digas. Pero dejemos el problema de Jason para más adelante. De momento, nos vamos a divertir y vamos a pasarlo bien.

–¿Así como así? –preguntó con escepticismo.

Los ojos de Hank brillaron con humor.

–Así como así.

–Bueno, si tú estás a cargo, no tendré más opción que acatar tus órdenes –dijo con una sonrisa–. De momento.

–Me alegra que te muestres tan dócil… –Disfrútalo mientras dure.

–Descuida. Lo disfrutaré.

Un buen rato después, cuando ya se habían reunido con los chicos, Hank declaró que era hora de marchase a la casa de sus amigos.

–Sí, capitán –dijo Ann con sorna.

Él se inclinó y le susurró al oído:

–Cuida tus modales. Si no muestras respeto a tu oficial superior, puedes terminar en un consejo de guerra.

–¿Y cuál sería el castigo?

Hank le acarició un seno.

–No sé, seguro que se me ocurre algo… –dijo, aparentemente pensativo–. Ah, sí. Se me ocurren bastantes cosas. ¿Quieres que te las diga?

Ella sacudió la cabeza, sobrecogida por la intensidad de su mirada. Hank le guiñó un ojo y llevó a los chicos hacia la furgoneta.

Cuando llegaron a su destino, Ann estaba tan desconcentrada que casi no prestó atención a la comida ni a ninguna otra cosa. Contestaba las preguntas de Liz con respuestas que intentaban ser mínimamente racionales, pero no podía apartar los ojos del hombre que se había puesto a jugar al fútbol con todo el grupo. Hasta David, que siempre se mostraba reticente, se había sumado a ellos.

–Qué interesante… –dijo Liz, mientras se sentaba junto a ella.

–¿Cómo? –dijo, parpadeando.

–Parece que te interesa mucho el partido.

–Hum…

–¿O solo te interesa uno de los jugadores?

–Umm…

–¡Ann! –protestó Liz con exasperación.

–¿Qué?

–¿Qué está pasando entre Hank y tú?

–Nada…

–Oh, vamos, me resulta difícil de creer. Es un hombre muy atractivo, y hace varias semanas que vive bajo tu techo. Seguro que ha pasado algo.

Ann guardó silencio. No tenía ninguna intención de darle explicaciones.

–Para ser psicóloga y creer en las virtudes de la comunicación, estás increíblemente callada. ¿Sabes lo frustrante que resulta? –continuó Liz–.

Aunque supongo que es buen síntoma… Hank también se comportó de forma rara cuando estuvo en nuestra casa, hace un par de semanas. Me alegra que las cosas vayan bien entre vosotros.

–¿De qué estás hablando, Liz?

Liz se levantó y entró en la casa, seguida a poca distancia por Ann.

–¿No me has oído? –insistió–. ¿Qué significa eso de que las cosas van bien entre nosotros? No hay un nosotros, Liz.

–Ya.

–Oh, vete al infierno…

Hank, que apareció entonces, oyó la expresión de Ann y dijo:

–¿Siempre habla mal cuando se enfada?

–No lo sé –contestó Liz–. Nunca la había visto enfadada.

–Vaya, qué interesante… –declaró él, sin apartar la vista de los ojos de Ann.

–Déjame en paz, Hank.

Él sacudió la cabeza.

–Ven conmigo.

–¿Adónde? –preguntó con desconfianza.

–Deja de refunfuñar y ven conmigo de una vez.

Hank la llevó hasta la furgoneta y abrió la portezuela.

–No nos podemos ir así como así –protestó ella.

–Por supuesto que podemos.

–Pero los niños…

–Estarán bien. Te recuerdo que Liz es profesora. Está acostumbrada a enfrentarse a clases enormes.

–Aun así, me parece una descortesía por nuestra parte.

–Dudo que a nuestros amigos les parezca una descortesía. Sobre todo, porque ya he hablado con ellos.

–¿Cómo? ¿Qué les has dicho exactamente?

–Que quería estar a solas contigo.

–¿Y les ha parecido bien?

Hank sonrió.

–Digamos que me debían un favor.

Ella sacudió la cabeza.

–Hank, no estoy preparada para esto.

–Los dos estamos más que preparados. Te lo demostraré antes de que se vaya el sol.

–Y encima, eso. Aún es de día, Hank…

–¿Y qué? ¿Tienes algo en contra de hacer el amor de día?

Ann dudó un momento.

–No sé, todo esto me parece tan calculado, tan premeditado…

–Annie, vivimos con un montón de niños. Si queremos hacer el amor, tendrá que ser algo calculado y premeditado.

–¿Y eso no te molesta? ¿No preferirías un poco de espontaneidad?

–Me contento con tenerte entre mis brazos –dijo en voz baja–. Es todo lo que importa.

Ella tragó saliva.

–Quiero besar cada centímetro de tu piel –prosiguió Hank–. Quiero conocer tu cuerpo tan bien como el mío. Quiero que ardas de placer… Y si eso implica ser poco espontáneos, puedo vivir con ello. ¿Y tú?

–No lo sé –dijo con sinceridad.

–Annie, te prometo que, si no quieres hacer el amor conmigo cuando lleguemos a mi casa, respetaré tus deseos.

Ann lo miró a los ojos y supo que lo decía de verdad. Hank respetaría sus deseos en cualquier caso, en todo momento.

Un segundo después, sus dudas desaparecieron tras una repentina e intensa necesidad que no había sentido nunca. Se llevó la mano de Hank a los labios, besó sus nudillos y dijo con suavidad:

–Conduce deprisa, por favor.

Capítulo 11

Ann pensó que una de las ventajas del invierno era que oscurecía pronto. Y se alegró enormemente, porque su timidez regresó en cuanto entraron en la casa. Por una parte, ansiaba tomarlo entre sus brazos y abandonarse al placer; por otra, tenía tanto miedo por las consecuencias de sus actos que habría salido corriendo si hubiera podido.

Acababan de llegar al salón cuando Hank declaró:

–Será mejor que me duche. He estado jugando al fútbol y me siento sucio.

–Hank…

Él la tomó de la mano.

–Ven conmigo, Annie.

–No sé… –dijo, entre asustada y excitada.

–Me podrás frotar la espalda.

Hank lo dijo en tono de broma, pero la simple perspectiva de tocarlo, de pasar los dedos por sus hombros, bastó para inflamar un poco más su deseo.

La tentación empezaba a ser irresistible, así que lo acompañó hasta el dormitorio principal, que observó con interés. Era una habitación grande, de estética moderna y masculina, con una cama de matrimonio que le pareció gigantesca. Pero no había ningún detalle que indicara gran cosa sobre la personalidad de Hank. No había libros ni fotografías. Y todo estaba perfectamente limpio y ordenado, como en un campamento militar.

Sorprendida, se sentó en la cama y dijo:

–¿Hank?

Él vio su ceño fruncido y malinterpretó lo que pasaba.

–¿Te arrepientes de haber venido?

–No exactamente… ¿Cómo puedes vivir así? –preguntó, echando un vistazo a su alrededor.

–No te entiendo…

–Es un lugar tan… estéril.

Hank se encogió de hombros.

–No sé. No le había prestado mucha atención.

–¿No tienes fotografías de tus padres? ¿O de alguna antigua novia?

Hank sonrió.

–¿Preferirías que tuviera la fotografía de una antigua novia junto a la cama?

–Sinceramente, sería mejor que esto.

–¿Por qué?

–Porque aquí no hay nada de ti. Me siento como si estuviera en una habitación de hotel.

–Tú sabes todo lo que hay que saber de mí. Lo llevo en mi corazón.

Ella sacudió la cabeza.

–¿Cómo puedo saber lo que hay en tu corazón si no te entiendo? Una vez me hablaste de tus padres, pero tu historia es mucho más que eso. ¿Cómo eras de niño? ¿Qué asignaturas te gustaban? ¿Siempre quisiste ser ingeniero?

Él le acarició los labios con dulzura y, a continuación, descendió hasta sus senos. Ann se estremeció de placer, pero no iba a permitir que se saliera con la suya. Necesitaba saber más.

–Háblame, Hank.

–¿Ahora? –preguntó con asombro.

–Sí, ahora.

Él la miró fijamente.

–Estás hablando en serio, ¿verdad?

–Por supuesto –contestó–. Anda, siéntate conmigo.

Hank se sentó a su lado y se pasó una mano por el pelo.

–¿Qué quieres saber? Espero que no sea mucho, porque no estoy seguro de que pueda estar tan cerca de ti sin tocarte.

–Piénsalo de este modo… Servirá para poner un poco de espontaneidad en el momento.

Hank gimió y la tumbó en la cama con él. Ella soltó una carcajada, pero su risa y su necesitad de respuestas se apagaron al instante cuando lo miró a los ojos y distinguió el destello de su deseo y un terrible sentimiento de soledad. ¿Cómo era posible que un hombre que conocía a tanta gente se pudiera sentir tan solo? Y sobre todo, ¿por qué la había elegido a ella para romper esa soledad?

Ann no lo sabía. Pero supo que le debía devolver al menos una parte de la felicidad que había llevado a su vida durante las últimas semanas.

–Quiero hacer el amor contigo, Hank. Ahora.

–¿Estás segura?

–Completamente. Ya me hablarás de ti en otro momento.

Él la besó cuando todavía no se había apagado la última palabra de la frase de Ann. Luego, le quitó la camiseta y, a continuación, expuso sus senos a las tiernas y sensuales caricias de su lengua.

–No tengas miedo, Annie –susurró al ver que temblaba.

–Es que no hago el amor todos los días…

–Ni yo. Últimamente –puntualizó con humor.

–Pero tú tienes más experiencia. ¿Qué pasará si…?

Él le puso un dedo en los labios.

–Olvídate de esas cosas, Annie. Esta es nuestra primera vez. Nuestra –dijo–. El pasado no importa. Yo estoy tan nervioso como tú, y no sabré qué hacer si tú no me lo dices… Como ves, viajamos en el mismo barco.

Hank la empezó a acariciar de nuevo y Ann pensó que su afirmación no era del todo cierta. Le hacía el amor con tanta habilidad como dulzura. La provocaba, la incitaba, jugaba con ella. Y, como para demostrar que no había comparación posible entre ellos, decía cosas que la hacían sentir increíblemente especial.

–¿Sabes a qué me recuerdan tus ojos? De día, tienen el mismo azul que unas flores silvestres de Texas. Pero ahora… – Hank bajó el tono de voz–. Ahora son oscuros como la medianoche.

Su ejercicio de seducción continuó de forma tan implacable que, al cabo de un rato, Ann se sentía como si estuviera a punto de estallar. Su piel se había cubierto de una fina capa de sudor, y no había un solo centímetro de su cuerpo que no ansiara las caricias de Hank.

–Te amo, Annie. Te amo a ti y solo a ti.

–Entonces, demuéstramelo… –le rogó, desesperada–. Por favor…

Hank alcanzó un preservativo, se lo puso y la penetró muy despacio, alargando el placer. Cuando por fin llegó al fondo, Ann se sintió completa por primera vez en su vida; y cuando se empezó a mover, comprendió el significado de la magia.

–Eres tan bella…

–Sigue, Hank –Ann se arqueó, urgiéndolo a acelerar el ritmo.

Ya no quería cumplidos. Ya no quería promesas de ninguna clase. Solo quería liberarse de la tremenda y maravillosa tensión que había acumulado.

Entonces, él bajó la cabeza y le succionó un pezón con una ternura

asombrosa. Fue una caricia sutil, increíblemente leve, pero suficiente para desatar el orgasmo que Hank había estado alimentando.

Ann no se dio cuenta de que había empezado a llorar hasta que Hank la miró con preocupación y le secó una lágrima.

–¿Te encuentras bien? ¿Te he hecho daño? –preguntó, nervioso.

–Yo…

–¿Qué ocurre? Dímelo, por favor. Si te he hecho daño, no me lo perdonaría nunca.

Ann le dio un beso.

–No, no me has hecho daño. Es que ha sido maravilloso.

Hank soltó un suspiro de alivio.

–Y va a ser mucho mejor. Te lo prometo.

Ann le acarició el pecho, completamente liberada de su timidez.

–Me haces promesas todo el tiempo… –Y las cumpliré siempre. Para siempre.

Ella sacudió la cabeza.

–Nada es para siempre, Hank. Los dos lo sabemos.

–Bueno, yo solía decir lo mismo que tú, pero he cambiado de opinión. Nuestro amor es para siempre –afirmó con vehemencia–. Y te aseguro que te lo voy a demostrar.

Ann no se lo discutió. Se había excitado de nuevo y no quería perder el tiempo con conversaciones. Pero pensó que, más tarde o más temprano, la realidad demostraría que ella tenía la razón.

Ann se quedó dormida cuando hicieron el amor por segunda vez; pero, al cabo de un rato, Hank la despertó con un beso.

–Hay que levantarse, bella durmiente. Si no vamos a recoger a los chicos, tendremos que responder a muchas preguntas.

Ella le acarició un muslo.

–Empiezo a pensar que merecería la pena.

–No lo estarás diciendo en serio…

–¿Qué pasaría si lo estoy diciendo en serio?

Hank sonrió con picardía y le acarició un pezón. Ella soltó una carcajada

y se apartó de él.

–De acuerdo, de acuerdo… Ya me levanto.

–Pues date prisa, o cambiaré de opinión y le daré la custodia de esos chicos a nuestros queridos amigos.

Veinte minutos más tarde, llegaron al domicilio de Liz y Todd y se dirigieron al jardín. Por las voces que oían, los chicos estaban en la piscina, pasándoselo en grande. Pero, antes de regresar con ellos, Hank la tomó entre sus brazos y dijo:

–No olvides esta noche. No la olvides nunca.

–¿Por qué dices eso? –preguntó, perpleja–. No la voy a olvidar…

–Te conozco, Annie. No quiero que te pongas a analizar lo sucedido y llegues a la conclusión de que no ha significado nada. Ha sido importante. Para los dos.

–Lo sé. En serio.

Él asintió.

–Entonces, veamos qué nos hemos perdido.

Al llegar al jardín, descubrieron que Liz y Todd estaban sentados en unas tumbonas y que Melissa se había quedado dormida sobre una pequeña manta.

–Se durmió hace un buen rato –le informó Liz con una sonrisa.

Ann se sintió culpable.

–No estaría enfadada, ¿verdad?

–¿Enfadada? No empieces a sentirte culpable por haberte marchado. No estaba enfadada. A decir verdad, los chicos ni siquiera han notado vuestra ausencia.

Hank gimió.

–¿Cómo le dices eso? Es tan obsesiva que, a partir de ahora, no querrá alejarse nunca de ellos, por miedo a que la olviden – bromeó.

–Yo no soy obsesiva –protestó.

–¿Os apetece tomar algo? –intervino Todd.

–Sí, no nos vendría mal –contestó Hank–. Pero seguid sentados. Ya me encargo yo.

Mientras Hank entraba en la casa, Ann se acercó al borde de la piscina y empezó a contar cabezas. Tracy estaba nadando; Paul y David, jugando al waterpolo con Kevin y Tommy, quien tenía dificultades para alcanzarlos por culpa de su pierna y de las aletas que Todd le había dado. Pero ¿dónde estaba

Jason?

Preocupada, se giró hacia Liz y preguntó:

–¿Sabes dónde se ha metido Jason? –No me digas que no está en la piscina… –No.

–Entró en la casa hace una hora –dijo Todd, para tranquilidad de Ann–. Seguro que está en la habitación de Kevin, con algún videojuego.

–Será mejor que vaya a decirle que hemos vuelto.

–Ann… –dijo Liz en tono de advertencia.

–Déjala, Liz –intervino Hank, que acababa de llegar con las bebidas–. No se quedará contenta hasta que se asegure de que se encuentra bien.

Ann entró en la casa y se dirigió al dormitorio de Kevin, pero lo encontró vacío. Asustada, se puso a buscar en el resto de las habitaciones, con el mismo resultado. Y cuando ya no quedaba ningún sitio donde buscar, salió al jardín y dijo con voz temblorosa:

–¡Hank! ¡Oh, Hank…!

Él corrió hacia ella al instante.

–¿Qué sucede?

Ann lo miró con los ojos llenos de lágrimas, incapaz de hablar.

–¿Annie?

–No está… –dijo al fin–. Jason se ha ido.

Capítulo 12

–Si le ha pasado algo, no me lo perdonaré nunca. ¿Cómo es posible que no haya adivinado lo que pensaba hacer? He estado tan ocupada que…

–No –la interrumpió Hank mientras la llevaba a la cocina–. No ha sido culpa tuya. No ha sido por nada de lo que tú hayas hecho.

–Pero si hubiéramos estado aquí…

–Jason es un chico listo. No le pasará nada.

Liz, que los había seguido, le ofreció una taza de té que Ann rechazó.

–No quiero té. ¿Pretendes que me ponga a beber tranquilamente en esta situación? Deberíamos salir a buscarlo. Estamos perdiendo el tiempo.

–Hazme caso, Ann… Tómate el té. Te sentará bien.

–Liz tiene razón –dijo Hank–. Además, Todd y yo no podremos salir a buscar a Jason hasta que estemos seguros de que te encuentras bien.

–Estoy perfectamente. No soy yo quien ha desaparecido – les recordó con impaciencia–. Y, si vais a salir a buscarlo, será mejor que os acompañe. Cuantos más seamos, más terreno podremos cubrir.

–No, es mejor que te quedes donde estás. Tú no conoces la zona. Y, por otra parte, los chicos se asustarían si nos marchamos los dos.

–Oh, Dios mío, no había pensado en ellos… ¿Cómo les voy a decir que Jason se ha marchado?

–No hay necesidad de que les digas nada. Por lo menos, de momento.

–Te equivocas. Puede que alguno de ellos sepa algo. Puede que les dijera adónde ha ido…

–Lo dudo mucho. Jason es un solitario. Seguro que no les ha dicho nada –afirmó Hank–. Y ahora, quédate con Liz e intenta tranquilizarte un poco.

–Haz caso a Hank –declaró su amiga–. Puede que Jason vuelva por iniciativa propia. Y será mejor si lo estás esperando.

Ella suspiró y se llevó las manos a la cara, angustiada.

–Lo encontraré, Annie –dijo Hank–. Te lo prometo.

Una vez más, Ann pensó que Hank se pasaba la vida haciendo promesas. Pero esta vez fue distinto. Bajo el tono firme de su voz se ocultaba un fondo de miedo. ¿Sería posible que estuviera tan asustado por Jason? ¿O solo lo estaba por los efectos que aquel incidente podía tener en su relación?

Cuando los dos hombres se marcharon, Ann miró a Liz y le confesó sus temores.

–Es culpa mía. No debería haberme ido. Sabía que Jason está resentido con Hank, pero me he marchado de todas formas.

–No seas ridícula. Tienes derecho a vivir tu propia vida.

–Pero no a expensas de los chicos.

–Dudo que pasar unas horas con Hank les pueda hacer ningún daño –observó–. Y, por mucho que los quieras, no tienen derecho a elegir tus amigos o tus amantes.

–Lo sé, pero no estaban preparados para esto. Tendría que haber hablado con ellos.

–¿Querías sentarte con ellos para decirles que ibas a hacer el amor con Hank?

Ann se ruborizó.

–Bueno, no se lo habría dicho así, claro… Liz soltó un suspiró.

–Sinceramente, creo que estás exagerando. No te has portado mal con ellos. No los has dejado solos. Estaban aquí, con nosotros, pasándoselo bien.

–Pero Jason no lo estaba pasando bien.

–Deja de pensar en esos términos. Ni siquiera sabes por qué se ha ido. Puede que precisamente se haya fugado hoy porque ha pensado que no nos daríamos cuenta.

–Oh, Liz, ¿cómo es posible que me haya pasado esto? Soy psicóloga. Se supone que conozco a la gente.

–Sí, eres psicóloga, pero esos chicos son como hijos tuyos. Cuando quieres tanto a alguien, pierdes la imparcialidad y la objetividad. Has estado tan preocupada por el pasado de Jason que quizá no te has fijado bien en su presente.

–Pero puedo recuperar el tiempo perdido, ¿verdad? No es demasiado tarde…

–No lo sé, Ann. Solo sé que le has dado todo tu afecto y que lo has tratado como si fuera de tu familia.

Ann sonrió con tristeza.

–En realidad, ahora no estaba pensando en Jason, sino en Hank. He sido muy dura con él.

Liz le devolvió la sonrisa.

–Bueno, estoy segura de que sobrevivirá. Aunque es más sensible de lo

que parece… Me di cuenta hace tiempo, cuando yo estaba a punto de dejar a Todd y Hank habló conmigo. Solo te pido que no lo culpes por lo que ha pasado. A fin de cuentas, Jason no estaba con él cuando se ha ido, sino con nosotros.

–Yo no culpo a nadie. No os culpo a ninguno.

–Lo sé. Solo te culpas a ti misma –dijo Liz–. Pero hace unos minutos, todos hemos tenido la sensación de que culpabas a Hank.

–Sí, es posible que tengas razón. Hablaré con él… cuando sepa que Jason está a salvo.

Ann ni siquiera se atrevió a considerar la posibilidad de que no encontraran al joven. Tenían que encontrarlo. Y tenía que estar bien. Aunque solo fuera porque su relación con Hank dependía de ello.

Hank no sabía por dónde se había ido, pero supuso que intentaría llegar a la autopista para volver a Florida. De hecho, sospechaba que tenía intención de ir directamente a Key West, al único lugar del que hablaba con entusiasmo.

Mientras conducía, se maldijo a sí mismo por no haber adivinado lo que iba a pasar. Sobre todo, porque era consciente de que la actitud del chico se debía en gran parte a su presencia en la casa. Pero no le había dado la importancia necesaria. Había perdido la paciencia con él y no había estado a la altura.

Se deprimió tanto que, cuando divisó a Jason en el arcén de la carretera, se encontraba al borde de la desesperación. Durante un segundo, estuvo a punto de asomarse por la ventanilla y gritar. Jason caminaba tan cerca de la carretera que casi era un milagro que no lo hubieran atropellado. Pero se contuvo, llegó a su altura y dijo:

–Hola, Jason. Sube, por favor.

Jason no dijo nada. Se limitó a seguir adelante.

–Hijo…

–¡Tú no eres mi padre! –exclamó el joven.

–Tienes razón. No lo soy.

A la luz de los faros, Hank vio las lágrimas que corrían por sus mejillas y se le encogió el corazón. Bajo aquella fachada de dureza se escondía un chico asustado y vulnerable; un chico que se parecía mucho al que él mismo había sido. –Jason, vamos a alguna parte, a hablar de esto… –No tengo nada que decirte.

–¿Y qué me dices de Ann? Se ha llevado un buen disgusto. Está en casa de Liz y Todd, culpándose por lo ocurrido. Cree que es culpa suya, que te ha fallado.

–Ella no ha hecho nada.

–Eso lo sabemos tú y yo, pero no Ann. Ella solo sabe que te has ido, y cree que no habría pasado nada si hubiera estado cerca de ti. Pero el problema somos tú y yo, ¿verdad?

–Sí, es posible –le concedió.

–Entonces, vamos a tomar un refresco a algún sitio. Así podremos hablar de hombre a hombre.

–¿De hombre a hombre? Siempre me tratas como si fuera un crío… Ann no me trataba así. Hasta que llegaste, me trataba como a un adulto. Se apoyaba en mí.

Hank asintió. Ahora entendía el problema. Jason pensaba que había usurpado su puesto; pero él le podía demostrar que había espacio para los dos, que Ann tenía afecto para los dos.

–Pues hablaremos de ello.

–¿Por qué?

–Porque los dos queremos a Ann y queremos que sea feliz. Es motivo más que suficiente para solventar nuestras diferencias, ¿no?

Él chico asintió a regañadientes.

–En ese caso, sube al coche.

Jason abrió la portezuela y se sentó en el asiento del copiloto, pero manteniéndose tan lejos de Hank como le fue posible.

–¿Tienes hambre?

–Supongo que sí.

–Me alegro, porque yo estoy hambriento. ¿Qué tal si nos tomamos una hamburguesa y unas patatas fritas?

Hank lo llevó a un bar cercano. Mientras Jason buscaba una mesa y pedía la comida, él llamó por teléfono a Ann y le dijo que lo había encontrado y que iban a charlar un rato. A Ann no le hizo demasiada gracia, pero lo aceptó.

Jason ya había devorado su hamburguesa con patatas cuando Hank le preguntó tranquilamente:

–¿Por qué te has ido?

–¿Me vas a decir que te importa? Soy un obstáculo para ti. Seguro que te has alegrado de que me fuera.

–Si eso es cierto, ¿por qué estoy aquí?

–Porque Ann te ha enviado.

–No, no es solo por eso. Nunca he querido que te marches, Jason. Sé lo mucho que significas para la mujer de la que estoy enamorado; y, como lo sé, he intentado ser un padre para ti. Pero no he sabido… ¿No se te ha ocurrido la posibilidad de que yo esté tan asustado como tú? –preguntó.

–¿Asustado? Venga ya…

–Es verdad. Nunca he tenido nada parecido a una familia. Mi padre se marchó antes de que yo naciera, y mi madre… bueno, digamos que no estaba conmigo de forma habitual. Además, no tengo hermanos; y la familia de mi amigo Todd, de mi mejor amigo, tampoco era una maravilla –le explicó–. Me convertí en un chico solitario que no se arriesgaba a mantener relaciones. ¿Te suena de algo?

Jason asintió en silencio.

–Cuando llegué a la casa de Ann, no esperaba que me gustara –continuó–. Solo era un sitio para quedarse una temporada… Ann y yo habíamos coincidido antes y ni siquiera nos habíamos caído bien. Además, también estabais vosotros, un montón de chicos. Y yo no sabía nada de chicos… Pero os empecé a conocer y me empezasteis a gustar.

Hank se detuvo un momento y siguió hablando.

–Todos me lo pusieron muy fácil. Todos menos tú. Eras igual que yo a tu edad. Habías levantado un muro a tu alrededor y no permitías que entrara nadie. Supongo que por eso he sido tan duro contigo… A mí no me ayudó nadie. Nadie me quiso como Ann te quiere a ti. Y pensé que no apreciabas lo que tenías, así que te ofrecí un trabajo para que aprendieras un poco de la vida y te volvieras más responsable.

–Yo pensé que era una forma de quitarme de en medio –le confesó Jason–. Pensé que, en cuanto tuviera un salario, me echarías de casa.

–¿Sabes lo que me haría Ann si te echara de casa?

Jason sonrió de repente.

–Sería capaz de asesinarte con un cuchillo de cocina.

Hank le devolvió la sonrisa.

–Sí, creo que sí. Ann haría cualquier cosa por vosotros.

De repente, Jason frunció el ceño.

–¿Está muy enfadada conmigo? –preguntó.

–Bueno, sospecho que te has ganado un mes encerrado en tu habitación.

–Siempre será mejor a que me ataque con un cuchillo…

–Sí, considerablemente mejor –dijo Hank–. ¿Nos vamos? –¿Te puedo preguntar una cosa?

–Por supuesto.

–¿Os vais a casar?

–Si depende de mí, sí –contestó–. ¿A ti qué te parece?

–Me parece que no es asunto mío.

–Te equivocas. Tu opinión es importante para ella, y también lo es para mí.

–¿Me estás pidiendo permiso? –preguntó con asombro.

–Algo parecido.

–Vaya… Supongo que eso cambia las cosas.

Hank sonrió, se levantó y le acarició el pelo.

–No tanto, chico. No tanto.

Jason se empezó a poner nervioso cuando estaban a punto de llegar a la casa de Liz y Todd.

–Quizá es mejor que le digamos que había salido a dar un paseo…

–Eso no sería cierto, Jason.

–Lo sé, pero se preocuparía menos.

–Se habría preocupado menos si no te hubieras ido. Ahora, ya no tiene remedio.

–Sí, claro… En fin, lo tenía que intentar.

Momentos después, entraron en la casa. Ann corrió hacia Jason y se fundió con él en un abrazo. –Me has quitado diez años de vida… –Lo siento mucho.

Ann lanzó una mirada a Hank y preguntó:

–¿Va todo bien?

–Sí, creo que todo va ir bien a partir de ahora.

–¿Y tú, Jason? ¿También crees que todo va a ir bien?

Jason suspiró y dijo:

–Sí, también lo creo.

Ann volvió a abrazar al chico y miró otra vez a Hank. No pronunció ninguna palabra, pero sus ojos estaban llenos de agradecimiento.

Durante los días siguientes, Hank se intentó convencer de que lo que había dicho era cierto, de que todo iba a salir bien; pero no lo consiguió. Ann mantenía las distancias con él y estaba todo el tiempo con los chicos o en el trabajo. Al final, cuando llevaban una semana en los Cayos, perdió la paciencia y le preguntó:

–¿Qué pasa, Annie? ¿Por qué me estás evitando?

–Yo no te estoy evitando.

–¿Cómo que no? Cada vez que me ves, sales corriendo. Hace días que no estamos a solas en la misma habitación.

–Ahora estamos a solas…

–¿Durante cuánto tiempo? Estás hablando conmigo porque no quieres parecer grosera, pero te vas a ir en cualquier momento.

Ann se ruborizó. Era verdad que lo había estado evitando. En parte, porque sabía que se había portado mal con él y que le debía una disculpa por el asunto de Jason; y, en parte, porque estaba convencida de que no podían mantener una relación amorosa con seis chicos en la casa. Era demasiado complicado.

–Hank, ¿por qué me presionas? –dijo a la defensiva–. Tú no quieres mantener una relación conmigo.

–¿Ah, no?

–No. Solo te has encaprichado de mí. Lo sabes de sobra.

Hank se acercó a ella y la tomó entre sus brazos.

–Yo solo sé que te necesito y que quiero estar contigo. ¿No te lo demostré el sábado pasado?

–Solo me demostraste que nos deseamos –replicó–. Si mantenemos las distancias, el deseo desaparecerá.

–Maldita sea, Annie… Esto no es un experimento de la clase de ciencias del instituto. No estoy contigo porque quiera demostrar que los contrarios se atraen. Estoy contigo y quiero estar contigo en esta casa y en tu cama porque te quiero.

Ella sacudió la cabeza, aunque sin demasiada convicción.

–Asúmelo de una vez, Annie.

Hank le dio un beso en el cuello. Ella cerró los ojos, encantada.

–Ni en sueños –dijo.

Él sonrió.

–Está bien. Como quieras.

Hank le dio un beso apasionado y la dejó a solas con exactamente eso, con sus sueños. Y Ann no necesitaba un libro de psicología para interpretar sus sueños. Cada vez que cerraba los ojos, su mente se llenaba de imágenes eróticas. Porque se había enamorado.

Capítulo 13

Ann necesitaba correr. Era la única forma de dejar de pensar en Hank. Así que, aquella mañana, tras haber pasado una noche terrible, se levantó más temprano. Tenía la esperanza de que Hank no se hubiera despertado todavía.

Pero ya se había despertado. Estaba en el porche, sentado en la mecedora.

–Buenos días, Annie.

–¿Qué estás haciendo aquí?

–Te estaba esperando.

–Pero tú nunca te levantas tan pronto… De hecho, yo tampoco me suelo levantar tan pronto. ¿Cómo has sabido que…?

–Lo he adivinado. Imaginé que querrías hacer un esfuerzo extra para aliviarte de tus… frustraciones.

–¿Frustraciones? –preguntó con debilidad.

–Sí, eso he dicho. Es lo que pasa cuando nos negamos lo que queremos. Sobre todo, en materia de deseo sexual.

–Yo no estoy negando mis emociones.

–Entonces, ¿por qué no puedes dormir?

–Porque tengo muchas cosas en la cabeza.

–Cosas como yo, supongo.

–No seas tan arrogante. Y ahora, déjame en paz. Voy a salir a correr.

–Yo no saldría a correr sin hacer estiramientos antes, Annie…

Ann no tenía intención de hacer estiramientos delante de Hank Riley, así que salió corriendo sin más. Pero él la siguió y se puso a su altura.

–¿Por qué me estás haciendo esto? –protestó ella.

–¿Haciendo qué?

–Molestarme.

–Solo te estoy haciendo compañía.

–Pues no quiero compañía.

–La querrás cuando sufras un tirón por no haber calentado antes de salir.

–Mis músculos están perfectamente.

Por desgracia para ella, sus músculos la traicionaron en aquel preciso

momento. Sintió un tirón en una pantorrilla y no tuvo más remedio que parar.

–Anda, deja que vea esa pierna…

–A mí pierna no le pasa nada malo.

–Por todos los diablos… Siéntate y deja que te dé un masaje.

Ann no se pudo negar. Le dolía demasiado, de modo que se sentó en el tronco de un árbol caído. Pero se puso tensa en cuanto sintió los dedos de Hank.

–Relájate, Annie. Te aseguro que esto no es un ejercicio de seducción.

Ella no estaba tan segura, pero hizo un esfuerzo y se sometió a las atenciones de Hank hasta que el dolor de la pierna desapareció.

–Ya me encuentro mejor –dijo entonces.

–Me alegro. Pero, ahora que estamos solos, hay una cosa que te quiero pedir.

–¿Qué cosa? –preguntó con incertidumbre.

–Cásate conmigo.

–¿Cómo? –dijo, asombrada–. ¿Por qué?

–Porque te amo, Annie.

Ella sacudió la cabeza.

–No, no… Sabes de sobra que no duraríamos juntos ni un mes.

–Es posible. Pero eso no significa que no merezca la pena – afirmó Hank–. Tú y yo tenemos algo muy especial. Algo que nunca había sentido.

–Hank, tú no sabes nada del amor. Solo te interesa el desafío, la emoción del momento. Se te pasará en cuanto consigas lo que quieres. Te aburrirás.

–¿En tu casa? ¿Contigo? Eso es imposible, Ann. No me he aburrido ni una sola vez desde que llegué.

Hank lo dijo con tanta seguridad que Ann estuvo a punto de creerlo. Sin embargo, seguía convencida de que él no estaba hecho para una relación seria.

–No, Hank. Y no me vuelvas a ofrecer el matrimonio. Si lo haces, no tendré más remedio que echarte de mi casa.

Él no pareció afectado por sus palabras. Se limitó a levantarse y a ofrecerle una mano.

–Vamos, Ann.

Ann empezó a correr a buen ritmo, sintiéndose súbitamente triste.

–¿Annie?

–¿Sí?

Hank la miró a los ojos y dijo:

–Por mucho que corras, no podrás huir de mí.

Hank no sabía qué hacer. Había pensado que la oferta de matrimonio serviría para convencerla de que iba en serio, pero no había conseguido nada. De hecho, Ann se mostró más asustadiza que nunca durante los días posteriores.

¿Qué podía hacer? Ann no se parecía nada a las mujeres con las que había salido hasta entonces. Con ella no valían los ramos de rosas ni los vinos caros ni las cajas de bombones de chocolate. Para empezar, porque tenía un jardín lleno de rosales; para continuar, porque el vino no le gustaba demasiado y, para terminar, porque era una fanática de la comida sana.

Eso complicaba mucho las cosas. Regalar zumo de naranja o un paquete de copos de avena no habría sido precisamente romántico. Y si la invitaba a cenar, seguramente insistiría en que los chicos los acompañaran.

Por lo visto, no tenía más opción que dar tiempo al tiempo. Le demostraría que no se iba a ir a ninguna parte, que su felicidad y la felicidad de los chicos eran lo más importante para él, que sus días de solitario empedernido habían terminado.

Lamentablemente, esos días no eran lo único que había terminado. El proyecto de Marathon estaba prácticamente concluido, y tendría que volver a Miami si no encontraba una buena excusa para quedarse.

Estaba pensando en la solución a su dilema cuando Tracy salió de la casa y se acercó a la hamaca donde estaba sentado.

–¿Hank?

–Hola, Tracy… Siéntate un rato conmigo.

La chica se sentó.

–¿Qué ocurre?

–¿Me podría llevar el coche?

–Eso se lo deberías preguntar a Ann… –No puedo preguntárselo a ella.

–¿Por qué no? No será la primera vez que se lo pides, y nunca te lo ha negado. ¿Es que piensas ir a un sitio que no le gusta?

–No exactamente.

–Eso merece una explicación…

–Lo sé.

–Pero no se lo vas a decir.

–No –dijo, sacudiendo la cabeza.

–Entonces, tendrás que olvidarte del coche.

–¿Y tu camioneta? ¿Me la podrías prestar?

–Si no me dices para qué, no.

–¿Es que no confías en mí?

Hank sonrió.

–Eso no es justo, jovencita.

–Claro que lo es. Si confiaras en mí, aceptarías mi palabra y me prestarías la camioneta sin hacer preguntas.

–Ese argumento sería aceptable si tuvieras veintidós años, por ejemplo. Pero solo tienes dieciocho –replicó Hank–. ¿De qué se trata? ¿No me lo puedes decir?

–No. Lo arruinaría todo.

–¿Arruinar qué?

Ella se levantó.

–Olvídalo. Ya se me ocurrirá otra cosa.

Hank suspiró.

–Tracy…

–¿Sí?

–Está bien, puedes usar mi camioneta.

La chica le dio un abrazo, entusiasmada.

–Gracias, Hank. No te arrepentirás. Te prometo que tendré mucho cuidado.

–Será mejor que sea cierto, o Ann nos matará a los dos.

Tracy pasó aquella tarde por la obra, a recoger la camioneta. Hank tuvo que volver a casa con el capataz, que se prestó a llevarlo. Y se quedó atónito cuando entró en la cocina.

La mesa estaba preparada para una cena. Tenía un mantel blanco, dos velas en el centro, un jarrón lleno de rosas y platos, cubiertos y vasos para dos personas. Era obvio que había sido idea de Tracy. Le había pedido la

camioneta para llevarse a los chicos y dejarlo a solas con Ann. Hasta se había tomado la molestia en pedirle a Jason su iPod, que había conectado a un par de altavoces.

Hank sonrió al ver la lista de música. Eran canciones románticas.

Luego, vio lo que había en el horno y en la encimera y sonrió un poco más. Tracy había preparado pollo y lo había dejado a fuego lento, lo justo para que no se enfriara. También había dejado arroz, un plato de verduras, dos cuencos con fresas y nata y una botella de vino blanco. No necesitaba ser muy listo para darse cuenta de que había contado con la colaboración de los demás, lo cual significaba una cosa: que los chicos los querían juntos.

Rápidamente, se duchó y se puso el único traje que se había llevado, dispuesto a tener el mejor aspecto que fuera posible. Además, Annie siempre lo había visto con vaqueros. Y le quería causar una buena impresión.

Cuando terminó de vestirse, regresó a la cocina, encendió las velas, puso música y, tras servirse una copa de vino, se sentó a esperar. Estaba tan nervioso como emocionado, y se llevó una pequeña decepción cuando Ann llegó a la casa y miró la mesa. No parecía sorprendida. No parecía contenta. Cualquiera habría dicho que le acababan de pegar un puñetazo en la boca del estómago.

Preocupado, se acercó a ella y preguntó:

–¿Te encuentras bien?

Ella no contestó.

–¿Qué ocurre, Annie? Me estás empezando a asustar.

Ann se abrazó a él y rompió a llorar al instante.

–No pasa nada, cariño –susurró él–. No pasa nada… –Claro que pasa –dijo entre lágrimas.

–Pues cuéntamelo. Deja que te ayude.

–Es por Melissa.

–¿Melissa? ¿Es que ha sufrido un accidente? –No, no es eso. Es que han llamado.

–¿Llamado? ¿Quién ha llamado? –preguntó.

–Se la van a llevar, Hank… Me la van a quitar.

Capítulo 14

–¿Cómo que te la van a quitar? –preguntó Hank con horror– . ¿Qué significa eso? ¿Se la pueden llevar así como así?

–Pueden hacer lo que quieran. Melissa depende del Estado, no de mí.

–No entiendo nada. ¿No comprenden que sería traumático para ella? Solo tiene tres años, y se ha acostumbrado a nosotros… Explícaselo, Annie. Eres psicóloga. Estoy seguro de que te escucharán.

–No es tan fácil. Su madre ha renunciado a su custodia, así que han incluido a la niña en el programa de adopciones – explicó–. Una pareja se ha interesado por Melissa; y, puestos a elegir, el Estado se decantará por ellos. Son una pareja estable, y yo estoy sola.

Hank la miró a los ojos.

–No te preocupes. No renunciaremos a ella. Presentaremos una instancia y pediremos que nos concedan a nosotros la adopción –dijo Hank–. Siéntate, Annie… Prepararé té y hablaremos de ello.

Ann se sentó, desesperada. Él preparó té, le sirvió una taza y se acomodó a su lado.

–Bébetelo. Te sentará bien.

–No me digas que te he convertido en adicto al té…

–No, yo preferiría un buen trago de whisky. Pero eso carece de importancia en este momento. Tenemos que tomar una decisión. El tiempo apremia.

Ella sacudió la cabeza.

–No hables en plural. Agradezco tu preocupación, pero Melissa es problema mío.

–Maldita sea, Annie… ¿Crees que solo te estoy hablando en calidad de amigo? Yo adoro a esa niña. La he llevado a la cama, le he contado cuentos, le he curado las heridas que se hace y le he secado las lágrimas cuando llora. Yo también la quiero.

–¿Lo dices en serio? –preguntó con voz débil.

–Por supuesto que lo digo en serio. ¿Creías acaso lo contrario?

–No lo sé. Pensaba que no era para tanto, que solo te habías acostumbrado a nosotros.

–Annie, os quiero a todos con locura, empezando por ti. Si de mí

dependiera, nos casaríamos mañana por la mañana, adoptaríamos a todos los chicos y hasta tendríamos un par más.

–Pero siempre has sido un solitario… Hank sonrió.

–Sí, lo he sido, pero ya no lo soy. Mantenía las distancias con la gente porque me habían hecho daño. Sin embargo, he aprendido a confiar. He aprendido a creer en el amor. Y he aprendido que hay que esforzarse un poco cuando quieres a una persona, que no todo es magia y felicidad… Además, las dificultades sirven para que la magia y la felicidad se disfruten más.

–¿Sabes que puedes llegar a ser extraordinariamente elocuente, Hank Riley?

Él le dio un beso en los labios.

–Me alegra que te hayas dado cuenta. Y, ahora que lo sabes, ¿te quieres casar conmigo? Aunque solo sea por dar una alegría a los chicos… No sé si has mirado bien, pero se han tomado muchas molestias para ofrecernos una cena romántica.

–No puedo, Hank. No me puedo casar contigo. No ahora.

–¿Por qué no?

–Porque no sería justo.

–No digas tonterías, Annie. Te amo. Estoy enamorado de ti.

–Lo sé.

–¿Y tú? ¿También estás enamorada de mí?

Ann no fue capaz de mentir. Tenía que decirle la verdad.

–Sí, lo estoy.

–Entonces, ¿cual es el problema? Si nos casamos, conseguiríamos la custodia de Melissa.

–Sí, quizá tengas razón, pero no me quiero casar contigo por Melissa.

–¿Es que no lo comprendes? Estamos enamorados… Nada impide que formemos una familia y vivamos juntos.

–No, nada lo impide. Pero no es el momento más oportuno.

Hank se levantó y se puso a caminar de un lado a otro, nervioso.

–Siéntate, Hank.

–No me quiero sentar. Quiero romper cosas –declaró–. Oh, Annie… ¿Qué vamos a hacer?

–Ya se nos ocurrirá algo. Somos personas inteligentes, racionales.

–Puede que ese sea el problema, que hemos sido demasiado racionales –dijo con vehemencia–. Tenemos que hablar menos y actuar más.

–¿Qué quieres decir?

Hank se lo demostró de la única forma posible, con un beso tan apasionado que destrozó las barreras de Ann y acabó con sus dudas. Pero, cuando vio que él tenía intención de seducirla, se asustó y dijo:

–Hay niños en la casa, Hank…

–No. Ahora, no.

–¿Dónde están entonces?

–Se han ido.

–¿Insinúas que…?

Hank la volvió a besar.

–Exacto. Podemos hacer el amor donde quieras y como quieras.

Ann sonrió y lo besó a su vez sin miedo alguno, libre al fin de sus preocupaciones. Ahora sabía que la quería de verdad; sabía que velaría por ella, que no la abandonaría nunca y que su amor podía resistir cualquier cosa.

Hank se apoyó en un codo y admiró a la mujer que estaba tumbada a su lado. Estaba preciosa. Su piel era suave como el marfil; sus labios, terriblemente tentadores y sus senos, una provocación permanente. La deseaba tanto que casi le dolía.

–¿Te he dicho ya que te amo, Annie?

–Creo que sí…

–Entonces, ¿te casarás conmigo?

Ann sonrió de oreja a oreja.

–Sí, Hank. Me casaré contigo.

–Ya era hora –dijo con humor–. Me empezaba a quedar sin argumentos…

–¿Tú? ¿Sin argumentos? Lo dudo mucho.

–Pues dúdalo tanto como quieras, pero ahora tenemos un problema –dijo–. Los chicos.

–Oh, Dios mío, no me digas que han llegado…

–No, pero llegarán en cualquier momento y es mejor que no nos encuentren en la cama.

Ann se levantó y se empezó a vestir.

–Bien pensado –dijo–. Me voy a dar una ducha.

Hank la tomó de la mano.

–No antes de darme un beso…

Ann se dio la vuelta y le concedió su deseo.

–Anda, vete ya –continuó él–. Te veré en la cocina.

Quince minutos más tarde, estaban sentados a la mesa y a punto de empezar a comer. Entonces, oyeron el motor de la camioneta.

–Será mejor que comamos algo –dijo Hank–. Se han tomado muchas molestias.

–¿Me estás diciendo que han preparado la cena?

–Exactamente.

Se han cansado de esperar a que solventáramos nuestro problema y han tomado cartas en el asunto.

–Oh, no. Ahora tendremos que hablar con ellos y decirles que su plan ha salido bien.

Hank la miró con humor.

–No. No hace falta que les digamos nada.

Al cabo de unos momentos, Tracy asomó la cabeza por la puerta y dijo:

–No os preocupéis por nosotros. Entraremos por la puerta principal.

–Entrad por donde queráis –dijo Ann–. La casa también es vuestra.

Tracy hizo caso omiso y preguntó a Hank:

–¿Os gusta la cena?

–Sí, está muy buena. Pero ¿por qué no preguntas lo que te interesa de verdad?

Tracy sonrió.

–¿Ha funcionado?

–Depende de lo que entiendas por eso. Le he pedido a Ann que se case conmigo.

La puerta se abrió de golpe, y aparecieron el resto de los chicos.

–¿Y qué ha pasado? –preguntó Jason.

–Que he aceptado su ofrecimiento –contestó Ann.

–¡Bien! –exclamó Tracy.

–¡Fantástico!

–¿Vamos a ser una familia de verdad? –preguntó David.

–En efecto –dijo Hank.

–Pues esto hay que celebrarlo… –dijo Jason.

–Excelente idea –comentó Hank.

–Por cierto, ¿qué habéis estado haciendo hasta ahora? Apenas habéis tocado la comida –continuó el adolescente–. Y llevamos horas lejos de casa.

–¡Jason! –exclamó Tracy–. ¿Cómo se te ocurre preguntar eso?

Jason se ruborizó y dijo:

–Bueno, al menos ha salido bien…

–Sí, ha salido bien –declaró Hank–. Mejor de lo que habría imaginado.

Epílogo

Hank se llevó un susto cuando vio que Ann se había subido a una escalera para poner otro de los globos de colores que llenaban el jardín.

–¿Se puede saber qué estás haciendo ahí?

–Oh, no te preocupes tanto… Me subía a escaleras mucho antes de que tú llegaras a mi casa.

–Pero entonces no estabas embarazada de seis meses – alegó.

–Bueno, no voy a negar que he ganado un poco de peso – dijo ella, llevándose una mano al estómago–. ¿Qué te parece la decoración?

–Muy bonita. ¿Quién ha llenado los globos?

–Liz. Está llenando tantos que los labios se le han puesto azules –contestó–. Pero ¿dónde te habías metido?

–He ido a hablar con el novio nuevo de Tracy. Para ser un chico de diecinueve años y llevar el pelo más largo que ella, es bastante maduro. Si siguen así, dejaré que vivan juntos dentro de cinco o diez años –bromeó.

–¿Sabes si Jason ha llegado ya?

–Sí, está con Paul, montando la nueva casa de muñecas de Melissa. Ha cambiado el diseño original. Todd se ha quedado tan impresionado con él que lo quiere convencer para que estudie arquitectura.

–A todo esto, ¿dónde está Melissa?

–Está jugando con Tommy. Pero, ahora que la mencionas, tengo una sorpresa para ti.

–¿Para mí? Será para ella… A fin de cuentas, es su cumpleaños.

Hank sonrió y le dio un sobre de aspecto oficial. Ann se emocionó tanto que no fue capaz de abrirlo.

–No me digas que…

–En efecto. Nos han concedido la custodia de Melissa.

–Oh, Dios mío… –Ann se arrojó a sus brazos y, justo entonces, el bebé pegó una patadita.

–Tiene mucha fuerza –comentó Hank–. Será un gran jugador de fútbol.

–No. Será un gran bailarín.

–¿Por qué estáis discutiendo? –preguntó Melissa desde la puerta de la casa.

–No estamos discutiendo. Solo estamos charlando… –¿Y cuándo va a empezar mi fiesta?

–Enseguida, cariño –dijo Hank–. Pero no te olvides de pedir un deseo cuando soples las velas de la tarta… –No lo olvidaré. El año pasado pedí uno.

–¿Ah, sí? ¿Y qué pediste?

–Pedí un papá y una mamá –contestó la niña.

Ann pasó un brazo alrededor de la cintura de Hank.

–Pues lo has conseguido. Y te quieren con locura.

La niña se limitó a mirarlos con impaciencia.

–¿Ya puedo abrir mis regalos?

–Por supuesto que sí –dijo él.

Mientras la niña se alejaba a toda prisa, Ann miró a Hank con ojos brillantes y dijo:

–No sé qué habrá en los paquetes que Melissa está a punto de abrir, pero sospecho que no es nada en comparación con el regalo que tú y yo nos hemos concedido.

–Eso es verdad –Hank se inclinó para besarla–. Porque nuestro regalo durará toda una vida.

Fin